



Libro de Melquisedec

Historia de un Vaso

(Un relato escrito por Abraham)

Capítulo 1

Abraham es informado de la batalla en la cual Lot y muchos son llevados cautivos. Abraham recibe mandamientos del Eterno a fin de efectuar la "Gran Liberación", esto es, convocar y preparar a sus pastores, y preparar un vaso con características especiales.

1 Estaba descansando bajo la sombra del Roble de Mambré junto a mi tienda, cuando vi llegar apresuradamente a uno de los siervos de mi sobrino Lot. Casi sin aliento, él comenzó a relatarme sobre la tragedia: Hubo el día anterior una batalla entre las ciudades de la planicie, implicando a cuatro reyes contra cinco. Como resultado, Sodoma fue derrotada y muchos de sus habitantes llevados cautivos, entre ellos mi sobrino Lot. La noticia me dejó muy afligido, pues al mismo tiempo en que sentía que era preciso salir en su ayuda, me veía fragilizado, sin ninguna condición.

2 Siempre fui un hombre pacífico y detesto a aquellos que derraman sangre. Tengo muchos siervos, pero pocos saben manejar espadas y lanzas, pues desde la infancia han sido entrenados como pastores. En lugar de espadas y lanzas, ellos manejan bordones con los cuales conducen los rebaños; En lugar de escudos, ellos cargan vasos en sus cinturas, siempre llenos de agua fresca, para matar su sed y refrescar a las ovejas afligidas; En lugar de vino para embriagarse, cargan sujeto a sus cintos pequeñas botijas con aceite de olivo, con los cuales ungen las heridas del rebaño; En lugar de trompetas resonantes, ellos soplan en cuernos pequeños, con los cuales convocan al rebaño hacia el corral.

3 Imaginando como sería un combate entre mis siervos y los ejércitos de aquéllos cinco reyes victoriosos, comencé a reír. Mientras reflexionaba, la voz de Aquél que siempre me guía, resonó en mis oídos, diciendo:

4 ¡Abraham, Abraham! No menosprecies los instrumentos de los pastores, pues santificados por el fuego del sacrificio, habrán de conquistar la gran liberación.

5 El Eterno comenzó a darme órdenes, haciéndome avanzar por la fe, sin saber como tal liberación habría de realizarse.

6 El primer paso fue la convocación de todos los pastores que, dejando a sus rebaños, se dirigieron al Roble de Mambré, trayendo sus instrumentos pastorales. Eran en total seiscientos pastores.

7 Ordené que vaciaran los jarros, colocando en ellos el aceite de la botija.

8 Después de cumplir ellos esta orden, pedí que tomara cada uno la lana de una oveja, mezclándola con el aceite de los jarros.

9 Después de estas cosas, Yahwéh me mandó tomar un vaso grande de barro, llenándolo hasta la mitad con el aceite de olivo.

10 Al concluir esta tarea, el Señor me mandó hacer una larga mecha de lana, enroscando la mitad dentro del aceite y dejando la otra parte apresada encima del vaso.

11 Después de estas cosas, Yahwéh me ordenó encender la mecha, con el fuego del altar. Al aproximarme al fuego sagrado que todavía ardía sobre el sacrificio de la mañana, una pequeña flama saltó hacia la mecha, y poco a poco se fue alimentando del aceite, hasta convertirse en una llamarada que podía ser vista de lejos.

Capítulo 2

Abraham lleva el vaso sobre sus hombros. Sufrimientos y pruebas en su jornada. Muchos no soportan la vergüenza y abandonan a Abraham. Incredulidad de Sara.

1 Con el vaso en los hombros, inicié una caminata rumbo a las ciudades de la planicie, siendo acompañado por los pastores. Luego comenzaron a surgir escarnecedores que, al verme con aquel vaso incandescente en pleno día, comenzaron a decir que yo estaba loco. Al esparcirse esta noticia, muchos vinieron a mi encuentro, trayendo consejos para que yo abandonara aquel vaso que sería capaz de destruir toda mi reputación y dignidad delante de todos ellos.

2 Cuando yo les hablé sobre los ejércitos y sobre mi misión conjunta con los pastores, ellos concluyeron que de hecho yo estaba loco. Intentaron tirarme el vaso por la fuerza, mas aferrándome a él, impedí que lo tiraran de mí.

3 Avergonzados ante todo esto, muchos pastores comenzaron a separarse: algunos regresaron hacia sus tiendas mientras que otros se unieron a aquéllos que se reían de mi comportamiento extraño.

4 Sintiéndome solo con aquel pesado vaso sobre los hombros, comencé a angustiarme. Anhelaba encontrar a alguien con quién pudiera compartir mi experiencia, más todos me lanzaban miradas de desaprobación.

5 Me acordé de Sara, mi amada esposa; En obediencia a la voz de Yahwéh habíamos transitado por muchos caminos, estando Sara siempre a mi lado, animándome a proseguir precisamente en los momentos más difíciles. Con certeza Sara me traería consuelo y fuerzas para continuar firme, conduciendo el vaso de la salvación.

6 Mientras que avanzaba por el camino pensando en Sara, la vi en medio de la multitud. Al dirigirme a ella, me vi sorprendido y desalentado al ver en sus ojos el mismo menosprecio de aquéllos que me llamaban loco por conducir en pleno día la llama que se había desprendido del altar.

7 Acordándome de la orden de Yahwéh de que tendría que liberar a mi sobrino Lot, fui andando solo por el camino; Al colocarme en el lugar de aquéllos que me llamaban loco, yo les daba la razón, pues en condiciones normales, ninguna persona coherente saldría de casa, sin un rumbo definido, llevando en la espalda en pleno día un vaso con una llamarada, afirmando estar marchando contra los ejércitos de cinco reyes, para liberar un pariente. Realmente da a entender que se trata de la manifestación de una gran locura. Precisamente así, bajo el rencor de todas las humillaciones y palabras que hablaban contra mí, yo avanzaba rumbo al valle desconocido.

8 Toda aquella burla fue finalmente disminuyendo, a medida en que me distanciaba del Roble de Mambré.

9 Comenzaron a sobrevenir a mi corazón muchas dudas en cuanto a mi futuro. Estaba a veces afligido con el pensamiento de todo lo que había experimentado, desde la convocación de los pastores hasta ese momento, podría ser, de hecho, demostraciones de una locura.

10 Lleno de dudas, comencé a pensar en la posibilidad de abandonar el vaso al lado del camino, regresándome junto al altar. Ésos eran los consejos de algunos pastores y amigos que, condolidos de mi soledad, todavía venían a mi encuentro, aconsejándome a que volviera; Allí, decían, que yo podría conquistar nuevamente la confianza de los pastores, volviendo a ser, quizás, hasta el mismo sacerdote honrado como antes lo era. Sobre el altar, decían, que había un fuego mucho mayor que aquél que yo cargaba en los hombros.

11 Estaba a punto de regresar, cuando Sara vino a mi encuentro, contándome sobre el desprecio que muchos pastores lanzaban contra mí; Ella estaba consternada, pues toda aquella deshonra, recaía también sobre ella, al punto de no sentir más deseos de permanecer junto a aquél altar.

12 Después de alertarme, Sara comenzó a hablarme de un plan: Podríamos, quizás, mudarnos a una ciudad distante, donde olvidaríamos todas aquellas vejaciones.

13 Olvidándome de la voz que me había mandado seguir rumbo a la planicie, contesté a mi esposa que yo estaría dispuesto a acompañarla a cualquier lugar, si ella permitía que yo llevara el vaso. Él sería nuestro altar, calentando e iluminando nuestras noches con su llama.

14 Al oír sobre el vaso, Sara volvió a enojarse, afirmando no entender mi terquedad al continuar llevando sobre los hombros aquel símbolo de vergüenza y desprecio. Después de decirme tales palabras, me volvió la espalda regresando hacia la tienda.

Capítulo 3

Abraham entiende el significado del vaso. Abraham protege a la pequeña llama de los fríos vientos. Muchas ovejas siguen a Abraham. Abraham, andando solo, sigue el rastro. Los ejércitos se burlan de Abraham y amenazan con el exterminio de los cautivos.

1 Angustiado por no poder realizar el sueño de Sara, proseguí rumbo al futuro incierto, siendo orientado únicamente por la llama, cuyo brillo aumentaba a medida en que las tinieblas se hacían más densas. Comencé entonces a meditar sobre aquella llama que me acompañaba con su brillo y calor.

2 Yo estaba acostumbrado a ver el Fuego Sagrado entronizado sobre un gran altar de piedras, en medio de las alabanzas de muchos pastores, de entre los cuales yo me destacaba como maestro y sacerdote. En aquellos momentos de adoración, yo me vestía con los mejores mantos, y hacía la pregunta de realizar el sacrificio, solamente cuando todos mis siervos estuviesen reunidos a mi alrededor, para que escuchasen mis consejos y advertencias. En la hora del sacrificio, yo levantaba hacia el cielo mi espada desenvainada, y, con palabras amedrentadoras, proclamaba la grandeza del Señor de los Ejércitos, El Dios Todopoderoso que domina sobre los Cielos y la Tierra. Vibrando la espada en el aire en un movimiento amenazador, yo representaba delante de mis pastores, la imagen de un Dios severo, que siempre está listo para repeler cualquier confrontación. Después de esa demostración de soberanía y poder, tomaba yo una oveja de las manos de un pastor, y la amarraba sobre el altar. Para que estuviese bien clara la ira divina, pinchaba yo sobre su cuello, golpeándola severamente, hasta verla perecer. En aquel momento yo descendía del altar, y permanecía esperando el Fuego Sagrado que jamás dejó de manifestarse sobre el sacrificio.

3 Yo había aprendido desde la infancia a reverenciar el Fuego Sagrado, creyendo que ello era una revelación visible de Yahwéh, el Gran Dios Invisible. Hasta entonces, yo lo veía como un fuego único e indivisible. Ahora, al transportar en un humilde jarro la llama que se había desprendido del altar, mis pensamientos se agitaban con el surgimiento de un nuevo concepto sobre el Creador: el concepto de un Dios sufridor que es capaz de desprenderse del Gran Yahwéh, representado por el Fuego Sagrado, para acompañar al pecador en su jornada.

4 Arrepentido, me postré delante del vaso y lloré amargamente. Tenía ahora conciencia de que todo el celo demostrado junto al Altar, tenía como finalidad la exaltación de mi orgullo, y no la del amor de Aquél que me acompañaba por el camino.

5 Súbitamente, se me grabó en la mente la convicción de que aquella pequeña llama que se había desprendido del Fuego Sagrado, era una representación del Mesías, que se desprendería del Gran Yahwéh, para ser el Dios Con Nosotros, compañero en todas nuestras jornadas. Al sobrevenirme esta convicción, la llama se alegró, tornándose más brillante y calurosa.

6 Con el corazón transformado, proseguí por el camino rumbo al valle, llevando en los hombros el jarro que me había traído después de tanto desprecio, la alegría de una nueva revelación sobre el carácter del Creador.

7 Momentos difíciles comenzaron a surgir en mi camino, cuando fríos vientos venidos del mar salado comenzaron a arremeterse contra la pequeña llama, procurando apagarla. Yo la amparaba con mi cuerpo, andando muchas veces de lado e igualmente de espalda, mas siempre avanzando rumbo al valle.

8 Al romper la luz del día, me encontré a un paso de la planicie. Comencé a encontrar por el camino muchos rebaños que eran conducidos por rudos pastores. A medida en que avanzaba entre ellos, surgían tumultos y confusiones, pues muchas ovejas y cabras se asustaban con mi vaso ardiente, dispersándose por todas partes. Esto hizo que la mayoría de los pastores estuviesen irritados contra mi presencia en su medio.

9 Sabiendo que no podría permanecer retenido en ese valle, proseguí de frente rumbo a Sodoma. Mientras que avanzaba, comenzó a suceder algo interesante: muchas ovejas, tiernas y sumisas, comenzaron a acompañarme. Eran pocas al principio, pero poco a poco su número fue aumentando, hasta que comencé a caminar con dificultad, debido al gran número de ovejas que me seguían. A lo lejos yo podía ver a los pastores, enfurecidos, por la pérdida de sus ovejas más bonitas.

10 Al llegar a la ciudad de Sodoma, la encontré vacía y devastada. Siguiendo los rastros dejados por los ejércitos y por la multitud de cautivos, fui aproximándome cada vez más al blanco de mi misión. Al llegar a la campiña de Dan, pude avistar a lo lejos el gran campamento de los soldados, al pie de una colina. Sin prisa, me encaminé hacia allá, conduciendo a mi nuevo rebaño.

11 Desde lo alto del monte, pude observar el campamento en toda su extensión. Había millares de soldados conmemorando su victoria; Mientras que, centenares de cautivos yacían amontonados en medio del campamento, humillados y sin esperanza. Ante esa escena, estuve imaginando cómo se podría realizar la liberación.

12 Mi presencia despertó la curiosidad de algunos soldados que, al verme con el vaso fumigante, se aproximaron y comenzaron a burlarse. Cuando me preguntaron el motivo de mi presencia en aquel lugar, les dije que venía a liberar a mi sobrino Lot. Mis palabras se tornaron en motivo de muchas bromas en todo el campamento; Después de esto, comenzaron a mofarse de Lot.

13 En poco tiempo, toda aquella burla se transformó en gritos de venganza, y proclamaron que, a la mañana siguiente, todos los cautivos serían exterminados, comenzando por mi sobrino.

Capítulo 4

Abraham se reconforta con la llegada de sus pastores y aliados. Los pastores aprendieron a amar la luz del Vaso. Lealtad de los aliados de Abraham. Orientado por la Voz Divina, Abraham da instrucciones estratégicas. La lamparilla de Lot. Confusión y matanza entre los ejércitos enemigos.

1 Mientras intentaba imaginar lo que Yahwéh podría hacer para alcanzar tan milagrosa liberación, vi surgir a lo lejos un grupo de pastores que se encaminaban en dirección mía, viniendo de Sodoma. Pensé al principio que eran los pastores enemigos que venían a arrancarme el rebaño conquistado con amor. Tal desconfianza pronto desapareció, dando lugar a un sentimiento de mucha alegría, cuando descubrí que eran mis fieles pastores. Ellos se fueron aproximando en pequeños grupos de doce, hasta alcanzar el total de 300 pastores. Al mirar hacia ellos, pude notar en sus semblantes las señales de una gran lucha espiritual que tuvieron que enfrentar, para estar de mi lado. Me contaron acerca de la experiencia de muchos compañeros que, desanimados, habían lanzado el aceite y la lana fuera de sus vasos, regresándose hacia sus tiendas. Me hablaron de como, en aquella noche anterior, habían aprendido a amar la luz de mi vaso, que para ellos se convirtió como en una estrella guía.

2 Me alegraba con la presencia de mis humildes pastores, cuando llegaron en dirección nuestra Aner, Escol y Manre, acompañados por quince hombres armados; Eran fieles amigos que, conociendo los peligros que enfrentaríamos en aquel valle, vinieron en nuestra ayuda. Para que no aplazáramos el plan divino, les pedí que permanecieran escondidos hasta el amanecer, cuando recibirían orientaciones sobre cómo participar en la misión.

3 Comencé a orientar a los pastores, siguiendo las instrucciones de La Voz Divina que me sonaba desde dentro de la llama: La primera tarea de los pastores, sería cuidar del rebaño hasta el anochecer.

4 Al volver, ordené que amarraran las madejas de lana empapadas en aceite, en la punta de sus bordones, colocándolos dentro de los vasos que, deberían mantenerse suspendidos, boca abajo.

5 Comencé a encenderlos con el fuego de mi llamarada, hasta que las trescientas antorchas estuvieron ardiendo, aunque, ocultas, en el interior de aquellos vasos.

6 Ordené a cuarenta de mis valerosos pastores que, en el momento indicado por una señal que sería dada, deberían avanzar silenciosos hacia el centro del campamento, circundando a todos los cautivos que yacían amontonados en medio del campamento de las tropas. Al mismo tiempo, los 260 pastores restantes, deberían rodear todo el campamento, esperando la señal de romper los vasos con los cuernos.

7 Orientado por La Voz de la Llama, les indiqué las señales: Cuando la última antorcha se apagase en el campamento, deberían estar atentos, pues una pequeña lamparilla sería encendida por uno de los cautivos. Tan pronto como la lamparilla comenzase a arder, deberían correr cada uno hacia su puesto, evitando cualquier ruido, para no ser descubiertos.

8 La señal para ellos de quebrar los vasos con los cuernos, levantando muy en alto la antorcha, sería el apagar de la lamparilla.

9 Después de esas orientaciones, los 260 pastores, ocultos por las sombras de la noche, se esparcieron por el valle, y estaban esperando el momento de colocarse alrededor del campamento; Mientras tanto, los 40 se colocaron próximos a un pasaje más vulnerable, a través del cual habrían de alcanzar a los cautivos.

10 Era ya alta noche cuando la antorcha del último soldado se apagó, sobreviniendo una completa oscuridad y silencio sobre el campamento de las tropas.

11 Entre los cautivos, había un hombre en aquella noche, que vivía la mayor angustia de su vida. Era mi sobrino que, después de convertirse en el blanco de tantos abusos y humillaciones, había tomado conocimiento del castigo que les esperaba al amanecer.

12 En aquella noche, Lot tenía sus pensamientos vueltos hacia su tío; se acordaba con arrepentimiento del momento en que me había dejado junto al Roble de Mambré, mudándose hacia las campiñas de Sodoma. En su desesperación, sintió deseo de volver a ver mi faz y de pedirme perdón por haberse apartado de mí. Justamente en aquel momento, Lot fue atraído por el brillo de una antorcha que ardía sobre la colina. Al mirar el brillo, imaginó estar teniendo una visión, pues ello mismo le revelaba la faz de su querido tío.

13 Queriendo mostrarme su rostro, Lot palpó en medio de las tinieblas hasta encontrar una pequeña lamparilla que había traído en su alforja. Frustrado, percibió que no había en ella nada de aceite. Concluyó que aquella lámpara apagada y seca, era un símbolo de su vida vacía y sin fe.

14 Sin desviar los ojos de mi rostro iluminado por la llama del vaso, en un desesperado gesto de fe, Lot palpó la mecha de su lamparilla, descubriendo que había en ella un residuo de aceite. Curvándose, comenzó a herir las piedras del fuego, hasta que una chispa saltó hacia la mecha. Sin saberlo, Lot estaba comandando con sus gestos, los pasos para una gran liberación.

15 Los trescientos pastores al ver el tenue brillo de la lamparilla, se encaminaron rápidamente hacia sus puestos, y, permanecieron aguardando el apagar de la pequeña llama.

16 Desde el momento en que Lot se levantó con su diminuta llama, yo estaba mirando hacia sus ojos que miraban los míos. Vi que su faz traía señales de inenarrable angustia y malos tratos. Así mismo, pude leer en sus ojos azules, que la esperanza y la fe todavía no le habían abandonado.

17 El pequeño fuego de la lamparilla de Lot, con todo, no resistiría por mucho tiempo. Era necesario que se apagase, para señalar la gran victoria.

18 Cuando la oscuridad volvió a cubrir la faz de Lot, mis trescientos pastores arremetieron sus cuernos contra los vasos que mantenían ocultas las antorchas ardiendo. Un gran ruido, como de caballería en combate resonó por todas partes, mientras que las antorchas eran suspendidas. Los trescientos cuernos utilizados hasta entonces para conducir el rebaño, sonaban ahora como trompetas de conquistadores.

19 Todo el campamento se despertó de un solo brinco, y, sin saber cómo escapar de tan terrible investida que partía de afuera y de adentro, los soldados comenzaron a luchar entre sí mismos, mientras que mis pastores permanecían en sus puestos, haciendo sonar los cuernos.

20 Los cautivos, estuvieron muy espantados al principio, mas poco a poco fueron tomando conciencia de la gran liberación que estaba operándose en su favor.

21 Cuando amaneció, se reveló ante nuestros ojos un escenario de completa destrucción; Todo el pueblo estaba cubierto por millares de cuerpos rasgados por sus propias espadas y lanzas. Solamente unos pocos consiguieron huir de aquel campamento de muerte, mas fueron perseguidos por mis dieciocho aliados que estaban armados, siendo alcanzados en Hobá, que está a la izquierda de Damasco, mientras tanto, los cautivos, ahora liberados, recuperaban todas las riquezas de que habían sido saqueados por los enemigos.

Capítulo 5

La Gran Liberación representa la liberación de Israel en los últimos días. Abraham descubre que La Gran Liberación se concretizó en Rosh Hashaná. Abraham predica la fe en el Mesías a los cautivos liberados invitándoles a purificarse en agua, solo tres lo aceptan. Abraham rechaza la oferta del rey de Sodoma. Abraham y los fieles deciden conmemorar la fiesta de Sukot en Salem. Las Perlas del Vaso. Bienvenida festiva en Salem. El encuentro de Abraham y Melquisedec.

1 De la cima de la colina, en tanto que yo vibraba con la alegría de los cautivos en aquella mañana de liberación, oí la Voz de Yahwéh hablándome de en medio de la llama:

2 “Esta liberación que hoy se concretiza, representa la liberación que he de operar en los últimos días, salvando a los remanentes de tus hijos, del cerco de numerosas naciones que se aliarán a Gog con el propósito de destruirlos. En aquel día en que triunfaren sobre mi pueblo, mi indignación será muy grande, y contendereé contra él por medio de la peste y de la sangre; lluvia inundante, grandes rocas de granizo, fuego y azufre haré caer sobre él, sobre sus tropas y sobre sus muchos pueblos que estuvieren con él. Así, yo me engrandeceré, justificaré mi santidad y me daré a conocer a los ojos de muchas naciones; y sabrán que yo soy el Señor. Y sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén derramaré el Espíritu de gracias y de súplicas; mirarán hacia mí a quien traspasaron, y harán lamentación como quien se lamenta por un hijo unigénito y llorarán por él como quien llora amargamente por el primogénito. En aquel día, habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para remover el pecado y la impureza”.

3 Consiente de la importancia histórica de aquel día de liberación, tomé un calendario y, miré con sorpresa, pues era Rosh Hashaná, o día de las trompetas. Aquél era el primer día de un Año Nuevo; diez días después vendría el Yom Kipur, el día de la purificación de los pecados; En el día 15, tendría lugar la fiesta de Sukot, la alegre fiesta de las cosechas de otoño.

4 La llama que para mí se había convertido en una representación del Mesías Prometido, se apagó en el momento en que descendí al encuentro de los pastores y de los muchos cautivos ahora liberados. Llenos de alegría y de admiración, todos querían saber cómo había llegado a ser posible tan grande liberación, solamente con la utilización de aquéllas antorchas y cuernos. Les hablé entonces de la importancia de aquel fuego que se había desprendido del Altar, para liberarlos en aquel valle, identificándolo como el Mesías Salvador.

5 Al ver que todos cargaban en sus cuerpos y mantos la suciedad de la esclavitud, los invité a seguirme hasta el río Jordán, donde todos podrían bañarse, para la purificación de sus pecados.

6 Solamente tres personas atendieron la invitación: Lot y sus dos hijas más recientes. Los demás, regresaron contaminados hacia sus casas.

7 Antes de partir, el rey de Sodoma vino a mi encuentro, prometiendo darme todas las riquezas recuperada en aquella mañana. Yo rechacé su oferta, para que nunca jamás alguien pudiera decir que yo me enriquecí con aquel saqueo.

8 Permanecimos acampados en los márgenes del río Jordán, en las proximidades de Jericó por doce días. En aquellos días de refrigerio, todos se hallaron libres de las impurezas, dejándolas en las aguas del Jordán. Este era un preparativo especial para la fiesta de Sukot que decidimos conmemorar en Salem.

9 Llenos de alegría, iniciamos una marcha ascendente rumbo a la ciudad de Salem, inconsciente de la feliz sorpresa que nos aguardaba. Yo seguía al frente teniendo a mi lado a Lot y sus dos hijas, y detrás venían los 300 pastores, conduciendo el gran rebaño.

10 A medida que avanzábamos, comencé a notar que mi vaso que se había quedado vacío al amanecer, se tornó muy pesado. Al bajarlo, miré sorprendido al descubrir dentro de él muchas perlas de variados tamaños y brillos que se formaron misteriosamente.

11 Al ver nosotros a lo lejos la blanca ciudad, comenzamos a oír sonidos de una gran fiesta. Acordes armoniosos repercutían por los montes, mientras avanzábamos por el camino.

12 Mi curiosidad en conocer aquella ciudad y a su joven rey era inmensa, pues de boca de muchos ya había oído acerca de su grandeza y fama. Se trataba de un reino diferente de todos los demás, donde los súbditos eran entrenados no en el manejo de arcos y flechas, sino en el dominio de instrumentos musicales. Melquisedec, su joven rey, regía a todos con un cetro muy especial: un laúd, por el cual había pagado un precio elevado.

13 En tanto crecía en mí la alegría por estarnos aproximando a la Ciudad del Gran Rey, vimos una multitud vestida de lino fino, puro y resplandeciente, saliendo a nuestro encuentro. Todos traían instrumentos musicales, mientras cantaban un himno de victoria. Al frente de la multitud venía un joven tocando un laúd, trayendo en la frente una corona repleta de piedras preciosas, que brillaban bajo la claridad del sol poniente. Yo tuve la certeza de que aquél era el tan aclamado rey de Salem.

14 Al momento de nuestro encuentro, quedamos admirados con la salutación que nos hicieron; Incliniéndose delante de mí, Melquisedec afirmó:

15 "Bendito eres tú Abraham, siervo del Dios Altísimo, que posee los cielos y la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó a tus adversarios en tus manos".

Capítulo 6

Grandes revelaciones de Melquisedec y su pueblo. Los vencedores son coronados. Al ser coronado, Abraham se conmueve al observar heridas profundas en las manos de Melquisedec. Melquisedec promete relatar su historia. Melquisedec, al partir el pan y el vino, es honrado. Las 144 perlas como diezmo. Las instrucciones y profecías de Melquisedec.

1 Sorprendidos por la festiva recepción, fuimos introducidos en la ciudad, donde la belleza de las mansiones y jardines nos causó mucha admiración. Todo allí era puro y lleno de paz.

2 Fuimos recibidos en el palacio real, edificado sobre el Monte Sión. Allí, una nueva sorpresa nos aguardaba:

3 La gran sala del trono, estaba toda adornada con representaciones de nuestra victoria sobre los enemigos. Había en medio de la sala una mesa muy larga, cubierta por toallas de lino fino adornadas con hilos de oro y piedras preciosas.

Sobre la mesa había 304 coronas, cada una trayendo la inscripción del nombre de un vencedor. En un gesto que nuevamente nos sorprendió, Melquisedec, tomando las coronas, comenzó a colocarlas en la cabeza de cada uno de nosotros, comenzando por Lot y sus hijas. Estábamos todos admirados por el hecho de que el rey de Salem nos conociera individualmente, y por tener preparadas aquellas coronas mucho antes de que fuésemos vencedores.

4 Yo observaba la alegría de mis compañeros coronados, cuando, tomando una corona semejante a la suya, el rey de Salem se dirigió a mí con una sonrisa. Al levantarla sobre mi cabeza, noté algo que hasta entonces no había percibido: Sus manos traían cicatrices de heridas profundas. Vencido por un sentimiento de gratitud, me postré a sus pies y, conmovido, besé sus bondadosas manos, bañándolas con mis lágrimas.

5 Al levantarme, le pregunté el significado de aquellas cicatrices. Con una tierna sonrisa, él prometió que iría a contarme toda la historia de aquel próspero reino, y de cuánto le costó obtener su paz.

6 Después de coronarnos, Melquisedec nos hizo sentar alrededor de la gran mesa, y comenzó a servirnos el pan y el vino; A partir de aquel momento, comenzamos a honrarlo como Sacerdote del Dios Altísimo.

7 En un gesto de gratitud, tomé el vaso repleto de perlas, y lo coloqué a los pies del rey. Tomándolo en los brazos, él comenzó a acariciarlo, sin atentar hacia el brillo de las perlas. Expresándome la gratitud por aquella ofrenda, me dijo que aceptaría el vaso y, que de las perlas, solamente aceptaría el diezmo.

8 Inmediatamente comencé a contar las joyas, separando las más bellas para el rey. Había un total de 1,440 perlas, de las cuales le entregué 144. Él las guardó cuidadosamente en una cajita hecha de oro puro, en cuya tapa había lindos adornos con incrustaciones de pequeñas piedras preciosas.

9 Después de recibir el diezmo que simbolizaba la gran liberación operada por Yahwéh en la planicie, Melquisedec llamó venir a él a uno de sus súbditos que era maestro en adornos y pinturas, ordenándole honrar el vaso con un lindo grabado que retratase el momento en que yo lo ofrendé.

10 Mientras el jarro era pintado, Melquisedec comenzó a contarme la historia de su reino, desde su fundación hasta aquel momento en que estábamos conmemorando la gran victoria sobre los enemigos.

11 Al devolverme el vaso, ahora honrado con el más bello grabado e inscripciones que exaltaban la justicia, la humildad y el amor, el rey de Salem me ordenó que llevara conmigo el vaso con aquellas perlas. Durante seis años yo y mis pastores deberíamos contar a todos la historia de aquel vaso que fue victorioso por causa de la llama del altar. A todos aquellos que, con arrepentimiento, aceptasen la salvación representada por su historia, deberíamos ofrecer una perla.

Al final de los seis años, las perlas se acabarían; Ya no habría oportunidad de salvación. Sobrevendría entonces el séptimo año, en el cual habría un tiempo de gran angustia y destrucción, cuando solamente habría protección para aquellos que poseyesen las perlas. Por esa ocasión, las ciudades de la planicie serían totalmente destruidas por el fuego del juicio, y los demás pueblos que no se arrepintiesen, serían diezmados por grandes plagas.

Capítulo 7

Continúan las revelaciones de Melquisedec. Acontecimientos que se verificarán en Rosh Hashaná, en Yom Kipur y en la fiesta de Sukot. Seis años de oportunidad. La santificación del día de reposo, señal de alianza con Yahwéh. La Nueva Jerusalén revelada al final del séptimo año. La Venida del Mesías. La resurrección de los fieles fallecidos y transformación de los vivos victoriosos. Coronación de los justos en la Ciudad Santa.

1 Sobre el triunfo que acabábamos de obtener sobre numerosos ejércitos, Melquisedec, después de repetirme las palabras dichas por el Mesías, dijo una señal que sería importante para aquéllos que viviesen por la ocasión de la gran liberación de Israel. Afirmó que, multiplicando las 144 perlas del diezmo por el número de columnas de su palacio, encontraría el año que traería a su consumación la gran liberación de Israel. Movidado por la curiosidad, comencé inmediatamente a contar las columnas; Eran 40 columnas de mármol, adornadas con piedras preciosas.

2 Al regresar al rey con el resultado de los cálculos, él comenzó a hacer predicciones sobre los grandes acontecimientos que tendrían lugar al final de aquél año:

3 Al llegar la plenitud de los tiempos, todos los esfuerzos humanos en busca de la paz se frustrarán. En aquel tiempo, numerosas naciones se aliarán contra el reino de Salem; Habrá una batalla como nunca hubo, y toda la tierra será castigada por el fuego; Después de agotar ellos todos los recursos en su defensa, Israel verá, con desesperación, incontables enemigos marchando contra ellos, con el propósito de eliminarlos. Como Lot en su noche de angustia, ellos verán morir su esperanza, cuando, en Rosh Hashaná, ha de oírse en medio de las ruinas de Salem, los acordes armoniosos de un laúd, tocados por un beduino de la tribu de Taamireh; Su música hará renacer la fe y la esperanza en un mundo mejor, donde nación no se levantará contra nación; donde las lágrimas, el dolor y la muerte no existirán más.

4 Después de consolar a los afligidos con los acordes de su laúd, el beduino tomará el vaso con los pergaminos de la tumba de David, y lo llevará sobre los hombros. En aquel día, estarán los pies suyos sobre el Monte de los Olivos, y, al clamar por la liberación de Israel, habrá un fuerte terremoto que agrietará el Monte por la mitad, surgiendo del oriente hacia el occidente un enorme valle. En aquel día, toda la tierra de Israel será fuertemente sacudida, sobreviniendo una total destrucción para todos los ejércitos enemigos; Habrá, sin embargo, salvación para todos aquéllos que, con arrepentimiento, se refugiaron bajo las alas del Eterno, lanzando lejos de sí los instrumentos de violencia.

5 Toda la humanidad testimoniará, con espanto, las escenas de la liberación de los hijos de Israel. En aquel día, muchos pueblos y poderosas naciones se establecerán al lado de Yahwéh de los Ejércitos; Multitudes de los judíos de la diáspora se aproximarán, diciendo: Nos iremos con vosotros, porque sabemos que el Eterno está de vuestro lado.

6 El Yom Kipur que seguirá a la liberación, será un día de purificación de las impurezas de todos aquéllos que aceptaron la salvación; En aquel día acabará la ceguera de los hijos de Jacob, y mirarán hacia Aquél a quien traspasaron, y llorarán amargamente por él como se llora por un hijo unigénito.

7 En la fiesta de Sukot será derramado el Espíritu de Dios sobre toda carne; Y sucederá que, todo aquél que invoque el nombre de Yahwéh, será salvo, recibiendo una perla del vaso.

8 En el correr de los días de Sukot, lluvias de bendiciones caerán sobre el inmenso valle, haciendo surgir a la vista de todos los pueblos, en toda la tierra Santa, un paraíso repleto de alegría y paz.

9 En aquel día los elegidos de Dios comprenderán las palabras del libro:

10 "Óiganme, ustedes, que procuran la justicia, ustedes que buscan a Yahwéh. Miren hacia la roca de la cual fueron cavados, hacia la caverna de la cual fueron sacados. Miren hacia Abraham, su padre, y hacia Sara, aquella que los dio a luz. Él estaba solo cuando lo llamé, mas yo lo bendije y lo multipliqué. Yahwéh consoló a Sión, consoló todas sus ruinas; él transformará su desierto en un Edén y su soledad en un jardín. En ella encontrarán gozo y alegría, cánticos de acción de gracias y sonidos de música".

11 En aquel día los redimidos mirarán hacia el humilde beduino que liberó de la caverna el vaso de Abraham, y cantarán con alegría:

12 "Cuán bellos son, sobre los montes, los pies del mensajero que anuncia la paz, del que proclama buenas nuevas y anuncia la salvación, del que dice a Sión: ¡Oh tu Dios reina! Porque Yahwéh consoló a su pueblo, él redimió Jerusalén. Yahwéh descubrió su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y todos los extremos de la tierra verán la salvación de nuestro Dios".

13 Durante seis años, toda la humanidad, iluminada por la mayor revelación del amor y de la justicia de Yahwéh, tendrá oportunidad de romper con el imperio del pecado, uniéndose a los hijos de Israel en su marcha de purificación y restauración del reino de la luz.

14 Entonces acontecerá que, todos los sobrevivientes de las naciones que marcharon contra Jerusalén, subirán, año tras año, para postrarse delante del rey Yahwéh de los Ejércitos, y para celebrar la fiesta de Sukot. Y acontecerá que aquélla de entre las familias de la tierra que no suba y no venga, atraerá contra sí misma la plaga con la que Yahwéh herirá a las naciones que no suban a celebrar la fiesta de Sukot.

15 En aquellos años de oportunidad, sonará por todas partes del mundo el último convite de misericordia, en un intento por que todos los pecadores se arrepientan y se unan en una eterna alianza con Yahwéh, diciendo:

16 "Así dice Yahwéh: Observad el derecho y practicad la justicia, porque mi salvación esta pronta a llegar y mi justicia, a manifestarse. Bienaventurado el hombre que proceda así, y el hijo del hombre que en esto se afirma, que guarda el sábado y no lo profana y que guarda su mano de practicar el mal. No diga el extranjero que se entregó a Yahwéh: Naturalmente Yahwéh va a excluirme de su pueblo, ni diga el eunuco: No hay duda, yo no paso de un árbol seco"; pues así dice Yahwéh a los eunucos que guardan mis sábados y optan por aquello que es mi voluntad, permaneciendo fieles a mi alianza: "He de darles, en mi casa y dentro de mis muros, un monumento y un nombre más precioso del que tendrían como hijos e hijas; He de darles un nombre eterno, que no será extirpado. Y, en cuanto a los extranjeros que se entregaren a Yahwéh para servirlo, sí, para amar el nombre de Yahwéh y convertirse en sus siervos, a saber, todos los que se abstienen de profanar el sábado y que se mantienen fieles a mi alianza, yo los traeré a mi santo monte y los cubriré de alegría en mi casa de oración. Sus holocaustos y sus sacrificios serán bien aceptados en mi altar. En efecto, mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos".

17 En los seis años de oportunidad, Samael, el gran engañador, en un gesto de desesperación, empleará todos los recursos posibles para impedir la realización de Yahwéh a través de su pueblo. En oposición a la santificación del sábado que es la señal de la alianza entre Yahwéh y sus escogidos, numerosas religiones, aliadas a gobernantes impíos, impondrán otro día para el culto, no pudiendo comprar ni vender todos aquéllos que se mantuvieron fieles a la alianza de Yahwéh. En aquellos años de pruebas, los elegidos de Dios sobrevivirán mediante el cuidado de los ángeles, que los conducirán distantes de las ciudades populosas que serán castigadas por las siete últimas plagas que caerán sobre los impenitentes al final de los seis años.

18 Durante los seis años de la cosecha final, el Mesías edificará una Nueva y Eterna Jerusalén, adornándola con los hechos de justicia de sus escogidos. Esa Nueva Jerusalén solamente será revelada al completarse toda la justicia divina, al final del séptimo año, período en que los elegidos de Dios tendrán como desafío vivir una vida sin culpas, pues cualquier acto de rebeldía en aquel tiempo, estaría sin expiación, significando una eterna vergüenza para el Creador.

19 Al completarse los siete años, el Mesías aparecerá en las nubes del cielo, acompañado por todas las huestes celestiales; Al tocar su trompeta en aquél gran Rosh Hashaná, los fieles fallecidos, resucitarán revestidos de gloria; los vivos victoriosos, serán transformados en un abrir y cerrar de ojos, recibiendo cuerpos perfectos; Juntos, todos los redimidos serán arrebatados hacia la Nueva Jerusalén, en un viaje inolvidable que comenzará en el primer día de la fiesta de Sukot; Después de siete días de feliz ascensión, llegarán a La Ciudad Santa para conmemorar, delante del trono, el octavo día de la fiesta.

Como si fuese un sueño, los rescatados del Señor entrarán en La Ciudad Santa, encontrando a su lado norte, el jardín del Edén, en medio del cual se eleva el monte Sión, el lugar del trono de Yahwéh. Coronados por el Mesías, los redimidos entonarán el cántico de la victoria, haciendo vibrar por todo el espacio los acordes de sus arpas, laúdes y flautas.

Capítulo 8

Continúan las predicciones de Melquisedec. Abraham y sus pastores proclaman la salvación representada por la historia del vaso y su llama redentora. Otorgan perlas a los creyentes. Un tiempo de oportunidad antes de la calamidad. Las perlas del vaso no tenían significado para Sara.

1 Después de proferir todas estas predicciones, Melquisedec me dijo que toda la experiencia que estábamos viviendo, era pre figurativa. Para que todo el drama se consumase, teníamos todavía delante de nosotros acontecimientos importantes; primeramente, yo debería regresar al Roble de Mambré juntamente con mis pastores, para proclamar a todos la salvación representada por la historia de aquel vaso. Todo aquél que, con arrepentimiento, aceptase al Mesías revelado, obtendría el perdón de sus pecados, recibiendo una perla. Al final de seis años, al llegar la víspera de Rosh Hashaná, las perlas se acabarían, no habiendo más oportunidad de salvación. Por aquel tiempo, el fuego del juicio caería sobre las ciudades de Sodoma y de Gomorra, habiendo terribles plagas sobre todos los infieles.

2 Al oír tales palabras del rey de Salem, me sobrevino gran angustia, al acordarme de los últimos pasos de Sara; Yo temía que ella, en su incredulidad, no aceptase una perla. Si esto aconteciese, mis lindos sueños se echarían por tierra, pues no conseguiría ser feliz en su ausencia. Leyendo en mis ojos la angustia, Melquisedec me consoló con una promesa:

3 Abraham, de aquí a seis años Yahwéh te visitará en tu tienda, y tu esposa será curada de su esterilidad. Ella se convertirá y te dará un hijo que se llamará Isaac.

4 Al finalizar la fiesta de Sukot, retornamos a nuestras tiendas junto al Roble de Mambré. A medida en que íbamos avanzando por el camino, muchas personas nos rodeaban, admirados por la belleza del vaso repleto de perlas; A todos contábamos la historia de su llama redentora, y ofrecíamos las perlas a todos los que creyendo, aceptaban la salvación.

5 Cuando llegamos al Roble de Mambré, una multitud de personas en él esperaba; Muchos habían oído hablar de la milagrosa liberación operada a través de aquel vaso que había sido el blanco de tanto menosprecio. Ahora, todos estaban enmudecidos al verlo glorificado.

6 Juntamente con mis pastores, continuamos proclamando el infinito amor de Yahwéh revelado por la llama. El número de aquellos que procuraban obtener las perlas fue aumentando, día tras día, y todos éramos felices.

7 Los días, los meses y años fueron pasándose, y la cantidad de perlas fue disminuyendo dentro del vaso. Estábamos viviendo ahora los últimos meses del sexto año, que era el último de oportunidad. A medida en que los días se pasaban, aumentaba en mi corazón una preocupación y una angustia, pues Sara hasta entonces no había tomado interés en apoderarse de su perla, a pesar de mis constantes ruegos.

8 En aquellos momentos de aflicción en que clamaba a Dios por la salvación de Sara, mi único consuelo eran las últimas palabras del rey de Salem, de que al final de los seis años ella sería transformada.

9 Vivíamos ahora los últimos días del sexto año; La conciencia de que el tiempo se estaba agotando, hacía que muchas personas me procurasen desde la mañana hasta la noche, para apoderarse de las perlas de la salvación. Con el corazón herido por inexpresable aflicción, yo insistía con Sara, procurando convencerla de su necesidad en tomar, cuanto antes, una perla, pues las mismas se estaban haciendo cada día más escasas. Sin considerar mi angustia, Sara desdeñaba mis solicitudes, afirmando que aquellas perlas no tenían ningún significado para ella.

Capítulo 9

Abraham intenta convencer a Sara sin tener éxito. Abraham recibe con hospitalidad a tres peregrinos. El Señor convierte a Sara y le bendice, le entrega dos perlas, una para ella y otra para su hijo. Abraham cae a los pies de su Redentor y recibe la última perla.

1 Después de una noche en vela en que, desesperadamente, procuré convencer a mi amada de posesionarse de su perla, aceptando la salvación representada por aquel vaso, vi el sol surgir trayendo la luz del último día víspera de Rosh Hashaná. Al mirar hacia dentro del vaso en aquella mañana, vi que restaban apenas tres perlas. Al admirarles el brillo, comencé a imaginar que la más brillante sería para mi hijo prometido, la de brillo intermedio sería la de Sara, y la última sería la mía. Ese pensamiento me trajo alivio y esperanza; Pero, al mismo tiempo, comencé a preocuparme con la posibilidad de que llegaran personas procurando obtenerlas; Si viniesen, yo no podría negarles el derecho a ellas.

2 Tomado por esa preocupación, permanecí sentado bajo el Roble de Mambré. En el transcurso del día, me sobrevino un gran estremecimiento cuando vi a lo lejos tres peregrinos que caminaban rumbo a nuestra tienda. Comencé a clamar a Dios que ellos cambiaran de rumbo, pero mis clamores no fueron atendidos. Dominado por una gran amargura, corrí hasta ellos, y, después de postrarme, los invité hacia la sombra.

3 Tomando una vasija con agua, comencé a lavarles los pies, limpiándolos del polvo del camino. Al ver los pies heridos y ampollados de aquéllos hombres, sentí compasión por ellos.

Comprendí que habían venido de muy lejos, enfrentando peligros y desafíos, con el propósito de obtener a tiempo las perlas. Vi que ellos eran mucho más merecedores que yo, Sara y nuestro hijo prometido.

4 Al lavar los pies del tercero, mi corazón que hasta entonces estaba afligido, se llenó de paz y alegría; Imaginaba en aquel momento, cuán terrible sería si aquél tercer peregrino, no se hubiese unido a los dos primeros en aquel trayecto; En ese caso yo estaría obligado a tomar la última perla, subiendo sin mi amada a Salem. Si tuviera yo que pasar por esa experiencia, la perla que simbolizaba la alegría de la salvación, se convertiría para mí en un símbolo de soledad y tristeza, pues la larga vida del cariño de Sara, sería para mí el mayor castigo, como la propia muerte.

5 Después de lavarles los pies, comencé a servirles el alimento que fue especialmente preparado para ellos. Mientras les servía en silencio, estaba yo esperando el momento en que me preguntarían por las perlas. Pero sin revelar ninguna prisa, ellos hablaban sobre la larga caminata que hicieron, sobre las ciudades por donde habían pasado. Yo les pregunté si conocían Salem; Ellos me respondieron afirmativamente, agregando que en aquellos seis años, muchas obras habían sido realizadas en aquella ciudad, en preparación para una gran fiesta que estaba por realizarse dentro de un año más, por la ocasión de Sukot.

6 Las palabras de aquél tercer peregrino, el más conversador de los tres, comenzaron a traerme, misteriosamente, un sentimiento de esperanza. Al mirar hacia sus ojos azules, Vi que él se parecía a Melquisedec.

7 Recordaba la última promesa hecha por el rey de Salem, cuando el tercer peregrino me preguntó con una sonrisa:

8 Abraham, ¿Dónde está Sara tu mujer?

9 Atónito, le pregunté:

10 ¿Cómo sabes mi nombre y el nombre de mi esposa?

11 El peregrino, me respondió:

12 No solamente sé sus nombres, sino también sé que, de aquí a un año ustedes tendrán un hijo que será llamado Isaac.

13 Al oír las palabras del visitante, corrí hacia dentro de la tienda a fin de llamar a mi esposa, para que oyese las palabras de aquél peregrino.

14 Al verla, el peregrino le preguntó:

15 ¿Sara, porqué te ríes de mis palabras?

16 Asustada, Sara, contestó:

17 ¡Yo no reí mi señor!

18 No digáis que no reíste, pues yo te vi riendo dentro de la tienda. Afirmó el peregrino.

19 Consiente de estar delante de alguien que conocía su interior, Sara le preguntó:

20 ¿Quién eres tú Señor?

21 Yo Soy la llama que se desprendió del Fuego del Altar para estar en el vaso de tu esposo. Yo Soy el Mesías, el Yahwéh que sufre humillaciones y desprecios por amor a su pueblo.

22 Habiendo hecho esta revelación, el peregrino extendió sus manos sobre la cabeza de Sara para bendecirla; Solo hasta entonces vi, que ellas estaban marcadas por cicatrices semejantes a las del rey de Salem.

23 El peregrino, con mucha ternura, comenzó a hablar al corazón de mi amada, rescatándola de su caverna de incredulidad:

24 ¡Sara, valiosa eres a mis ojos! Todo tu pasado de incredulidad e infertilidad está perdonado. Tengo para ti un futuro glorioso, pues tú te convertirás en madre de muchos pueblos y naciones.

25 Después de decir estas palabras, el noble visitante se encaminó hacia el vaso e, inclinándose, tomó de él las tres perlas restantes. Dirigiéndose a Sara, le entregó dos perlas, y le dijo:

26 Una es para ti y la otra es para tu hijo Isaac.

27 Con la vida transformada por el amor de Yahwéh, Sara se postró agradecida a los pies de aquél peregrino que la había salvado en el último momento de oportunidad. Cuando la vi postrarse sumisa, mi corazón por tantos años afligido, se rompió en lágrimas de alegría y gratitud, y caí a los pies de mi Redentor y Rey.

28 Después de consolarnos con la certeza de nuestra eterna salvación, el peregrino me entregó la última perla. Cuando la apreté en mis manos sentí una gran luz de alegría y paz penetrar todo mi ser, y comencé a alabar al Eterno por la certeza de que tendría para siempre a mi lado a mi querida Sara y al hijo de la promesa que, dentro de un año nacería.

Capítulo 10

Abraham acompaña al Señor hasta la colina desde donde el Señor envía a sus dos compañeros a una misión. Yahwéh se lamenta por la destrucción que habrá de sobrevenir a los habitantes de las ciudades de aquel hermoso valle. Abraham intercede por aquel pueblo. No había diez justos en Sodoma y Gomorra. Lamentación de Yahwéh. Los dos compañeros son enviados para rescatar a Lot y sus hijas. Abraham se postra agradecido a Yahwéh por la intervención en el rescate de sus familiares.

1 Después de estas cosas, Yahwéh se despidió de Sara y de los pastores que allí se encontraban, y me invitó a que los acompañara hasta la colina que esta frente al valle. Cuando llegamos a aquel lugar, el Eterno se despidió de sus dos compañeros, enviándolos a una misión especial en Sodoma.

2 De la cima del monte contemplábamos los fértiles valles y bosques que, como un paraíso, se extendían en ambos márgenes del río Jordán, circundando las prósperas ciudades, dentro de las cuales se destacaban Sodoma y Gomorra.

3 Fue sobre aquella colina que, después de la contienda entre mis pastores y los pastores de Lot, le di la oportunidad de escoger el rumbo a seguir, pues no podríamos permanecer juntos. Atraído por las riquezas de la campiña, él decidió mudarse hacia allá.

4 Al mirar hacia mi compañero que permanecía en silencio desde el momento en que vimos la campiña, me sorprendí al verlo llorando. Le pregunté el motivo de su tristeza, y Él, sollozando respondió:

5 Este es para mí un día de mucha tristeza, pues por última vez mis ojos podrán posarse sobre este valle fértil. Lloro por los habitantes de esas ciudades que no saben que sus días acabarán.

6 La declaración de Yahwéh me trajo el recuerdo de todos aquéllos cautivos que habían sido liberados seis años antes; lamentablemente, casi todos rechazaron el baño de la purificación, regresando inmundos hacia sus casas; Únicamente Lot y sus hijas aceptaron la salvación, tomando posesión de sus perlas. Pensando en alguna posibilidad de liberación para aquél pueblo, pregunté al Señor:

7 ¿Y si acaso existe en aquellas ciudades, cincuenta personas justas, aún así serían ellas destruidas?

8 Yahwéh me dijo que si hubiese cincuenta justos, toda la planicie sería perdonada.

9 ¿Y si hay cuarenta y cinco justos?

10 Si hubiese allí cuarenta y cinco justos, todas aquellas ciudades serían perdonadas.

11 Continué con mis indagaciones hasta llegar al número diez. Yahwéh me dijo que si hubiese diez justos en aquellas ciudades, toda la planicie sería perdonada.

12 Torturado por una inexpresable agonía de espíritu, Yahwéh volvió a llorar amargamente, mientras que con voz embargada, pronunciaba un triste lamento:

13 Sodoma y Gomorra, cuántas veces quise Yo juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, mas ustedes no aceptaron mi protección. ¿Por qué es que ustedes cambiaron la luz de mi salvación, por las tinieblas de este reino de muerte? Mis oídos están atentos en busca de, por lo menos una plegaria, mas todo es silencio. Mis manos están extendidas, prontas a impedir el fuego del juicio, mas ustedes rechazan mi socorro.

14 Inclinéme al lado de mi sufridor compañero, me uní a Él en la lamentación. En aquel momento de dolor, tuve la certeza de que Melquisedec también sufría por todos aquellos que habían cambiado el amor y la paz de Salem, por las ilusiones de aquel valle de destrucción.

15 Después de un largo llanto, Yahwéh me consoló, con la revelación de sus dos compañeros, se encontraban en aquel momento en Sodoma, con la misión de salvar a Lot y a sus hijas librándoles de la muerte. Sus palabras me trajeron gran alivio, y me postré agradecido a sus pies.

Capítulo 11

Yahwéh comisiona a Abraham registrar en un rollo la historia del Vaso, así como la historia de Salem, para posteriormente entregarlo dentro del Vaso a Melquisedec. Destrucción de Sodoma y Gomorra. Abraham se lamenta en extremo.

1 Antes de partir, Yahwéh me encargó una misión, diciendo:

2 Toma un rollo vacío y registra en él la historia del vaso y la historia de Salem, conforme oíste de los labios de Melquisedec. Dentro de un año, tú y todos aquellos que aceptaran la salvación, deberán subir a Salem para la fiesta de Sukot; En aquel día, devolverán al rey de Salem el vaso, ofreciendo dentro de él como presente, el rollo.

3 En aquella misma tarde, en obediencia a las órdenes de Yahwéh, comencé a registrar la historia vivida por mí y por mis pastores, desde el momento en que partí rumbo al valle, llevando sobre la espalda el vaso con su llamarada.

4 Al día siguiente, el sol ya iba alto, cuando, al mencionar la ciudad de Sodoma en el manuscrito, recordé que aquel era el día de su destrucción. Con el corazón acelerado, corrí hacia allá y me quedé espantado con el escenario que se extendió delante de mis ojos: En lugar de aquel valle fértil, semejante a un paraíso, había un desierto humeante, sin vida alguna; En lugar de las ciudades de Sodoma y Gomorra, había un cráter profundo, hacia donde las aguas del mar salado escurrían.

5 Quebrantado ante esa visión de destrucción, volví a la tienda con el corazón entristecido. El recuerdo de tantas personas que, por rechazar el perdón divino, habían sido consumidas por el fuego, me dejaba profundamente debilitado. En los días siguientes, no encontré fuerzas para escribir; Regresé otras veces a la colina, con la esperanza de que todo aquello fuese una pesadilla, pero en lugar del valle fértil yo solamente conseguía percibir aquel caos.

6 Demoré varios días para que yo volviera a tener el ánimo de proseguir con los escritos del rollo.

La Historia de Salem

(Un relato escrito por Abraham)

Capítulo 1

Adonías, hombre justo, busca alcanzar su sueño de justicia y paz. Escribe en un pergamino las leyes que regirían el nuevo reino de paz. Inicia la edificación de Salem, la cual está destinada únicamente para los limpios de corazón.

1 Ésta es la historia de Salem según la oí de los labios de Melquisedec en la ocasión de la fiesta de Sukot, quince días después de la liberación de Lot y sus hijas.

2 Todo comenzó con un sueño en el corazón de un hombre llamado Adonías; Él poseía muchas riquezas, pero a nada apreciaba más que a la justicia y a la paz que nacían de la sabiduría y del amor.

3 Cansado con las injusticias que predominaban por toda la tierra de Canaán, Adonías resolvió edificar un reino que fuese regido por leyes de amor y de justicia. El nombre de la capital de ese reino sería Salem, la Ciudad de la Paz.

4 Los súbditos de Salem no empuñarían arcos y flechas, mas serían entrenados en el arte musical; Cada habitante de Salem tendría siempre al alcance de sus manos un instrumento musical, para expresar por medio de él la paz y la alegría de aquel nuevo reino. Juntos, formarían una poderosa orquesta en la lucha contra la desarmonía que nace del orgullo y del egoísmo.

5 El primer paso de Adonías para la concretización de su plan, fue elaborar las leyes del nuevo reino, las cuales él las escribió en un pergamino. Los súbditos de Salem no podrían mentir, hurtar, odiar, ni matar a sus semejantes. El orgullo y el egoísmo eran señalados como causa de todo el mal, por tanto, no podrían existir en aquel lugar de paz.

6 Las leyes del pergamino requerían la práctica de la humildad, de la sinceridad, de la amistad, y, por encima de todo, del amor que es la mayor de todas las virtudes.

7 Después de registrar en el pergamino las leyes que regirían aquel reino, Adonías comenzó a planificar la arquitectura de Salem. Sería una ciudad al principio pequeña, con habitaciones para mil doscientas personas. Como el lugar de su edificación, fue elegida una región alta de Canaán, al occidente del Monte de los Olivos.

8 En poco tiempo, la realización de Adonías comenzó a atraer personas de todas partes que, de cerca y de lejos, venían a conocer los palacios y las mansiones que estaban siendo edificados.

Admirados ante la belleza de aquella ciudad tan blanca, los visitantes preguntaban sobre quiénes serían sus habitantes. Adonías les mostraba el pergamino, diciendo que Salem se destinaba a los limpios de corazón aquéllos que estuviesen dispuestos a obedecer sus leyes.

Capítulo 2

Conclusión de la edificación de Salem. Melquisedec, la inspiración de su padre. Adonías buscando honrar a un súbdito especial, ve en Samael un reflejo de las virtudes del propio príncipe. Samael es honrado.

1 La edificación de la ciudad fue finalmente concluida y Salem se reveló hermosa como una novia adornada, a la espera de su esposo.

2 Asentado en su trono, Adonías ahora examinaba a los numerosos candidatos a súbditos que llegaban de todas partes. Aquéllos que, prometiendo fidelidad a las leyes, eran aprobados, recibían tres dotes del rey: el derecho a una mansión, vestiduras de lino fino y un instrumento musical en el cual deberían practicar.

3 La ciudad estaba finalmente repleta de habitantes. Lleno de alegría, Adonías convocó a todos a la fiesta de inauguración de Salem, en el transcurso de la cual proclamó un decreto que determinaría el futuro de aquel reino, diciendo:

4 A partir de este día, que es el décimo del séptimo mes, seis años serán contados, en los cuales todos los habitantes serán probados. Solamente aquellos que permanecieran leales, progresando en la práctica de las leyes del pergamino, serán confirmados como herederos de este reino de paz. Aquéllos que fueren enlazados por culpas y transgresiones, serán desterrados por el juicio.

5 Las palabras del rey condujeron a todos a un profundo examen de corazón, y se alegraron con la certeza de que alcanzarían la victoria sobre todo el orgullo y el egoísmo, que son las raíces de todos los males.

6 Adonías tenía un hijo único a quién había dado el nombre de Melquisedec. La belleza, ternura y sabiduría de ése hijo amado, habían sido su inspiración para la edificación y fundación de su reino.

7 Melquisedec tenía doce años de edad, cuando Salem fue inaugurada. Era el plan de Adonías coronarlo rey sobre los súbditos aprobados, al final de los seis años. Este plan, lo mantendría en secreto hasta el momento oportuno.

8 El príncipe, con sus virtudes y simpatía, se hizo pronto muy querido por todos en Salem. Él tenía siempre en los labios una sonrisa y una palabra de afecto. Apreciaba estar junto a los súbditos en sus hogares, recitándoles las leyes del pergamino en forma de lindas canciones que vivía componiendo.

Su presencia traía al ambiente una atmósfera de felicidad y paz. Ése amado príncipe poseía, de hecho, todas las virtudes necesarias para ser rey de una Salem Victoriosa.

9 Adonías había edificado una mansión especial junto al palacio, con el propósito de ofrecerla al súbdito cuya vida expresase más perfectamente las leyes del pergamino. Diariamente él observaba a los habitantes, buscando entre ellos a esa persona a la que deseaba honrar.

10 Paseaba por las alamedas de Salem, cuando, por entre el trinar de pájaros, Adonías oyó una voz semejante a la de su hijo. Al darse vuelta para ver quién era, encontró a un bello joven que cantaba una canción. Al contemplar en su faz el brillo de la sabiduría y de la pureza, Adonías se alegró por haber encontrado a aquél a quién podría honrar. Aquél joven, que era una copia fiel del príncipe, se llamaba Samael.

11 Colocándole un anillo en el dedo, el rey lo condujo al palacio, donde, fue recibido por Melquisedec que le ofreció muchos presentes, entre los cuales el derecho de estar siempre a su lado.

12 Adonías preparó un gran banquete en honor de Samael, para el cual todos fueron convidados. Al contemplarlo al lado del rey, los súbditos lo aclamaron con alegría, acreditándolo ser el propio príncipe.

13 Exaltaban con júbilo las virtudes de aquél hermoso joven, cuando se manifestó Melquisedec, colocándose con una sonrisa a la derecha de su padre.
14 En el banquete, Samael fue honrado por todos. Realmente él era digno de residir en la mansión del monte, pues había en él un reflejo perfecto de las virtudes que coronaban al amado príncipe.

Capítulo 3

Las sublimes composiciones de Melquisedec inspiraban al pueblo a actos de bondad y paz. La música preservando la armonía y la paz. Samael, compañero inseparable de Melquisedec. Revelaciones importantes de Adonías a su pueblo sobre el futuro gobierno de una Salem victoriosa. Samael, guardián de las leyes.

1 Salem crecía en felicidad y paz. Con alegría, los súbditos se reunían cada día al amanecer para oír, cantar y tocar las sublimes composiciones de Melquisedec, que inspiraban a actos de bondad y paz.

2 Entre las amistades nacidas y fortalecidas en virtud de la música armoniosa, sobresalía aquélla que unía al príncipe con Samael. Desde que había comenzado a residir en la mansión del monte, Samael se había convertido en su compañero constante. Juntos pasaban largas horas, meditando sobre las leyes del pergamino. Con admiración, el súbdito honrado veía al hijo de Adonías transformar aquellas leyes en lindas canciones. Las dulces melodías nacían de sus labios como el perfume de una flor.

3 Consiente de la importancia de la música en la preservación de la armonía y paz en Salem, el príncipe, además del canto, comenzó a dedicarse a la música instrumental, siendo su instrumento preferido el laúd. Era por medio de ese instrumento que conseguía expresar con mayor perfección la riqueza de su alma.

4 De los seis años de prueba, cinco, finalmente pasaron. Adonías, feliz de ver que hasta entonces todos los habitantes de Salem habían permanecido leales a los principios contenidos en el pergamino, los convocó a un banquete, en el cual haría importantes revelaciones.

5 Habiendo tomado sus lugares delante del trono, los súbditos, con alegría unieron las voces entonando los cánticos de la paz, siendo regidos por Samael.

6 Después de oírlos, el rey, emocionado, se dirigió a su hijo, abrazándolo en medio de los aplausos de la multitud agradecida. Todos reconocían que la paz y la alegría en Salem, eran en gran medida debidas al amor y dedicación del amado príncipe, que era el autor de aquellas dulces canciones.

7 En aquel momento de reconocimiento y gratitud, Adonías reveló sus planes mantenidos hasta entonces en secreto. Con voz pausada, les dijo:

8 Súbditos de este reino de paz, mi alma está repleta de alegría por contemplar en este día sus rostros más radiantes que en tiempos pasados, sus vestiduras continúan blancas y puras, como cuando las recibieron de mis manos. La armonía de sus voces e instrumentos, hoy son mejores.

9 Habiendo dicho estas palabras, el rey agregó con solemnidad:

10 Un año de prueba todavía resta, al final del cual serán examinados. Permaneciendo fieles como hasta aquí, serán honrados siendo confirmados como súbditos de este reino de paz. No obstante, si alguien fuera hallado en falta, será desterrado, aún y cuando este juicio nos traiga mucha tristeza y sufrimiento.

11 Las palabras del rey llevaron a los súbditos a una profunda reflexión. Todos, examinándose, indagaban reverentes: ¿Estaremos aprobados?

12 Seguros de que serían victoriosos, pues amaban a Salem y sus leyes, unieron las voces en un cántico expresivo de fidelidad. Al terminar el cántico, Adonías les reveló su gran secreto:

13 Aquéllos que fueren aprobados, heredando este reino de paz, recibirán como rey a mi hijo, a quien daré el trono glorificado de esta Salem Victoriosa.

14 La revelación del rey fue aclamada por todos con mucho júbilo. Adonías, sin embargo, todavía no les había revelado todo su plan, por eso pidiéndoles silencio, prosiguió:

15 Mi hijo empuñará un cetro especial, en el cual sellaré todo el derecho de dominio, su cetro, simbolizando toda la armonía, será un laúd.

16 Ante esta revelación que a todos sensibilizó, el príncipe postrándose a los pies de su padre, lloró motivado por mucha alegría. Mientras tanto, todos le aplaudían con euforia, anhelando ver el amanecer de ese día en que la paz sería victoriosa.

17 Adonías, llamando a Samael a estar junto a su hijo, concluyó diciendo:

18 En el gobierno de esta Salem victoriosa, tengo el propósito de hacer de Samael el primero después de Melquisedec. A él será confiado el pergamino de las leyes, debiendo ser el guardián de la honra de este reino triunfante.

Capítulo 4

Samael se deja dominar por sentimientos de grandeza y orgullo. Mantiene en secreto su plan e intenta imponer sus conceptos contrarios a la ley del pergamino. Melquisedec consigue restaurarlo al camino de la humildad y la rectitud, pero nuevamente recae al dejarse dominar por el orgullo y la codicia.

1 Samael, al conocer los planes de Adonías en cuanto al futuro de Salem, se llenó de euforia. Contemplaba ahora risueño aquella ciudad sin igual, imaginando su futuro de gloria. Considerando las palabras del rey, de que él sería el segundo en el reino, se dejó dominar por un sentimiento de exaltación. Él, que hasta entonces, en obediencia a las leyes del pergamino, había vivido una vida de humildad, comenzó a enorgullecerse de su posición. En su devaneo se sentía junto al trono, teniendo a los súbditos de Salem a sus pies, aclamando con alabanzas su grandeza. Samael, totalmente dominado por ese sentimiento, no se daba cuenta de que estaba siendo conducido por un camino peligroso. El orgullo que lo seducía, estaba generando el egoísmo que luego se manifestaría en codicia.

2 Una semana después de la revelación de Adonías, los súbditos promovieron una fiesta en homenaje a Melquisedec, el futuro rey de Salem. Viéndolo aclamado por tantas alabanzas, Samael tuvo el corazón arrebatado por un extraño sentimiento de envidia, fruto del orgullo y del egoísmo. No podía soportar el pensamiento de ser dejado en segundo plano. ¿Acaso no era él tan hermoso y sabio como el príncipe? Era casi imposible disfrazar tal sentimiento de infelicidad.

3 En tiempos pasados, Samael encontraba indescriptible placer en los momentos en que, al lado del príncipe, recitaba las leyes contenidas en el pergamino, que eran transformadas en lindas canciones. Ahora, tales momentos se tornaron desagradables, pues aquellos principios contrariaban sus ideales. Decidió, sin embargo, no revelar sus sentimientos de rebelión. Soportaría el anticuado pergamino hasta que, con su autoridad, pudiese excluirlo del nuevo reino que sería establecido. ¿No sería acaso él el guardián de aquellas leyes? Esa "victoria" procuraría alcanzar mediante su influencia y sabiduría.

4 Juzgando poder influenciar al hijo de Adonías con sus sueños de grandeza, Samael se aproximó hasta él con euforia, y comenzó a hablarle de las glorias del reino venidero, donde los dos, cubiertos de honores, disfrutarían de las alabanzas de una Salem victoriosa. Serían ellos los héroes del más perfecto reino establecido entre los hombres.

5 Las delirantes palabras del súbdito honrado trajeron preocupación y tristeza al corazón del joven príncipe, pues no reflejaban las enseñanzas de amor y humildad del pergamino.

6 Viendo a su amigo íntimo en peligro, Melquisedec, con una ternura jamás revelada, lo condujo al lado del trono, donde, tomando el pergamino, comenzó a leer compasivamente los siguientes párrafos:

7 El reino de Salem será afirmado sobre la humildad, pues esta virtud es la base de toda verdadera grandeza.

8 La humildad es fruto del amor, siendo contraria al orgullo, que puede mantener a una criatura apresada al polvo, haciéndola contentarse con sus limitaciones, engañándola como si las mismas fueran de infinito valor.

9 La humildad consiste en el olvido de sí mismo, y este, en una vida de abnegado servicio por los semejantes.

10 Samael, esforzándose por encubrir su indignación ante la lectura del pergamino que para él era anticuado, dijo al príncipe, en tono de consejo de amigo:

11 Mi buen amigo, reinaremos en una Salem victoriosa, que fulgurará muy por encima de este pergamino, cuyos principios fueron cumplidos fielmente en estos años de prueba. ¿Acaso la plena libertad no será la gloria de Salem? Pues sabe que, la completa libertad no coexistirá con estas leyes, cuyo objetivo se encierra al término de los cinco años. Corresponde a nosotros dos coronar a Salem con el honor de una total libertad, que generará una felicidad sin fin. Tal libertad es imposible que exista bajo las limitaciones del pergamino.

12 El hijo del rey se estremeció mucho ante las palabras de su amigo, que evidenciaban locura. ¿Cómo liberarlo de ese camino de muerte?

13 Nadie en Salem, además de Melquisedec, conocía la triste condición de Samael. Con paciencia, el príncipe procuraba concientizarlo del valor real del pergamino, cuyas leyes no podrían jamás ser alteradas, pues esto ocasionaría el fin de toda la paz.

14 Los consejos del príncipe finalmente despertaron su corazón. Meditando en sus palabras, se concientizó de estar siguiendo por un camino engañoso.

15 Al ver en los ojos de aquél a quién tanto amaba las lágrimas del arrepentimiento, el hijo de Adonías se alegró con su victoria sobre el orgullo y el egoísmo.

16 Los días que siguieron a la liberación, fueron llenos de realizaciones; El príncipe se mostraba aún mas amigo, dispuesto a dar todo de sí mismo de modo que su compañero pudiese proseguir triunfante en el camino de la humildad. En aquellos días de júbilo, fue dado a él el honor de conocer el cetro que estaba siendo moldeado.

17 En un momento de descuido, Samael que había vuelto a disfrutar de paz en el espíritu, permitió que su corazón nuevamente estuviera poseído por un sentimiento de grandeza, que hizo desencadenar una nueva tormenta en su alma. Ese sentimiento mezcla de orgullo y codicia le sobrevino en el momento en que el príncipe le mostraba el laúd dorado, en el cual estaba siendo impreso el sello de todo el dominio.

Capítulo 5

Samael formula planes de conquista. Predica a los súbditos una falsa y engañosa doctrina. Adonías percibe esta rebelión y predica la exactitud de las leyes del pergamino para lograr la paz y la verdadera libertad. Melquisedec les ofrece el perdón y la oportunidad de volverse a la rectitud. Samael se reúne en secreto con sus seguidores y les revela su plan de conquista.

1 Desde su mansión Samael contemplaba a Salem en su resplandor matinal. Viéndola, cual novia adornada a la espera de su rey, la codició. En su delirio comenzó a formular planes de conquista. Ya podía sentirse exaltado sobre su trono, teniendo en las manos el cetro precioso. Todos lo aclamarían como el libertador de la opresión de aquellas leyes. Salem sería un reino de completa libertad y placer. Dominado por esta codicia, comenzó a maquinarse planes de conquista.

2 Samael decidió actuar sutilmente entre los súbditos, llevándolos a ver en el pergamino alguna imprecisión a la libertad real. En su misión de engaño, actuaría con aparente bondad, mostrando interés por el crecimiento de la felicidad de todos.

3 Poniendo en práctica sus planes, comenzó a visitar a los súbditos en sus mansiones, hablándoles de las glorias del reino venidero, donde disfrutarían una completa libertad.

4 Grande era su influencia en Salem. Todos admiraban su belleza y sabiduría,teniéndolo como un perfecto apóstol de la justicia y del amor. Nadie podía imaginar que en medio de aquella atmósfera de júbilo y gratitud una trampa sutil estaba siendo colocada, en las garras de la cual muchos podrían caer por descuido.

5 En su seductora misión, Samael no hablaba contra el pergamino, no obstante, lo elogiaba por haber ejercido en aquellos seis años prontos a finalizar, una misión de prueba. En su lógica, sin embargo, procuraba mostrar que, en el reino venidero, cuando todos estuvieran aprobados, estarían por encima de aquellas leyes.

Sus argumentos, aparentemente correctos, le preparaban el camino para afirmar abiertamente que, en el nuevo reino, la existencia del pergamino, sería una traba a la concretización de la verdadera libertad.

6 Las semillas de la rebelión lanzadas por Samael no tardarían en germinar en el corazón de muchos en Salem. Esto acontecía a seis meses del Yom Kipur, cuando el destino de todos sería sellado. Un tercio de los habitantes, seducido por el terrible engaño, lo exaltaba ahora, en completo desprecio a las leyes y al príncipe, a quiénes juzgaban de anticuados.

7 Adonías, que sufría al ver el surgimiento de toda esta rebeldía, convocó a los súbditos a una reunión de emergencia. En la faz de todos se podía ver las contrastantes disposiciones.

8 Con voz compasiva, el rey comenzó a revelarles, como jamás lo había hecho antes, la gran importancia de las leyes registradas en el pergamino, mostrando que ellas eran la base de toda la prosperidad y paz. Si tales leyes fuesen excluidas, toda felicidad y gloria se extinguirían, dando lugar al caos.

9 Después de mostrar la necesidad de las leyes, Melquisedec, movido por un fuerte deseo de salvar a aquéllos a quienes tanto amaba, levantó el pergamino delante de todos y, con voz llena de bondad les ofreció el perdón y la oportunidad de volver a iniciarse en el camino de la paz. Sus palabras a todos conmovió, logrando que hasta el mismo Samael estuviese al principio motivado, sin embargo, el orgullo le impidió de nuevo el arrepentimiento. De esta manera, el súbdito honrado, cuando todavía podía mirar arrepentido hacia el pergamino, se endureció en su rebeldía, decidiendo continuar hasta el fin. Esta decisión, todavía, no la manifestaría prontamente, pues había idealizado un plan traicionero.

10 Al finalizar el encuentro de oportunidad, Samael convocó a sus seguidores a una reunión secreta, que fue realizada bajo el manto de la noche, junto al riachuelo de Cedrón que estaba fuera de los muros de Salem.

11 Después de maldecir el pergamino y a todos aquéllos que lo defendían, comenzó a hablarles de sus planes de venganza y traición:

12 Como ustedes saben, los seis años de prueba se están agotando, restando, a partir de hoy, veinticuatro semanas para el día de la coronación. Si ustedes quisieran tenerme como rey en lugar de Melquisedec, podré robarle el cetro, apoderándome del reino.

13 Samael comenzó a explicarles los lanzamientos de la traición, dándoles las debidas orientaciones sobre la manera de actuar a partir de aquella fecha:

14 Necesitamos mantener una apariencia de fidelidad al pergamino y al príncipe hasta que llegue el momento de actuar. El golpe será dado en la noche que antecede al día de la coronación. A la media noche, furtivamente nos ausentaremos de Salem.

Robaré en esa noche el cetro y, juntos, huiremos hacia el profundo valle donde están las ciudades de Sodoma y Gomorra. Allí nos armaremos, y marcharemos contra Salem, subyugando a nuestros enemigos. Acabaremos entonces con el pergamino y con todos aquéllos que se rehusaren rendir obediencia a nuestro gobierno.

Capítulo 6

Samael y sus cómplices fingen fidelidad al reino. Melquisedec confiado le muestra a Samael el lugar secreto del laúd dorado. Samael traiciona la confianza de Melquisedec preparando a sus hombres y robando el preciado cetro. Samael y sus seguidores marchan hacia el valle. Salem peligra.

1 Sobrevinieron días de aparente tranquilidad y paz, Samael, fingiendo fidelidad, estaba siempre al lado del príncipe, demostrando admiración por sus nuevas composiciones que exaltaban las leyes del pergamino. Los seguidores de Samael, de la misma manera, unían las voces en alabanzas que expresaban la grandeza de los principios a los cuales repugnaban.

2 Melquisedec, lleno de alegría por ver aproximarse el día de su coronación, ensayaba con los súbditos los cánticos de la victoria, los cuales había compuesto especialmente para aquella ocasión. Con felicidad hablaba a todos sobre sus sueños en tornar a Salem cada vez más llena de honra por su belleza y armonía.

3 Samael, en su maldad oculta, se burlaba del príncipe. Ya preveía el dolor que le ocasionaría el golpe de la traición.

4 En aquellos días de aparente paz, el súbdito rebelde procuró conocer el lugar en que el cetro estaría oculto hasta el día de la coronación. El príncipe, sin desconfiar, le reveló todo el secreto: la sala, el cofre con su enigma, el rico estuche y, finalmente el tesoro. Contemplándolo el astuto Samael se animó al ver impreso en su parte convexa el sello del dominio; Comprendió que, aquél que lo poseyera, tendría en las manos el reino de Salem. Solamente algunos días, pensó él, y tendría bajo su poder aquel precioso instrumento.

5 El sol declinó trayendo a Salem el día que significaría victoria o derrota.

6 Poco antes del anochecer, Samael había dejado el palacio donde había pasado todo el día al lado del príncipe, ayudándole en los preparativos para la ceremonia de la coronación. Dirigiéndose hacia su mansión, saludó las tinieblas con una malvada sonrisa. ¡Cuánto había anhelado por aquella noche!

7 Mientras que los fieles, embelesados por la emoción de la feliz victoria, revisaban bajo la luz de candelabros los adornos de sus instrumentos, de sus vestiduras y mansiones, certificándose que serían aprobados a la mañana siguiente, Samael y sus seguidores hacían sus últimos preparativos para blandir el golpe.

8 A la media noche, siguiendo las instrucciones de Samael, todos sus seguidores abandonaron silenciosamente sus mansiones, dirigiéndose al profundo valle de Cedrón, donde esperarían a su nuevo rey.

9 Samael, a su vez, se dirigió a los fondos del palacio, por donde esperaba entrar sin ser notado, yendo al encuentro del cetro. Evitando hacer cualquier ruido, traspasó el portal, dirigiéndose silenciosamente a la sala que guardaba el precioso cetro.

10 En aquel momento, el príncipe que, insomne rodaba en su lecho, presintiendo algún peligro, se dirigió al cuarto de su padre y lo despertó diciendo:

11 Padre mío, oí ruidos de pasos en el interior del palacio.

12 Acariciando la cabeza de su hijo, Adonías, somnoliento le respondió:

13 Hijo, no te preocupes. Acuéstate conmigo y duerme tranquilamente. De aquí a poco rayará el amanecer y tú tendrás en las manos el laúd dorado.

14 El príncipe, tranquilizado por las palabras confiables de su padre, se entregó a un sueño de lindos sueños en el que vivía al lado de Samael y de todos los súbditos de Salem, los momentos festivos de la coronación. Mientras que esto sucedía, el rebelde con las manos temblorosas, se apoderaba del cetro. En aquel momento, tuvo la idea de llevarse solamente el laúd, dejando el estuche en su debido lugar. Con una sonrisa llena de maldad, imaginó el momento en el que el rey entregaría a su hijo aquel estuche vacío.

15 Llevando consigo el cetro, Samael se dirigió apresuradamente al lugar donde sus seguidores lo esperaban. Al encontrarlos, dio paso a todo su orgullo proclamando:

16 Ahora yo soy el rey de Salem. ¿Quién posee un cetro como el mío? Con él domino la tierra y el mar. Mi fuerza está en las tinieblas, pues a través de ellas lo conquisté.

17 Festejando la victoria, la turba ruidosa se separó para distanciarse de Salem, siguiendo rumbo a las ciudades corrompidas de la planicie, donde pretendían armarse para la conquista de su reino.

18 El sol apareció en el horizonte, trayendo la luz del día de la expiación (Yom Kipur). Despertando de su sueño de lindos sueños, el príncipe se alistó para la ceremonia del juicio y de la coronación. Vestiduras especiales de lino fino, adornadas con hilos de oro y piedras preciosas, le fueron preparadas. Después de vestirse, Melquisedec se encaminó al encuentro de sus súbditos, en el extremo sur de Salem. De allí los conduciría en una marcha festiva rumbo al palacio situado al norte, sobre el monte Sión.

19 Adonías, haciendo sonar un cuerno largo, convocó a todos para la reunión del juicio. Dejando sus mansiones, todos los restantes se dirigieron hacia la plaza de la puerta sur, llevando consigo sus instrumentos musicales.

20 Al encontrarse con aquéllos fieles, Melquisedec se sorprendió por la ausencia de muchos. Ese misterio le dolía en el alma, pues le ocultaba el rostro más querido de su amigo Samael.

21 Dejando a sus seguidores reunidos, el príncipe salió a la búsqueda de los ausentes. En su búsqueda infructuosa, se dirigió finalmente a la mansión del monte, donde llamó a Samael; Su voz, sin embargo, no trajo ninguna contestación más allá de un eco vacío, que traducía ingratitud.

22 Leyendo en el triste vacío la traición, sintió ganas de llorar. En un solo momento le vino a la mente todo el pasado de aquél a quién había buscado con tanta dedicación conservarlo en su gloria, a través de consejos sabios. Recordó aquellos días que siguieron a su recuperación; ¡Cómo se había alegrado con la certeza de que su amigo nunca más volvería a caer! Llevándolo a presentir la tragedia, le vino a la memoria las indagaciones de Samael sobre el laúd, el cual le mostró en un gesto de amistad. El recuerdo de este hecho, sumado a los pasos oídos en el interior del palacio aquella noche, le dio la certeza de que Salem corría peligro. No soportando esa posibilidad de traición, se postró en llanto, herido por la terrible ingratitud de aquél a quién había dedicado tanto amor.

23 Curvado por el dolor, permaneció por algún tiempo procurando encontrar algún consuelo. Secó finalmente sus lágrimas, decidido a hacer cualquier sacrificio a fin de devolver a Salem su gloria y poder, redimiéndole el cetro de las manos de la rebeldía.

24 Consolado por la certeza de la victoria, Melquisedec regresó al lado de los súbditos fieles. Ocultándoles su sufrimiento, así como el motivo de la ausencia de tantos, el príncipe los guió en una marcha triunfal rumbo al palacio

Capítulo 7

Los súbditos fieles, ajenos a la traición, elevan cánticos de triunfo en expectativa de la coronación de su rey. La coronación es truncada debido a la ausencia del cetro. Todos se afligen y Melquisedec los consuela con la promesa de rescatar el preciado cetro. Melquisedec sale en su búsqueda. Samael, lleno de ira, raspa las inscripciones grabadas en el cetro. Melquisedec enfrenta peligros en busca del cetro y es preservado.

1 Al aproximarse al monte Sión, subieron las blanquísimas gradas de la escalera, siendo seguido por la multitud triunfante. Le dolía en el alma la expectativa de ver morir en los labios de los fieles, en aquella mañana, su alegre canto, debido al golpe de la traición.

2 Se encontraba ahora en el interior del palacio, delante del magnífico trono que esperaba al joven rey. En la base del trono, yacía abierto, en medio de un arreglo floral, el pergamino de las leyes. Junto a él se podía ver la linda corona, hecha de oro y piedras preciosas, así como el estuche de aquél cetro que simbolizaba toda la armonía de Salem.

3 Los súbditos estaban felices, pues sabían que serían hallados dignos de heredar aquel reino de paz. Aguardaban ahora el momento de la coronación, cuando su nuevo rey los regiría desde su trono con su precioso cetro, en un cántico triunfal.

4 En medio de los aplausos de las huestes victoriosas, Melquisedec se dirigió hacia su padre, que le recibió con un cariñoso abrazo. El momento era en verdad solemne. Las huestes se silenciaron a la expectativa de la coronación. El estuche sería abierto y, todos atestiguarían la exaltación del amado príncipe.

5 Con el corazón latiendo fuertemente por la alegría, Adonías se agachó hacia el estuche, abriéndolo cuidadosamente; Cuando al encontrarlo vacío, la alegría de su semblante dio lugar a una expresión de inexpresable preocupación y tristeza, pues en aquel cetro se había sellado el destino de aquel reino de paz.

6 Al ver a su padre y a todos los súbditos afligidos por la ausencia del cetro y de tantos amigos que deberían estar con ellos en aquel momento, Melquisedec los consoló con la promesa de que buscaría el cetro. Inconscientes de los riesgos y peligros que le esperaban al príncipe en su camino, los súbditos se despidieron de él, viéndolo partir apresuradamente.

7 El amanecer de aquel día que sería el de la coronación, alcanzó a los rebeldes distantes de Salem, en camino a las ciudades de la planicie. En aquella mañana, Samael se llenó de furia al ver que el precioso laúd estaba adornado con inscripciones de las leyes contenidas en el pergamino. Tomando una piedra puntiaguda, comenzó a dañar el cetro, raspándole todas las palabras de amor y justicia. Sus armoniosas cuerdas estaban ahora desafinadas sobre su parte convexa herida, mas continuaba siendo precioso, pues sobre él yacía sellado el dominio de Salem. Poseerlo, significaba ser el dueño de todo el poder.

8 Al llegar a la altura en que el camino se ramificaba, Samael ordenó a sus seguidores que prosiguieran rumbo a Gomorra, mientras que él iría hasta Sodoma, donde permanecería por dos días, uniéndose después a ellos.

9 Esperó la noche para entrar en Sodoma. Cuando entró allí, caminó por las calles estrechas sin ser notado, hasta encontrar una casa aislada sobre una elevación. Haciendo del cetro su arma, invadió la casa matando a sus moradores, mientras que dormían. Se posesionó de esa manera de aquella residencia donde, solitario, maquinaría sus planes para la toma de Salem.

10 El atardecer de aquel día que sería el de la coronación, alcanzó al hijo de Adonías al caminar por el pedregoso camino rumbo al valle. Sus ojos estaban cargados de tristeza y ansío se voltearon hacia el suelo, en busca de los rastros de los rebeldes. El recuerdo de la ingratitud de aquéllos a quienes tanto amaba, lo hizo llorar. Sus lágrimas, reflejando los últimos destellos de aquel sol poniente, se asemejaban a gotas de sangre fluyendo de un corazón herido. Él lloraba no por causa de los peligros que le sobrevinieran en aquella fría noche, sino por la infeliz suerte de aquéllos que habían cambiado la paz de Salem por la violencia de aquellas ciudades de la planicie.

11 Su único consuelo era el recuerdo de aquéllos que, a pesar de todas las tentaciones, habían permanecido fieles. A ellos les había prometido devolver el cetro, y esto lo conseguiría a pesar de cualquier sacrificio.

12 Después de una larga noche de insomnio en que el príncipe estuvo recostado al lado del camino, rayó la luz de un día que sería decisivo.

13 Al aproximarse a Sodoma en aquella mañana, el pensamiento de estar tan próximo al cetro de su amada Salem, hizo que se olvidara de toda la fatiga, acortando sus pasos rumbo al desafío.

14 Al abrirse la gran puerta de la ciudad, le sobrevino un temor, al oír ruidos espantosos de desarmonía, que traducían el orgullo, el egoísmo y la codicia que allí dominaban en todos los corazones, haciéndolos explotar en la orgía de una maldad sin fin.

15 Sería un gran riesgo exponerse a la violencia gratuita de aquella ciudad. Este pensamiento lo hizo detenerse a un paso del portal, donde estremecido inclinó la frente en una inexpresable lucha interna. Era tentado a retirarse, pero luchaba con todas las fuerzas de su alma contra ese pensamiento de fracaso.

16 Pensando en la triste suerte de Salem, cuyo dominio estaba siendo pisoteado en el interior de aquella cruel Sodoma, Melquisedec tomó una firme decisión: como un temerario guerrero habría de avanzar, y, ciertamente aún y cuando tuviese que hacer frente a la acumulación de todos los peligros, proseguiría, hasta levantar en sus manos victoriosas el cetro amado.

17 Resuelto y esperanzado, atravesó la puerta de Sodoma, zambulléndose en aquel mundo extraño. Todo allí era lo contrario de Salem, comenzando con las piedras ásperas y sucias de sus construcciones. Sodoma era un reino de tinieblas.

18 La presencia contrastante del príncipe pronto fue notada por muchos que, en tumulto lo cercaban. La pureza del carácter expresada en su magna faz y el esplendor de sus vestiduras, los llenaba de espanto, y se retiraban como vencidos por una fuerza invisible. Dominados por la furia, comenzaron a perseguirlo a distancia, decididos a hacerlo huir. Le arrojaban piedras y fango intentando mancharle las vestiduras, mas no le atinaban, mientras tanto él avanzaba en su ansiosa búsqueda. Finalmente desistieron de perseguirlo, al atardecer.

Capítulo 8

Melquisedec después de mucha aflicción encuentra el preciado cetro que era destruido por Samael. La digna postura del príncipe ante las amenazas del traidor. Su firme disposición de redimir el cetro a cualquier precio. Dolor y sangre como precio del rescate del cetro. La expiación de Melquisedec para redimir al cetro, una semejanza de la Expiación de Cristo para redimir a la humanidad.

1 El hijo de Adonías recorrió todas las calles y callejones en la búsqueda del precioso cetro, mas fue en vano. Al ver declinar en el horizonte el sol, anunciando la llegada de una oscura y fría noche más, su corazón fue presa de una gran agonía. Allí, en aquel último callejón, casi vencido por el agotamiento y por la desesperanza, inclinó la frente, desfalleciéndose en llanto. Sus labios, pronunciaron en medio de sollozos las siguientes palabras:

2 ¡Salem, Salem, tú no puedes perecer! Tu cetro necesita ser redimido de las garras de la rebeldía ¿Mas cuándo y dónde voy a encontrarlo? Ya no quedan fuerzas en mí, y la esperanza de redimirlo antes de la noche me abandona.

3 El príncipe, en su suprema angustia, no percibía que otro gemido de dolor, procedente de cuerdas reventadas de un laúd humillado, se hacía oír en aquel atardecer.

4 Súbitamente, el débil gemido penetró sus oídos, reanimándolo con la certeza de que el gran momento de la redención había llegado. Secándose las lágrimas, reunió las últimas fuerzas corriendo en dirección de una pequeña casa situada sobre un monte, de donde parecía venir el sonido.

5 Al dirigirse a la puerta entre abierta, se detuvo al contemplar una escena contrastante, de humillante esclavitud: Samael, envuelto por un manto sucio, castigaba el cetro de Salem. Tanto el joven como el cetro se hallaban tan desfigurados, que no quedaba en ellos casi ningún rasgo de la gloria perdida. Aquel cetro, sin embargo, ciertamente arrasado como estaba, era muy valioso, pues en él yacía el sello del dominio de Salem.

6 La contemplación de aquél que había sido su mejor amigo y de aquél cetro idealizado como símbolo de toda la armonía, en tan trágica condición, conmovió profundamente al príncipe, haciéndolo llorar en alta voz. Solamente hasta entonces el súbdito rebelde percibió su presencia indeseada. Estremecido, se levantó, y, lleno de ira le preguntó:

7 ¿Qué es lo que te trajo a Sodoma?

8 Indicando hacia el cetro dañado, Melquisedec exclamó:

9 ¡La gloria de Salem está destruida!

10 Con una carcajada, Samael se burló de su tristeza, diciendo:

11 Ahora yo soy el rey de Salem. Ustedes que son fieles al pergamino, se convertirán en mis esclavos.

12 Sin darle importancia a las palabras de afrenta de Samael, el príncipe, movido por una angustia infinita, le dijo:

13 Samael, Salem está herida por tu traición. ¿Por qué cambiaste tu hogar de justicia y amor por este valle de injusticia, odio y muerte? Ahora, si no deseas volver arrepentido a Salem, devuélvele el cetro. Fue para redimirlo que, menospreciando todos los peligros, descendí a este valle hostil.

14 Conociendo el propósito del príncipe, el rebelde se llenó de rabia y cerrando los puños le dijo:

15 ¡Yo te odio Melquisedec!

16 Habiendo dicho esto, lanzó el cetro al suelo, y pisoteándolo agregó:

17 Tengo deseos de hacer lo mismo contigo.

18 Delante de esa afrenta, el príncipe no sentía ningún temor, sino compasión. Trasportándose al feliz pasado, se acordaba de los momentos felices en que tenía siempre a su lado a Samael; Él era un joven puro y humilde de corazón; ¿Por qué había permitido ser esclavizado por la ilusión del orgullo y del egoísmo? Cuán doloroso era ver aquél joven que, por su belleza y simpatía, había sido honrado por encima de todos los súbditos, ahora arruinado por la codicia. ¿No había sido acaso el sueño del príncipe tener junto a su trono glorificado, a aquél a quien él consideraba el máspreciado amigo? Esta tragedia le hería el alma. No obstante, la triste condición del cetro lo afligía aún más, pues este había sido hecho como el símbolo de toda la armonía, y estaba siendo destruido bajo los pies de la ingratitud.

19 Sorprendido de no ver en los ojos de Melquisedec ninguna expresión de temor, sino de piedad, Samael se sintió frustrado en sus afrentas que tenían como objetivo amedrentarlo, llevándolo a desistir de su misión.

20 Ante la digna postura del príncipe, que en silente dolor lo contemplaba, se sintió avergonzado. Esa debilidad, sin embargo, fue desterrada por el orgullo que dominaba su corazón. Comenzó entonces a planear algo terrible, para humillar y herir al príncipe, haciéndolo sufrir todavía más. Con escarnio le dijo:

21 El cetro de Salem podrá ser tuyo, si consigues pagarme el precio de su rescate.

22 Con un brillo en los ojos, el príncipe le preguntó:

23 ¿Cuál es el precio?

24 Samael, con una sonrisa maliciosa, pausadamente le contestó:

25 El precio no es oro ni plata, sino dolor y sangre. Tú deberás desnudarte completamente de tus vestiduras, acostándote en el suelo. Deberás soportar en esa condición, golpes, hasta que el sol se ponga. Si tú estuvieras dispuesto a someterte a mí, sin reaccionar, el cetro será enteramente tuyo.

26 Estremecido ante tan cruel propuesta, el hijo de Adonías miró hacia el sol que reposaba distante sobre una nube. Comenzó entonces a trabar una intensa lucha en su corazón. Al principio, el horror del sacrificio casi lo dominó, animándolo a retirarse, pero el pensamiento de ver a Salem esclavizada por la rebeldía, lo condujo finalmente a la decisión de pagar el precio del rescate, entregándose al humillante sufrimiento.

27 Habiendo tomado la firme decisión de rescatar el cetro, el príncipe, tiró las vestiduras, colocándolas sobre una piedra. Se acostó en seguida en aquel suelo frío, con la frente vuelta hacia el poniente.

28 Sin piedad, Samael comenzó a azotarlo, haciendo uso del propio cetro como instrumento de tortura. Gimiendo por el dolor de los golpes que lo hacían sangrar, el príncipe mantenía la mirada fija en el sol que parecía detenerse sobre la nube. Aturdido por el dolor, contempló finalmente el sol pronto a ponerse. Alentado por la victoria que se aproximaba, murmuró en voz baja:

29 Salem, Salem, de aquí a poco tendré en mis brazos tú preciado cetro que, en mis manos, se convertirá en un instrumento de justicia y paz.

30 Oyendo la promesa que el príncipe hizo entre gemidos, Samael le vociferó con furia:

31 Tú sufrimiento no traerá ningún amanecer para Salem, pues tus manos jamás serán capaces de tocar en el cetro.

32 Después de hacer esa afrenta, Samael se posesionó de una piedra puntiaguda, preparándose para asestar los últimos golpes.

33 Mientras pensaba en la feliz victoria de Salem, Melquisedec sintió su brazo derecho siendo comprimido por los pies de Samael. Seguido a este rudo gesto un golpe que lo hizo contorsionarse en agonía. Su mano había sido cavada cruelmente, comenzando a brotar abundante sangre de la herida abierta. Esa misma violencia fue descargada después sobre su mano izquierda.

34 No soportando la agonía causada por esos desgarradores golpes, el hijo de Adonías, ensangrentado, se sumergió en las tinieblas de un profundo desmayo.

Capítulo 9

Samael horrorizado de su culpabilidad, abandona al príncipe dejando junto a él, el cetro. Melquisedec recobra el conocimiento, toma sus vestiduras y su cetro, hace un juramento y parte hacia Salem. Samael no se arrepiente. Continúa la semejanza de las experiencias de Melquisedec con las que habría de vivir el Hijo de Dios. Melquisedec es recibido con aclamaciones por su acto redentor, es atendido por su amoroso padre y el cetro es restaurado.

1 Al cesar de golpear al príncipe, el súbdito rebelde fue poseído por un extraño horror al contemplar en la faz de aquél que solamente le había hecho el bien, el sopor de la muerte. Procuraba no recordar el pasado, pero, irresistiblemente, sentía ser arrastrado a los días de su feliz inocencia en Salem. Revestido de ricas vestiduras estaba siempre al lado del príncipe que, con dedicación, le enseñaba cada día sus canciones que hablaban de la paz.

2 En los indeseados recuerdos por los cuales era arrastrado, revivió sus primeros pasos en el camino del orgullo y del egoísmo. Se acordó de los incesantes consejos y ruegos de aquél que había sido su mejor amigo, para que desistiera de aquel camino que podría conducirlo a la infelicidad.

3 Después de ser arrastrado en recuerdos por todo aquel pasado de felicidad destruida por su culpa, Samael tuvo conciencia de su ingratitude. Horrorizado por lo que había hecho, se inclinó sobre el cuerpo ensangrentado de Melquisedec, y se desesperó al verlo sin vida. No soportando el peso de la gran culpabilidad, dejó aquel lugar apresuradamente, deseando ocultarse lejos, bajo las tinieblas de la noche fría.

4 Después de un profundo desmayo, el príncipe comenzó a recobrar la conciencia; En delirios que lo transportaban al seno de su amada Salem, él revivía momentos vividos y soñados: Con alegría contemplaba la faz de su mejor amigo, a quién extendió la mano con una sonrisa. Pero su gesto fue frustrado por un profundo dolor. En medio de los aplausos de los súbditos victoriosos, recibió de su padre el cetro, pero al tocarlo, sintió un dolor irresistible en sus manos.

5 Con estos sueños frustrados por el dolor, Melquisedec despertó a la realidad. Estaba desnudo, herido y solitario, en un lugar peligroso, lejos del abrigo y del cariño de Salem. Más doloroso era pensar que todo aquello había sido la retribución de alguien que había sido el blanco principal de todas las dádivas de su amor.

6 El príncipe, sin poder moverse, considerando la gran traición comenzó a llorar sin consuelo. Lamentaba no por su dolor, sino por la perdición de aquéllos que habían cambiado el cariño y la justicia de Salem por el desprecio y el odio que los reduciría finalmente a cenizas sobre aquel valle condenado.

7 A través de las lágrimas, el príncipe contemplaba el cielo que, semejante a un manto entintado de sangre, se extendía bañado en la luz del sol poniente. Se acordó entonces del laúd por el cual había pagado tan alto precio. ¿Dónde estaría él?

8 En su desesperada fuga, Samael había dejado el cetro abandonado junto al cuerpo herido de Melquisedec. Cuando él lo vio, se olvidó de todo el dolor, y lo abrazó con sus manos heridas. Acariciándole la parte convexa arruinada, con una sonrisa le dijo:

9 Tú eres mío nuevamente. "Yo te compré con mi sangre".

10 Samael que, dominado por el extraño horror, había huido después de cometer el horrible crimen, se detuvo a un paso de la puerta de Sodoma. Allí, impulsado por el orgullo, se arrepintió con indignación de su flaqueza. ¿Por qué había huido después de conquistar tan grande victoria? ¿No era su plan destruir el reino de Salem, para establecer su propio reino? Acordándose del cetro, decidió regresar para tomarlo. ¿Por qué lo había dejado abandonado junto al cadáver de aquél odiado príncipe?

11 Juntando sus pocas fuerzas, Melquisedec se dirigió entorpecido al lugar donde había dejado sus vestiduras.

12 Después de vestirse, teniendo junto al pecho el cetro amado, el hijo de Adonías, con profunda emoción hizo un juramento antes de dejar aquel lugar de su sufrimiento. Acariciando el cetro le dijo:

13 Mi amado cetro, fuiste creado como un emblema de la armonía que procede de la justicia y del amor. Toda la gloria de Salem reposaba sobre ti cuando la rebeldía en su ingratitud te esclavizó, arrastrándote hacia este valle hostil.

Aquí tú fuiste herido y humillado, llegando a convertirte en un instrumento de impiedad en las manos del tirano. Yo, sin embargo, te redimí con mi sangre. Ahora nuestras heridas serán restauradas, y en breve seremos entronizados en medio de las alabanzas de una Salem victoriosa. Cuando este sueño se concrete, atestigüaremos juntos el final de aquéllos que se levantaron contra nosotros para herirnos. Samael y sus seguidores serán devorados por el fuego que reducirá a cenizas a Sodoma y Gomorra.

14 Concluyendo su solemne juramento, el joven príncipe, ya oculto por las tinieblas de la noche dejó aquella colina, y sobre ella las marcas de su sufrimiento.

15 Desde que el hijo del rey había partido, prometiendo regresar con el cetro, Salem vivió momentos de indecible ansiedad. En llanto, el rey y los súbditos restantes se acordaban de todo aquel feliz pasado deshecho por la ingratitude de los rebeldes. Lo que más les torturaba era la ausencia del príncipe y del cetro, sin los cuales todo el brillo de aquel reino de paz se ofuscaría.

16 Deseando consolar el corazón de sus súbditos, Melquisedec avanzaba en medio de la noche rumbo a los montes que rodeaban a Salem. Aún debilitado y herido, proseguía en su marcha ascendente, esperando alcanzar su patria por la mañana.

17 Aquella noche larga y oscura finalmente fue vencida por los rayos del amanecer. En Salem la esperanza de volver a ver a Melquisedec con su cetro estaba casi abandonada cuando, al mirar hacia el Monte de los Olivos, le vieron descendiendo por el camino de Getsemaní. Cuando lo encontraron en el profundo valle de Cedrón, quedaron asustados con su aspecto: su cara estaba pálida y su manto empapado en sangre. Precisamente aún así, él sonreía expresando gran alegría.

18 Al preguntarle ellos sobre el por qué de aquellas marcas de sangre, Melquisedec sacó de debajo de su manto sus manos heridas, mostrándoles en medio de ellas el cetro redimido.

19 Después de contarles los pasos que lo llevaron al rescate del cetro, los súbditos, enmudecidos, se postraron reverentes a sus pies, aclamándolo como su redentor y rey.

20 En medio de las alabanzas de las huestes redimidas, el príncipe fue introducido en el palacio real, donde bajo los cuidados de su amoroso padre, debería recuperarse de su sufrimiento. El cetro desfigurado, ahora máspreciado, sería también restaurado, debiendo convertirse aun más bello que antes.

21 El día de la coronación fue fijado para el próximo Yom Kipur. En aquel día, Melquisedec sellaría con el cetro restaurado el triunfo de todos los fieles, así como la condenación de los rebeldes.

Capítulo 10

Samael no encontrando el cuerpo del príncipe ni el cetro, parte hacia Gomorra y es recibido como rey por sus hombres. Samael y sus seguidores aumentan en la iniquidad y orgullo. Por medio del terror confabula a los reyes de la planicie e incita a la guerra en contra de otros reyes. Samael y sus hombres son vencidos y se esconden en cuevas.

1 Pocos instantes después de la salida de Melquisedec, Samael llegó al lugar en donde aparentemente lo había dejado sin vida, al lado del laúd. Sin entender aquella misteriosa desaparición, prosiguió él hacia Gomorra, donde sus seguidores lo esperaban. Al verlos, proclamó su "victoria" sobre el odiado príncipe y sobre el cetro, a quienes había masacrado en Sodoma, no restando a los seguidores del pergamino ninguna esperanza.

2 Sus palabras agradaron a la turba rebelde, que comenzó a conmemorar la "conquista" entregándose a la orgía. Se burlaban ahora de la justicia y del amor, exaltando a Samael como rey victorioso.

3 Ahora obtendrían armas, con el propósito de avanzar sobre Salem, asentándole el último golpe; Se unieron a ellos en sus maléficos propósitos, muchos criminales que fueron recibidos como maestros en el manejo de arcos y flechas.

4 En su locura, Samael ordenó la expulsión de todo calendario, pues en su reino de "libertad" no estarían sujetos a ningún cómputo de tiempo. Las leyes de la moralidad fueron también excluidas, surgiendo con eso un completo caos. Este desorden, se manifestó de manera más patente en el barullo estridente y cacofónico, al cual proclamaron como la nueva música.

5 Dominados por el egoísmo, Samael y sus seguidores se alimentaban de ilusiones, inconscientes de que sus días estaban contados. Los frutos de la rebeldía no tardarían en atraer sobre ellos el fuego de la destrucción.

6 Dividiendo a sus seguidores en grupos pequeños, Samael comenzó a comandarlos en actos violentos que aterrorizaban a los moradores de las planicies; Por ese tiempo, ellos se escondían en las cavernas situadas próximas al mar salado.

7 El respeto y el miedo de los guerrilleros de Samael, llevó finalmente a los reyes de cuatro ciudades a procurarlo, proponiéndole alianzas de paz. Ellos eran: Bara, rey de Sodoma, Bersa, rey de Gomorra, Senaab, rey de Adama, Semeber, rey de Seboim y Segor, el rey de Bela. Por esa época, estos reyes pagaban tributos a Cordolaamor, el rey de Elam que, acompañado por los ejércitos de otras cuatro ciudades, los habían subyugado en el valle de Sidim junto al mar salado.

8 Fortalecido por las alianzas, Samael se tornó más osado en sus investidas, llevando el terror y la destrucción a los territorios de ciudades distantes.

Los ejércitos de Cordolaomor y sus aliados que en esos días regresaban de otras conquistas, enfurecidos por las provocaciones de Samael, marcharon contra los cuatro reyes, vencidos nuevamente en el valle de Sidim. Fue en esa ocasión que llevaron cautivos a los habitantes de Sodoma, entre los cuales se encontraba mi sobrino Lot.

9 Acobardados delante del furor de los cinco reyes, Samael y sus seguidores se escondieron en sus cuevas, al norte del mar salado.

Capítulo 11

Samael hace preparativos para conquistar Salem y expone su plan espía. En camino a Salem, sus recuerdos lo torturan. Salem más bella y hermosa que antes. Acontecimientos en el día de la coronación.

1 Los doce meses contados a partir del gran sacrificio estaban casi por terminar. El cetro, totalmente restaurado, resplandecía en su estuche, mientras que el príncipe, igualmente restablecido de las heridas causadas por la rebeldía, se alegraba al ver llegar el Yom Kipur de su coronación. Mientras tanto, él componía lindas canciones que expresaban su amor por Salem.

2 En aquellos doce meses, la ciudad de la paz llegó a ser más bella, siendo adornada cual una novia para el grandioso día de la coronación.

3 A una semana para el Yom Kipur, Samael, totalmente inconsciente de que el día de su juicio se aproximaba, reunió a sus seguidores, anunciándoles que la próxima misión sería la conquista de Salem. Antes de que ellos avanzaran, sin embargo, él subiría solo para verificar los puntos vulnerables de la ciudad.

4 Después de ser aplaudido por la turba, Samael partió en su misión de reconocimiento. Mientras que avanzaba solo, procuraba no acordarse de aquellos momentos que le trajeran terror por la culpabilidad, mas, dominado por una fuerza superior, fue arrastrado en sus recuerdos hacia aquel monte de la cruel tortura.

5 Todo su pasado comenzó a venirle a la memoria, como un peso desmoronador.

6 Cuando despertó de sus recuerdos de los cuales no consiguió huir, era ya de noche. La oscuridad que lo envolvía le pareció el presagio de un triste final. Ese desánimo, sin embargo, procuró desecharlo con el recuerdo del ejército que lo esperaba, listo para cumplir sus órdenes, en la conquista de Salem, donde no habría más recuerdos de aquel pergamino.

7 El amanecer lo alcanzó estando próximo a Salem. Al ver el monte de los Olivos, le vino el recuerdo de la última vez que lo traspasó, dejando tras de sí la ciudad vencida. ¿Cuántas noches habían pasado desde entonces? Él había perdido la noción del tiempo, no sabiendo que exactamente doce meses se habían pasado. No podía imaginarse que, rayaba en aquella mañana el Yom Kipur, el día de su juicio.

8 Al llegar a la cumbre del monte de los Olivos en aquella mañana, Samael se sorprendió al ver que la ciudad se había tornado más bonita que antes; Toda ella estaba adornada de ramos y de flores, como una doncella a la espera de su novio. Y sin embargo, Salem estaba abandonada, no teniendo ninguna señal de vida en todas sus mansiones. Esto lo hizo concluir que los golpes que habían aniquilado al príncipe y al cetro, habían traído como consecuencia todo aquel abandono. Él no sabía, sin embargo, que en aquel momento todos los remanentes de aquel reino, se encontraban ocultos en el gran salón del palacio, esperando el momento más glorioso, de la coronación de Melquisedec.

9 Imaginándose exaltado sobre el trono abandonado, teniendo a sus pies a los ejércitos victoriosos, el rebelde penetró en la ciudad, dirigiéndose apresuradamente al palacio. Al cruzar el portal principal que da entrada al salón principal, se llenó de asombro al ver allí reunidos una multitud de fieles. Sobre un tablado de oro, adornado de flores talladas en piedras preciosas, se encontraba el trono vacío. En la base del trono estaba el pergamino de las leyes, una corona de oro llena de piedras preciosas y el estuche que había dejado vacío en aquella noche de la traición. Sin entender el enigma, Samael se escondió por detrás de una columna, temiendo ser reconocido, y se mantuvo observando.

10 Los súbditos, con la expresión de feliz expectativa miraban hacia el trono vacío. ¿Dónde encontraban ellos motivos para toda esa alegría, si habían perdido a su rey juntamente con el cetro? Samael se preguntaba sobre ese misterio, cuando Adonías, aplaudido por los súbditos, se encaminó junto al trono. Con una voz llena de emoción por la victoria, el fundador de Salem anunció que había llegado el momento tan soñado de la coronación. Un grito de triunfo resonó por los aires cuando, anunciado por su padre, entró el príncipe amado encaminándose en dirección del trono. Al verlo cubierto por un manto de gloria, Samael fue poseído por un terrible pavor, y procuró huir. Descubrió, sin embargo, que todos los portales del gran salón estaban cerrados por fuera.

11 Dio inicio la ceremonia de la coronación. Era un momento en verdad solemne. Adonías, en un gesto reverente, tomó la rica corona, colocándola en la frente de su hijo. Inclínándose después hacia el estuche, lo abrió cuidadosamente, sacando de él el laúd restaurado, cuya belleza y brillo eran muy superiores a su primera condición, al salir de las manos de Adonías su laudero. Sentándose en el trono en medio de las aclamaciones de los súbditos, Melquisedec comenzó a tocar el cetro, sacando de él acordes de mucha armonía y paz. Todos se aquietaron para oír sus nuevas composiciones que expresaban su profundo amor por el cetro y por todo aquel reino de paz.

12 Gran emoción invadía el corazón de todos en ese momento, llevándolos a las lágrimas. Samael, sin fuerzas para reaccionar, se sentía torturado por aquellos acordes que lo torturaban haciendo revivir en su mente sus oportunidades perdidas, en una tortura terrible para su conciencia.

13 Melquisedec había compuesto para ese momento especial, canciones que retrataban los momentos más destacados de la historia de Salem; Cuando comenzó a cantar sobre la amistad que había tenido por Samael, su voz se embargaba por las lágrimas que no conseguía contener. Triste era para él cantar sobre la caída de aquél que había sido su mayor amigo. Cantó entonces sobre el alto precio que tuvo que pagar por la reconquista del cetro, que representa la honra de Salem.

14 Al contemplar aquellas manos marcadas por las cicatrices, tocando con tanta maestría y cariño el cetro restaurado, los súbditos tomados por una fuerte emoción, se postraron en llanto.

15 Al ver en las manos de Melquisedec aquél laúd que, en sus manos había sido un Instrumento de tortura, Samael comprendió, demasiado tarde cuánto había errado, desviándose de los consejos del príncipe; Cuántas veces aquéllas manos sobre las cuales había descargado toda aquella violencia habían sido extendidas en un esfuerzo de salvarlo, y él las había despreciado negligentemente. Ahora, era demasiado tarde ¡Extremadamente tarde!

Capítulo 12

Jubilosa proclamación y coronación de Melquisedec. Sellamiento de ciudadanía a los fieles. Samael se presenta y desafía al rey. Sellamiento del juicio contra Samael y sus seguidores.

1 Los súbditos triunfantes que, reverentes, habían sido conducidos a todo aquel pasado de felicidad, traición, dolor y triunfo, unieron finalmente las voces en una jubilosa proclamación:

2 Verdaderos y justos son tus principios, ¡Oh rey de Salem! Digno eres de reinar en gloria y majestad entre los loores de tus fieles, porque en tu sacrificio nos libraste de las amenazas de las tinieblas, haciendo renacer en nuestro corazón la alegría del amanecer.

3 Ese cántico de exaltación fue seguido por la ceremonia de la confirmación de todos los fieles en su victoria. El hijo de Adonías, con su cetro redimido, comenzó a sellar con un toque especial del cetro, la victoria de cada uno. Se formó para lo cual una larga fila de fieles exaltados.

4 Los súbditos confirmados, a medida en que iban recibiendo el toque de aprobación del rey, se colocaban al lado derecho del trono, donde permanecían aguardando por la confirmación de los otros.

5 Las miradas que, iluminadas de alegría, habían acompañado el sellamiento de los últimos justos, se posaron sobre la figura extraña de Samael que, dominado por una fuerza irresistible, se encaminaba cabizbajo en dirección del trono. Su aspecto era horrible: su semblante había sido deformado por el mal; sus vestiduras estaban sucias y mal olientes; todo en él repugnaba, al punto de que nadie lo reconoció.

6 En medio del asombro de los súbditos, Melquisedec se levantó de su trono como herido por un gran dolor; De sus labios los súbditos oyeron una dolorosa exclamación:

7 ¡Samael, Samael!

8 La figura deplorable de aquél que había sido tan bello, llenó a todos de tristeza, y comenzaron a llorar. Ellos se lamentaban por motivo de que sabían que el destino de Samael y de todos aquellos que lo habían seguido, pudo haber sido muy diferente, si ellos hubiesen atendido a los amorosos ruegos de Adonías y de su hijo. ¿Acaso no era el plan del rey y el sueño de Melquisedec el tenerlo como el protector del pergamino, siendo el segundo en honra en aquél reino?

9 Samael que, reconociendo su desventura, se había aproximado cabizbajo hacia el trono, al presenciar toda aquella lamentación, y engañado nuevamente por el orgullo, juzgando que se trataba de una demostración de debilidad de sus enemigos. Al acordarse de su ejército que fortificado lo esperaba en la planicie, lo engañó con la certeza de que sería victorioso sobre Salem. Con este pensamiento, levantó la frente marcada por el odio y, mirando al rey, levantó el puño cerrado y lo desafió, desdeñando su autoridad, con la amenaza de quitarle el trono.

10 Aún que condolidos por su perdición, los súbditos de Salem no soportaron la osada afrenta de aquél enloquecido joven que, después de causar tanto sufrimiento, todavía era capaz de levantarse con tan grande desafío.

11 El rey victorioso que con tanto placer había sellado con su cetro la conquista de los fieles, lo levantó dolorosamente para el sellamiento de la triste suerte de los rebeldes. Inmovilizado por una fuerza extraña, Samael, sin desviar los ojos del cetro, oyó de los labios del rey la proclamación de su juicio y de todos sus seguidores:

12 Prisioneros de una fuerza invisible, estarían retenidos en sus cavernas por seis años, siendo después visitados por el fuego del juicio que los destruiría juntamente con las ciudades que con ellos se aliaran.

Capítulo 13

Un ángel se le aparece en sueños a Melquisedec, le da instrucciones y le muestra en visión la Salem Celestial. Melquisedec, el protector de las más amplias revelaciones de Dios. La historia de Salem, una semejanza de la historia del Universo. Melquisedec se conmueve y rinde honra al Mesías, al descubrir que se convirtió en una semejanza de Él. Batalla por el cetro disputado. Día del juicio final.

1 Al ir a la cama después de aquel día de tantas emociones, el joven rey, inmerso en los recuerdos de aquél pasado de felicidad y dolor, rodaba en su cama sin sueño. Cuando finalmente se durmió, tuvo un sueño muy significativo.

2 En el sueño, se le apareció un ángel luminoso, que saludándolo con una sonrisa, le dijo que todo el Universo acompañaba con atención todo aquel drama que estaba viviendo, mismo que tenía un sentido pre figurativo, retratando acontecimientos pasados y futuros, que envolvían todo el vasto universo.

3 Las palabras del ángel despertaron en Melquisedec un gran deseo de conocer la historia de ese drama cósmico.

4 Conociendo su vivo deseo, el ángel lo arrebató en el sueño revelándole un futuro distante. Delante de sus ojos se manifestaron las glorias de una nueva y espléndida Salem, cuyas murallas y mansiones estaban hechas de piedras preciosas; Los portales de la ciudad eran de perlas. Sus amplias avenidas eran de oro puro. La ciudad era cuadrangular y se extendía por centenares de kilómetros. Estaba dividida en dos sectores distintos: Norte y Sur. Al sur se elevaban incontables mansiones, habitaciones eternas de ángeles y de seres humanos redimidos; Al norte había un lindo paraíso el cual el ángel reveló ser el jardín del Edén. Allí, en ambos bordes del río de la vida, había campos repletos de todo tipo de vegetación, con flores y frutos en abundancia. Vivían allí en perfecta armonía, todas las especies de insectos, aves y animales.

5 En medio del paraíso se podía ver una montaña fulgurante, la cual el ángel afirmó ser el monte Sión, el lugar del trono de Dios. Era de aquel monte que emanaba el río de la vida, fluyendo por toda la ciudad.

6 Cuando hubieron alcanzado la cumbre de la montaña sagrada, el rey de Salem estuvo deslumbrado con el escenario visto a su alrededor. Se encontraba en la parte más elevada de Sión la más linda de todas las edificaciones revelado por el ángel como el palacio del Dios. Aquella magnífica construcción era sustentada por siete columnas, todas de oro transparente, incrustadas de lindas perlas. Alrededor del palacio, florecía la más exuberante vegetación: había allí el pino, el ciprés, el olivo, la murta, la romasera y la higuera, doblándose al peso de sus higos maduros.

7 Mientras que se admiraba ante la belleza de aquel lugar, el ángel le dijo que a ningún ser humano le había sido dado el privilegio de ver el interior de aquel palacio de Dios. A él le sería dado este honor, pues fue escogido para ser el portador de las más amplias revelaciones sobre el reino de la luz.

8 Al traspasar con reverencia uno de los portales de perlas, se postraron en adoración, mientras que oían el cántico de una multiplicidad de serafines, que circundaban el trono, en constante alabanza a Aquél que Era, que Es y que Siempre Será.

9 Al mirar hacia Aquél que estaba sentado sobre el trono, Melquisedec se sorprendió al descubrir la figura de un hombre. Él estaba cubierto por un manto de lino fino, de una blancura sin igual, y tenía sobre la cabeza una corona formada por siete coronas sobrepuestas, repletas de piedras preciosas.

10 Al mirar hacia las manos que sustentaban el cetro, el hijo de Adonías se sorprendió al descubrir en ellas cicatrices de heridas, semejantes a aquéllas en sus manos. El ángel le afirmó ser el Mesías, la manifestación visible de Yahwéh, el Dios invisible.

11 Atraído por el cetro resplandeciente, con el cual el Mesías gobernaba sobre todo el Universo, el rey de Salem vio en él el sello del dominio, y en él escrito el nombre: Israel.

12 Arrebatado por una profunda emoción, Melquisedec se postró ante el Rey de aquella Salem eterna, y, reviviendo allí la historia de su pequeña ciudad, tuvo el deseo de conocer el gran drama de la historia universal. Conociendo el deseo de su corazón, el ángel le dijo:

13 Ahora te daré a conocer la historia de esta gloriosa Salem. Todo lo que te fuere mostrado en la visión, deberás tú registrar fielmente en seis pergaminos que serán cosidos uno al otro, formando un único rollo. Tú tendrás seis años para escribirlos. Al final de los siete años, tú recibirás de las manos de un anciano un vaso conteniendo un rollo especial, con muchas revelaciones importantes, destacándose la historia de Salem. Tú tomarás ese rollo, y lo coserás como el primero de los siete, formando un único rollo. Después de sellarlo, tú y el anciano lo guardarán en el vaso, llevándolo hacia una cueva que yo les mostraré al norte del mar salado, donde permanecerá olvidado hasta que lleguen los últimos días, cuando será rescatado y revelado al mundo por medio de un pequeño beduino.

14 Después de decirle al rey de Salem estas palabras, el ángel lo condujo en visión a un infinito pasado, cuando el Universo todavía no existía.

15 Una historia muy parecida con la de Salem comenzó a desplegarse delante de sus ojos; pero, en una dimensión infinitamente mayor, comenzando por la creación del reino de la luz. Con admiración contempló la formación de billones de mundos y estrellas, repletos de vida y felicidad que comenzaron a girar en torno de la Salem Celestial, el paraíso de Dios.

16 Su atención se volvió después hacia el más bello de todos los querubines que, honrado por el Creador, comenzó a habitar con Él en su palacio. Una eternidad de felicidad y paz parecía encantar aquel reino, cuando la misma experiencia de egoísmo y rebeldía vivida por Samael, comenzó a repetirse en la vida de aquél ángel amado.

17 Escenas de una gran rebelión comenzaron a ser mostradas a Melquisedec, implicando a todos los habitantes del Universo. El querubín honrado, semejante a Samael, había seducido a un tercio de las huestes que, comenzaron a reverenciarlo como rey.

18 En medio de las escenas de aquel gran conflicto, el rey de Salem atestiguó la creación del planeta Tierra, sobre la cual surgió el hombre como cetro racional de aquel reino disputado.

19 Con agonía vio el momento en que el jefe de la rebelión se aproximó sutilmente al paraíso, apoderándose del ser humano, después de seducirlo con tentaciones. Oyó entonces su bramido, en una proclamación de victoria. A partir de ese momento, el enemigo de Dios comenzó a arruinar al ser humano, apagando en él todos los rasgos de la gloria divina, como Samael había hecho con el cetro.

20 Su propia experiencia, al declarar en aquella mañana a los súbditos de Salem su decisión de ir en la búsqueda del cetro perdido, comenzó a repetirse delante de sus ojos.

21 Reuniendo a las huestes que habían permanecido fieles a su gobierno, el Creador comenzó a revelar un plan de rescate: Él habría de ir en la búsqueda del hombre, y lo redimiría, aunque esto le costase un sacrificio infinito. Delante de esta revelación, el hijo de Adonías se postró conmovido, al descubrir que en su vida había tenido la honra de retratar al propio Mesías.

22 Todo el drama vivido por el hijo de Adonías en su angustiante búsqueda, hasta el momento de su suplicio por la redención del cetro, fue ganando amplitudes en aquella visión que abarcaba toda una eternidad. Delante de sus ojos desfilaban escenas de una gran batalla que, sin tregua se extendería hasta el día del juicio final, cuando el Mesías victorioso empuñará el cetro redimido, sellando con él la condenación de todas las huestes rebeldes.

Capítulo 14

Melquisedec tuvo conocimiento de la Gran liberación debido a las revelaciones que le fueron manifestadas por el ángel del Señor. Abraham, Sara, Isaac, Lot y sus dos hijas, así como los pastores y fieles, son recibidos con júbilo en Salem, para celebrar La Fiesta de Sukot. Abraham entrega el rollo a Melquisedec, y éste lo cose uniéndolo al suyo. Después de leer parte del rollo de Abraham, Melquisedec bendice al pequeño Isaac y profetiza concerniente al futuro del rollo.

1 A través de las revelaciones recibidas del ángel, Melquisedec tomó conocimiento de la gran liberación alcanzada diez días antes de su coronación, en Rosh Hashaná, cuando delante de trescientos pastores con sus vasos encendidos, ejércitos de cinco reyes habían caído, saliendo libres los cautivos.

2 Conociendo nuestra intención de subir a Salem por la ocasión de Sukot, el rey hizo preparativos para una gran fiesta, en la cual conmemoraríamos juntos la victoria sobre toda la desarmonía generada por el orgullo y por el egoísmo.

3 Fue por esto que al llegar nosotros a Salem, fuimos sorprendidos con toda aquella honorífica recepción.

4 El ocuparme con el relato de todos esos acontecimientos, me hizo pasar por todo este séptimo año, casi sin notar sus días, que pasaron veloces.

Estamos hoy a las puertas de un nuevo Rosh Hashaná, cuando los 300 pastores tocarán los cuernos, convocando a todos aquellos que posean las perlas, para la reunión solemne de Yom Kipur. Cinco días después seremos recibidos en Salem para la fiesta de Sukot.

5 La certeza de que acontecimientos importantes todavía deberán ser relatados hasta el momento en que el vaso será dejado en la cueva, me hace reservar un espacio en el rollo, en el cual registraré, día tras día, los hechos, hasta la consumación de esta historia.

6 Hoy es Rosh Hashaná, el día más feliz de mi vida, pues mis brazos podrán abrazar finalmente al hijo de la promesa. La primera cosa que Sara hizo al recibirlo, fue colocarle en su manita derecha la segunda perla que el Mesías le había dado en el día de su conversión, en la cual estaba escrito el nombre Isaac que significa "risa", el nombre de Melquisedec y el nombre de Salem.

7 Dos días antes del Yom Kipur, Isaac fue circuncidado, conforme a la orden de Yahwéh.

8 Desde que los pastores comenzaron a tocar sus cuernos en Rosh Hashaná, todos aquellos que poseían perlas del vaso, dejaron sus tiendas, dirigiéndose en grupos pequeños, para estar junto al Roble de Mambré.

9 Al llegar el Yom Kipur, el día de la reunión solemne, mis pastores me informaron que todos aquellos que habían recibido perlas, habían comparecido a la reunión, no faltando ninguna persona. Era maravilloso ver la alegría estampada en el semblante de toda aquella multitud, que anhelaban la subida a Salem. Todos tenían una historia que contar, de cómo fueron mal comprendidos y humillados por aquellos que no recibieron la salvación representada por las perlas. El único consuelo que tenían en aquel tiempo, provenía de la certeza de que subirían a Salem para la fiesta de Sukot.

10 En el primer día de la fiesta de Sukot, la multitud fue subdividida en grupos pequeños de doce personas, para subirnos en orden hasta Salem.

11 Teniendo el vaso con el rollo en mi espalda, me coloqué al frente de la multitud, siendo seguido por Sara e Isaac, que venían montados en un camello; Luego detrás venían Lot y sus hijas; y un poco más atrás, los trescientos pastores seguidos por todos los fieles.

12 Iniciábamos nuestro ascenso cuando, acompañado por todos sus súbditos, apareció Melquisedec viniendo a nuestro encuentro, haciendo vibrar por los aires el sonido festivo de muchos instrumentos musicales, conmemorando la gran victoria.

13 Después de saludarnos, el hijo de Adonías nos condujo en una marcha festiva hasta introducirnos a las puertas de Salem, que se encontraba ahora más bonita que antes.

14 Delante del trono, todos los redimidos fueron coronados por Melquisedec, comenzando en seguida el gran banquete.

15 Grande fue la alegría del rey de Salem cuando le entregué el vaso con mi manuscrito. Llevándome a una sala especial del palacio, él me mostró los seis manuscritos en los cuales había registrado la historia del Universo, según como le había sido mostrada en su sueño.

16 Al recibir mi manuscrito, él lo cosió a los demás, llegando a ser el primero del gran rollo.

17 En el último día de la fiesta de Sukot, el rollo fue abierto delante de toda la multitud de fieles. Después de leer una buena parte de mi manuscrito, el hijo de Adonías, tomando en sus brazos al pequeño Isaac, afirmó:

18 En la descendencia de éste niño habrá de cumplirse todas las cosas escritas en este manuscrito.

19 Habiendo dicho esto, el rey lo bendijo, devolviéndoselo a Sara.

20 Después de bendecir a Isaac, Melquisedec comenzó a hablar sobre el futuro del rollo que permanecería por casi cuatro milenios oculto en una cueva, siendo finalmente encontrado por un beduino de la tribu de Taamireh. Al salir de su cueva, el rollo enfrentaría la oposición de muchos eruditos que lo declararían apócrifo. Vendría, sin embargo, el momento, en que sus revelaciones serían confirmadas, y muchos serían transformados por sus mensajes, preparándose para el día del juicio final.

La Historia del Universo

(Un relato escrito por Melquisedec)

Capítulo 1

El Eterno vivió una eternidad antes de crear el Universo. Mundo de Luz. Monte Sión. Río de la vida. Jardín de Edén. Jerusalén, la ciudad de paz. Lucifer, el primogénito de los ángeles. Leyes del gobierno divino. Libertad de escoger. Ángeles, ministros del reino de la luz. Universo. Abismo de tinieblas, prueba de fidelidad. Separación entre la luz y las tinieblas.

1 Antes que existiese una estrella para brillar, antes que hubiese ángeles para cantar, ya había un cielo, el hogar del Eterno, el único Dios. Perfecto en sabiduría, amor y gloria, vivió el Eterno una eternidad, antes de concretizar su lindo sueño, en la creación del Universo.

2 Los incontables seres que componen la creación fueron, todos, idealizados con mucho cariño. Desde el diminuto átomo hasta las gigantescas galaxias, todo mereció su suprema atención. Amador de la música, Dios idealizó el Universo como una gran orquesta que, bajo su regencia, debería vibrar acordes armoniosos de justicia y paz. Para cada criatura Él compuso una canción de amor.

3 El Eterno estaba muy feliz, pues sus sueños estaban por realizarse. Moviéndose con majestad, inició su obra de creación. Sus manos moldearon primeramente un mundo de luz, y sobre él una montaña fulgurante sobre la cual estaría para siempre afirmado el trono del Universo.

4 Al monte sagrado Dios llamó: Sión. De la base del trono, el Eterno hizo brotar un río cristalino, para representar la vida que de Él fluiría hacia todas las criaturas. Como sala del trono, creó un lindo paraíso que se extendía por centenas de kilómetros alrededor del monte Sión. Al paraíso llamó: Edén. Al sur del paraíso, en ambos márgenes del río de la vida, fueron edificadas numerosas mansiones adornadas de piedras preciosas, que se destinaban a los ángeles, los ministros del reino de la luz.

5 Circundando el Edén y las mansiones angelicales, construyó Dios una muralla de jaspe brillante, a lo largo de la cual podían ser vistos grandes portales de perlas. Con alegría, el Eterno contempló la Capital soñada. La ciudad en su esplendor era como una novia adornada, pronta para recibir a su esposo.

6 Cariñosamente, el gran Arquitecto la llamó: Jerusalén, la Ciudad de la Paz. Dios estaba por traer a la existencia a la primera criatura racional. Sería un ángel glorioso, de entre todos el de mayor honra. Adornado por el brillo de las piedras preciosas, ese ángel viviría sobre el monte Sión, como representante del Rey de reyes delante del Universo.

7 Con mucho amor, el Creador comenzó a moldear al primogénito de los ángeles. Toda sabiduría aplicó al formarlo, haciéndolo perfecto. Con ternura le concedió la vida; el hermoso ángel, como despertando de un profundo sueño, abrió los ojos y contempló la faz de su Autor. Con alegría, el Eterno le mostró las bellezas del paraíso, hablándole de sus planes, que comenzaban a concretizarse.

8 Al ser conducido al lugar de su morada, junto al trono, el príncipe de los ángeles estaba agradecido y, con voz melodiosa, entonó su primer cántico de alabanza. De las alturas de Sión, se descubría, a los ojos del hermoso ángel, Jerusalén en su inmensidad y esplendor. El río de la vida, al deslizarse sereno en medio de la Ciudad, se asemejaba a una larga avenida, reflejando las bellezas del jardín del Edén y de las mansiones angelicales.

9 Envolviendo al primogénito de los ángeles con su manto de luz, el Eterno comenzó a hablarle de los principios que habrían de regir el reino universal. Leyes físicas y morales deberían ser respetadas en toda la extensión del gobierno divino. Las leyes morales se resumían en dos principios básicos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Cada criatura racional debería ser un canal por medio del cual el Eterno pudiese derramar a otros vida y luz. De esa forma, el Universo crecería en armonía, felicidad y paz.

10 En el reino de Dios, las leyes no serían impuestas con tiranía; Los súbditos serían libres. La obediencia debería surgir espontánea, en un gesto de reconocimiento y gratitud. En ese reino de libertad, la desobediencia también sería posible. El resultado de tal comportamiento sería el vaciamiento de las fuerzas vitales.

11 Después de revelar al hermoso ángel las leyes de su gobierno, el Eterno le confió una misión de gran responsabilidad: sería el protector de aquellas leyes, debiéndolas honrar y revelar al Universo listo para ser creado. Con el corazón rebosante de amor a Dios y a los semejantes, le correspondería ser un modelo de perfección: sería Lucifer, el portador de la luz. El príncipe de los ángeles; agradecido por todo, se postró ante el amoroso Rey, prometiéndole eterna fidelidad. El Eterno continuó su obra de creación, trayendo a la existencia a innumerables huestes de ángeles, los ministros del reino de la luz.

12 La Ciudad Santa fue poblada por esas criaturas radiantes que, felices y agradecidas, unían las voces en bellísimos cánticos de alabanza al Creador. Dios traía ahora a la existencia el Universo que, repleto de vida, giraría entorno de su trono afirmado en Sión. Acompañado por sus ministros, partió hacia la grandiosa realización. Después de contemplar el vacío inmenso, el Eterno levantó las poderosas manos, ordenando la materialización de las multiformes maravillas que habrían de componer el Cosmos.

13 Su orden, cual trueno, repercutió por todas partes, haciendo surgir, como por encanto, galaxias sin número, repletas de mundos y soles, paraísos de vida y alegría, todo girando armoniosamente entorno del monte Sión.

Al presenciar tan grande hecho del supremo Rey, las huestes angelicales se postraron, haciendo repercutir por el espacio iluminado un cántico de triunfo, en salutación a la vida.

14 Todo el Universo se unió en ese cántico de gratitud, en promesa de eterna fidelidad al Creador. Guiados por el Eterno, los ángeles comenzaron a conocer las riquezas del Universo. En esa excursión sideral, estaban admirados ante la inmensidad del reino de la luz. Por todas partes encontraban mundos habitados por criaturas felices que los recibían en fiesta. Los ángeles nos saludaban con cánticos que hablaban de las buenas nuevas de aquel reino de paz.

15 Tan preciada como la vida, la libertad de escoger, a través de la cual las criaturas podrían demostrar su amor al Creador, exigía una prueba de fidelidad. Con el propósito de revelarlo, el Eterno condujo las huestes por entre el espacio iluminado, hasta aproximarse a un abismo de tinieblas que contrastaba con el inmenso brillo de las galaxias. A lo lejos, ese abismo se había revelado insignificante a los ojos de los ángeles, como un puntillo sin luz; pero a medida de su acercamiento, se mostró en su enormidad.

16 El Creador, que a cada paso revelaba a los ángeles los misterios de su reino, estaba allí silencioso, como guardando para sí un secreto. Las tinieblas de aquel abismo consistían en la prueba de la fidelidad. Volteándose hacia las huestes, el Eterno solemnemente afirmó: Todos los tesoros de la luz estarán abiertos a su conocimiento, menos los secretos ocultos por las tinieblas. Son libres para servirme o no. Amando la luz estarán ligados a la Fuente de la Vida.

17 Con estas palabras, hizo Dios separación entre la luz y las tinieblas, el bien y el mal. El Universo era libre para escoger su destino.

Capítulo 2

Una eternidad de armonía y paz. Lucifer, trasmisor de las revelaciones del Padre a sus ángeles. Asambleas en planetas capitales. La obediencia a las leyes divinas, fundamento de progreso y felicidad. Lucifer es atraído por las tinieblas del abismo. Lucifer, creado para la Luz. Intervención de un Padre amoroso. La gran lucha interior de Lucifer. El don del libre albedrío. Teoría de la ciencia del bien y del mal. Fundamentos del reino del Eterno. Traición de Lucifer y de un tercio de las huestes. El Eterno advierte sobre el rompimiento de la Fuente de la Vida. El Universo puesto a prueba. El inconsolable llanto del Padre. El misterioso abismo, significado simbólico del reino de la rebeldía. Comienzo de la creación del planeta Tierra.

1 El tan esperado sueño del Creador se concretizaba. Ahora, como Padre cariñoso, conducía a las criaturas a través de una eternidad de armonía y paz. En virtud del cumplimiento de las leyes divinas, el Universo se expandía en felicidad y gloria. Había un fuerte celo de amor, que a todos unía fuertemente. Los seres racionales, dotados de la capacidad de un desenvolvimiento infinito, encontraban indescriptible placer en aprender los inagotables tesoros de La Sabiduría divina, transmitiéndolos a los semejantes. Eran como canales por medio de los cuales La Fuente de la Eterna Vida nutría a todos de amor y luz.

2 En Jerusalén, los ministros del reino se reunían ante el soberano Rey, siempre prontos a cumplir sus propósitos. Era a través de Lucifer que el Eterno ponía de manifiesto sus designios. Después de recibir una nueva revelación, él prontamente la transmitía a las huestes angelicales. Éstas, a su vez, la compartían con la creación. En célebre vuelo los ángeles se dirigían hacia los planetas capitales, donde, en grandes asambleas, se reunían los representantes de los demás mundos. En muchas de esas asambleas, Lucifer se hacía presente, llenando a los participantes de alegría y de admiración. Perfecto en todas las virtudes, él los cautivaba con su simpatía.

3 Ningún otro ángel conseguía revelar como él los misterios del amor del Eterno. El Universo, alimentándose de la Fuente de la Vida, se expandía en una eternidad de perfecta paz. La obediencia a las leyes divinas era el fundamento de todo progreso y felicidad. Aunque conscientes del libre albedrío, jamás había subido al corazón de ninguna criatura el deseo de apartarse del Creador. Así fue por mucho tiempo, hasta que tal problema irrumpió en la vida de aquél que era el más íntimo del Eterno.

4 Lucifer, que había dedicado su vida al conocimiento de los misterios de la luz, se sintió poco a poco atraído por las tinieblas. El Rey del Universo, a los ojos de quien nada puede ser encubierto, acompañó con tristeza sus pasos en el camino descendente que lleva a la muerte. Al principio, una pequeña curiosidad llevó a Lucifer a aproximarse a aquél abismo profundo. Contemplándolo, comenzó él a indagar el por qué de no poder comprender su enigma.

5 Regresando a su lugar de honra, junto al trono, se postró ante el divino Rey, suplicándole: Padre, dame a conocer los secretos de las tinieblas, así como me revelas la luz. Ante la petición del hermoso ángel, el Eterno, con voz expresiva de tristeza, le dijo: Hijo mío, tú fuiste creado para la luz, que es vida. Convenciéndose de que el Creador no le revelaría los tesoros de las tinieblas, Lucifer decidió comprender por sí mismo el enigma. Se juzgaba capacitado para tanto. Con esta triste decisión, el príncipe de los ángeles permitió que surgiese en su corazón una mancha de pecado que podría traer una catástrofe para el Universo.

6 Solo Dios sabía lo que pasaba en el corazón de Lucifer. El ángel, que había sido creado para ser el portador de la luz, estaba divorciándose en pensamientos del bondadoso Creador que, en un esfuerzo de impedir el desastre, le rogaba permanecer a su lado. Una tremenda lucha comenzó a trabarse en su interior. El deseo de conocer el sentido de las tinieblas era inmenso, con todo, los ruegos de aquél amoroso Padre, a quien no quería también perder, lo torturaban. Viendo el sufrimiento que su actitud causaba al Creador, a veces demostraba arrepentimiento, pero volvía a caer.

7 Antes de crear el Universo, Dios ya había previsto la posibilidad de una rebelión. El riesgo de conceder libertad a las criaturas era inmenso, mas, sin este don, la vida no tendría sentido. El Eterno no quería reinar sobre robots, programados para hacer solamente su voluntad.

El quería que la obediencia fuese fruto del reconocimiento y del amor, por eso decidió correr el gran riesgo. Aunque proseguía en la búsqueda del sentido de las tinieblas, Lucifer no pretendía abandonar la luz.

8 Se esforzaba por llegar a una combinación entre esas partes que, en el reino del Eterno, coexistían separadas. Finalmente, con un sentimiento de exaltación, concibió una teoría engañosa, que pretendía presentar al Universo como un nuevo sistema de gobierno, superior al gobierno del Eterno. Denominó a su teoría "la ciencia del bien y del mal". Estructurada en la lógica, la ciencia del bien y del mal se reveló atrayente a los ojos de Lucifer, pareciendo descorrer un sentido de vida superior a aquél ofrecido por el Creador, cuyo reino posibilitaba solamente el conocimiento experimental del bien.

9 En el nuevo sistema, habría equilibrio entre el bien y el mal, entre el amor y el egoísmo, la luz y las tinieblas. A lo largo del tiempo en que madurara en su mente la ciencia del bien y del mal, Lucifer sabría guardarla en secreto delante del Universo. Continuaba en su puesto de honra, cumpliendo la función de Portador de la Luz. Sin embargo, por más que procuraba fingir, su semblante ya no revelaba alegría en servir al Eterno. El divino Rey, que sufría en silencio, procuraba, por medio de sus revelaciones de amor, preparar a las criaturas racionales para la gran prueba que se aproximaba.

10 Sabía que muchos darían oído a la tentación, volviéndole la espalda. La noche de la prueba haría sobresalir, sin embargo, a los verdaderos fieles aquéllos que servían al Creador no por interés, sino por amor. Al ver que la hora de la prueba llegaba, y que Lucifer estaba listo para traicionarlo delante del Universo, el Eterno, que jamás había cesado de revelar los tesoros de su sabiduría, se torno silencioso y contemplativo.

11 El silencio hizo revivir en el corazón de las huestes el recuerdo de aquella primera excursión sideral, cuando, después de mostrarles las riquezas del reino de la luz, Dios se tornó silencioso ante aquél abismo. Se acordaban de sus palabras: Todos los tesoros de la luz estarán abiertos a su conocimiento, menos los secretos ocultos por las tinieblas. Son libres para servirme o no. Amando la luz estarán ligados a la fuente de la vida. Lucifer, que había comenzado a codiciar el trono de Dios, le indagó el motivo de su silencio. El Creador, contemplándolo con infinita tristeza, le dijo: Ha llegado la hora de las tinieblas. Tú eres libre para realizar sus propósitos.

12 Viendo que el momento propicio para la propagación de su teoría había llegado, Lucifer convocó a los ángeles para una reunión especial. Las huestes, deseosas de conocer el significado del silencio del Padre, tomaron sus lugares junto al magnífico ángel, que siempre les había revelado los tesoros del reino de la luz. Lucifer comenzó su discurso exaltando, como de costumbre, el gobierno del Eterno. En una amplia retrospectiva, les recordó las grandiosas revelaciones que los habían enriquecido en toda aquella eternidad.

13 El silencio divino, lo presentó como siendo la indicación de que el Universo había alcanzado la plenitud del conocimiento que provenía de la luz. Callando, el Eterno les abrió camino para el entendimiento de misterios aún no soñados, guardados hasta entonces más allá de los límites de su gobierno. Sorprendidas, las huestes tomaron conocimiento de la experiencia de Lucifer sobre las tinieblas. Con elocuencia, él les habló de la ciencia del bien y del mal, indicándola como el camino de las mayores realizaciones.

14 El efecto de sus palabras pronto se hizo sentir en todo el Universo. La pregunta era decisiva y explosiva, generando por primera vez discordia. Los seres racionales, en su prueba, habrían de optar por permanecer solamente con el conocimiento de la luz, el cual Lucifer afirmaba haber llegado a su límite, o aventurarse en el conocimiento de la ciencia del bien y del mal. En el comienzo, los ángeles se debatieron ante la pregunta, siendo luego después todo el Universo puesto a prueba. Parecía que la ciencia del bien y del mal habría de arrebatar la mayor parte de las criaturas, sin embargo, poco a poco, muchos que al principio se empaparon con la teoría, despertaron de la ilusión de la misma, reafirmando su fidelidad al reino de la luz.

15 Al final de ese conflicto, que se arrastró por largo tiempo, se reveló un tercio de las estrellas del cielo al lado de Lucifer, y las restantes, aunque conmocionadas por la prueba al lado del Eterno. La ciencia del bien y del mal fue proclamada por Lucifer como un nuevo sistema de gobierno. ¿Pero cómo ejercerlo, si el Eterno continuaba reinando en Sión? Necesitaban encontrar una manera de bajarlo de allí. El consejo, formado por los ángeles rebeldes, comenzó a tratar de eso. Decidieron, finalmente, solicitarle el trono por un tiempo determinado, en el cual podrían demostrar la excelencia del nuevo sistema de gobierno. En caso de que fuese aprobado por el Universo, el nuevo sistema se establecería para siempre; en caso contrario, el dominio retornaría al Creador.

16 Fue así que Lucifer, acompañado por sus huestes, se aproximó arrogante delante de Aquél Padre sufridor, haciéndole tal petición. El Eterno no era ambicioso, sólo quería el bien para sus criaturas. Si la ciencia del bien y del mal consistiera realmente en un bien mayor, no se opondría a su implantación, cediendo el trono a sus defensores. Más Él sabía que aquel camino conduciría a la infelicidad y a la muerte. Movidó por su amor protector, el Creador desatendió la petición de las huestes rebeldes, que se apartaron enfurecidas.

17 Al serles negado el trono, Lucifer y sus huestes comenzaron a acusar al divino Rey, proclamando ser su gobierno de tiranía. Afirmaban ser su permanencia en el trono la más patente demostración de su arbitrariedad. ¿No les había concedido libertad de escoger? ¿Por qué neutralizarla ahora, impidiéndoles poner en práctica un sistema de gobierno superior? Las acusaciones de las huestes rebeldes repercutieron por todo el Universo, haciendo parecer que el gobierno del Eterno era injusto. Esto trajo profunda angustia a aquellos que permanecían fieles al reino de la luz.

18 No sabiendo como refutar tales acusaciones, esas criaturas, enmudecidas por el dolor moral, anhelaban el momento en que nuevas revelaciones procedentes del Creador pudiesen aclararles los misterios de ese gran conflicto. Las acusaciones y blasfemias de las huestes rebeldes alcanzaron el punto culminante cuando el Eterno, en un gesto sorprendente, se levantó de su trono, como pronto a dejarlo. Los infieles, en la expectativa de una conquista, se aquietaron, mientras que un sentimiento de temor penetraba en el corazón de los súbditos de la luz.

19 ¿Entregaría Él el dominio de toda la creación, para librarse de las viles acusaciones? De acuerdo con la lógica a partir de la cual Lucifer fundamentaba sus enseñanzas, no le quedaba otra alternativa al Creador. En esta tremenda expectativa, el Universo acompañaba los pasos de Dios. En un gesto de humildad, el Creador se despojó de su corona y de su manto real, colocándolos sobre el blanco trono. En su semblante no había expresión de resentimiento o de ira, sino de infinito amor y tristeza. Con solemnidad, el Eterno proclamó que el momento decisivo había llegado, cuando cada criatura debería sellar su decisión al lado de la luz o de las tinieblas.

20 En una amplia revelación, alertó de las consecuencias de un rompimiento con la Fuente de la Vida. Con una mirada de ternura el Creador contempló a sus hijos. Era una mirada de humildad, que lleno de amor, suplicaba para que permanecieran a su lado. Incontables criaturas, conmovidas, correspondieron a su mirada de bondad, mientras que una multitud se mantuvo cabizbaja. Lucifer y sus seguidores estaban conscientes de la seriedad de aquel momento. Todavía era posible dar vuelta atrás en sus planes, entregándose arrepentidos al divino Padre que siempre los había amado.

21 Mientras cabizbajos consideraban sobre la decisión final, Lucifer y sus adeptos oyeron el cántico de aquellos que, en reconocimiento y gratitud, se colocaban a lado del Eterno. La última lucha se trababa en el corazón de los infieles que, estremecidos, llegaron a pensar en retirarse. Finalmente, el recuerdo del reciente gesto divino, despojándose de la corona, les dio la certeza de que el gobierno les sería entregado. Viendo que el Trono permanecía vacío, Lucifer y sus huestes, dominados por la codicia, rompieron definitivamente con el Creador. Al ver un tercio de los súbditos atravesar las divisiones de la eterna separación, Dios dejó externar el dolor angustiante que por tanto tiempo martirizaba su corazón, Curvándose en inconsolable llanto.

22 Contemplando a sus hijos rebeldes, elevó la voz en una lamentación dolorosa: ¡Hijos míos, hijos míos! ¡Ya no puedo llamarlos así! ¡Quisiera tanto tenerlos en mis brazos! ¡Me acuerdo cuando con cariño los formé! ¡Ustedes surgieron felices y perfectos, en acordes de esperanza en eterna armonía! ¡Viví para ustedes, cubriéndolos de gloria y poder! ¡Ustedes fueron mi alegría! ¿Por qué sus corazones cambiaron tanto? ¿Oh qué más podría yo haber hecho para hacerlos permanecer conmigo? ¡Hoy mi alma sangra de dolor por la eterna separación!

23 ¿Cómo miraré hacia los lugares vacíos donde tantas veces regocijantes elevaron las voces en hosannas festivas, sin venirme a la mente una mezcla de felicidad y dolor? ¡Nostalgia infinita invade ya mi ser, y sé que será eterna! Hoy mi corazón se rompió y se quebrantó; ¡las cicatrices cargaré para siempre! Después de proclamar en llanto tan dolorosa lamentación, el Eterno, se dirigió a Lucifer, el causante de todo el mal, diciendo: Tú recibiste un nombre de honra al ser creado. Ahora no te llamarán más Lucifer, sino Satanás, el enemigo del Creador y de sus leyes. Después de lamentar la perdición de las huestes rebeldes, el Eterno, en pasos lentos, se ausentó del Jardín del Edén, lugar del trono Universal.

24 ¿Dónde sería ahora su morada? Las huestes fieles acompañaban reverentes sus misteriosos pasos de abandono, que parecían descender un futuro difícil, de sufrimientos y humillaciones. ¿Ocuparían los rebeldes el trono divino, profanándolo como dominio del pecado? Esta indagación torturaba el corazón de los súbditos del Eterno. Dejando su amada Ciudad, el Señor de la luz se condujo, en medio de las glorias del Universo, en dirección del abismo inmenso, respecto del cual había callado hasta entonces. Allí se detuvo una vez más, enmudecido, mientras que parecía leer en las tinieblas un futuro de grandes luchas.

25 Ante el sufrimiento del Eterno, expresado en la tristeza de su semblante, los fieles pudieron finalmente comprender el significado de aquél misterioso abismo: consistía en una representación simbólica del reino de la rebeldía. En el rostro entristecido de Dios se manifestó, por fin, un brillo que a los fieles animó. Levantando los poderosos brazos ante las tinieblas, ordenó en alta voz: Haya luz. Inmediatamente, la luz de su presencia inundó el profundo abismo y, triunfando sobre las tinieblas, reveló un mundo inacabado, cubierto por aguas cristalinas. Con ese gesto, el Eterno iniciaba una gran batalla por la reivindicación de su gobierno de luz; batalla del amor contra el egoísmo; de la justicia contra la injusticia; de la humildad contra el orgullo; de la libertad contra la esclavitud; de la vida contra la muerte.

26 Batalla que, sin tregua, se extendería hasta que, en el amanecer anhelado, pudiese el divino Rey retornar victorioso al santo monte Sión, donde, entronizado en medio de las alabanzas de los redimidos, reinaría para siempre en perfecta paz. Las tinieblas, en su fuga, señalaban hacia el aniquilamiento final de la rebeldía. Las aguas abundantes que cubrían aquél mundo, hasta entonces oculto, simbolizaban la vida eterna que para los fieles sería conquistada por el amor que todo sacrifica. El mundo revelado era la Tierra. Visitada por las tinieblas y por la luz, ella sería el palco de la gran lucha. Los fieles se regocijaban ante el triunfo de la luz en aquél primer día, cuando las tinieblas en su furia rodaban sobre el planeta, sucumbiéndolo en densa obscuridad.

27 La luz, que parecía vencida, renació victoriosa en un lindo amanecer. Al rayar la luz de un segundo día, el Eterno ordenó: Haya una expansión en medio de las aguas, y haya separación entre agua y aguas. Inmediatamente, el calor de su luz hizo que una inmensa cantidad de vapor se elevase de las aguas, envolviendo el planeta en un manto de transparencia añil.

Surgió así la atmósfera, con su mezcla perfecta de gases que serían esenciales para la vida que en breve coronaría el planeta. El Creador, contemplando la expansión, la llamó cielos.

28 La atmósfera, que llena de brillo envolvía la tierra, se ensombreció al sobrevenir el crepúsculo de otro atardecer.

Capítulo 3

Continúan las obras de la Creación. Separación de las aguas. Vegetación. El jardín de Edén es transferido en el nuevo planeta. Los grandes luminares. Criaturas marinas. Criaturas volátiles. Criaturas terrestres. Creación de Adán, el primer hombre. Adán se postra en reverente adoración. Estado paradisiaco de la Tierra. Adán se admiró de una criatura y la llamó "cordero". El cordero, una semejanza del Eterno. La promesa de una compañera. El sueño profundo de Adán. Eva es creada para Adán. Un manto real y una corona dados al hombre como honra del Eterno. Adán y Eva muestran sumisión al colocar a los pies del Creador su corona. El hombre, mayordomo fiel, cetro racional y árbitro de la creación. Adán y Eva son concientizados sobre Satanás. El árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Satanás opta por el engaño como arma para lograr que el hombre coma del fruto prohibido.

1 Al ser vencidas las tinieblas en el tercer día, el Creador continuó su obra, haciendo aparecer los inmensos continentes que todavía estaban bajo la superficie de las aguas. Con las manos levantadas ordenó: Júntense las aguas debajo de los cielos en un lugar y aparezca la porción seca. En pronta obediencia, las cristalinas aguas cedieron su posición superior a la porción seca que se levantó, sobreponiéndose a ellas. En las regiones bajas de la tierra, las aguas continuarían reflejando el brillo celestial, siendo un refrigerio para las criaturas sedientas. En ese gesto de humildad, las aguas prefiguraban al Creador, que en la gran lucha había descendido al más profundo abismo para hacer renacer en las almas sedientas la vida eterna.

2 Contemplando la faz de aquél nuevo mundo, el Eterno denominó a la parte seca tierra, y al recogimiento de las aguas llamó mares. Con su poderosa voz continuó, ordenando: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla, árbol fructífero que dé fruto según su especie, cuya semilla esté en ella sobre la tierra. En obediencia al mando divino, la superficie sólida del planeta se revistió de toda suerte de vegetación: lindos prados a florear, campos reverdecientes entrecortados por ríos cristalinos, bosques sin fin donde árboles frondosos dejaban colgar frutos sabrosos de infinitudes de especies. La tierra era como una tela donde el Creador, por el poder de su Palabra, coloreaba cuadros de belleza sin par.

3 Mientras que con admiración las huestes contemplaban las bellezas de aquella creación, se sorprendieron al reconocer sobre el nuevo planeta el Jardín del Edén, lugar del trono divino. El Eterno, por el poder de su palabra, lo había transferido hacia el seno de ese mundo especial, donde en justicia sería confirmado el gobierno del Universo.

En aquel día primaveral, la brisa acarició mansamente los verdes bosques y los prados en flor, inundando la atmósfera con un suave aroma y frescor. Contemplando su obra, el Creador con felicidad exclamó: He aquí todo es muy bueno. Exuberante, el planeta cumplió un día más en su armoniosa rotación. Las huestes fieles ahora podían comprender mejor la importancia de la luz divina. Su ausencia había ofuscado, en aquella noche, las bellezas de Sión. En ese nuevo día, el Creador expresaría su gran poder, dando a la tierra luminares que la llenarían de luz y calor.

4 Esos luminares permanecerían para siempre como símbolos de la presencia espiritual del Eterno, que es la fuente de toda la luz. Contemplando el espacio oscuro y vacío que se extendía alrededor de la tierra, con potente voz ordenó: Haya luminares en la expansión de los cielos, para que haya separación entre el día y la noche; sean ellos por señales y para tiempos determinados, para días y años. Y sean por luminares en la expansión de los cielos para alumbrar la tierra. Inmediatamente, el espacio se tornó radiante por el brillo del sol y por el reflejo de planetas y satélites. Ante esta demostración de poder, las huestes fieles se arrodillaron en reverente adoración. En el cuarto día, el Eterno creó los mundos de nuestro sistema solar no para ser habitados como la tierra, sino para el equilibrio del sistema.

5 Llenaron también el cielo de fulgor, ablandando las tinieblas de las noches terrenales. Volviendo los ojos hacia la Tierra, las huestes se alegraron por verla radiante en colores. Muy próxima de ella se podía ver la luna que, con su reflejo plateado, ahuyentaría las profundas sombras nocturnas. Envueltos por ese escenario encantador, los hijos de la luz, regocijantes, saludaron el amanecer del quinto día, que sería de muchas sorpresas. El Eterno tornaría la tierra festiva por la presencia de infinidad de especies de animales irracionales que habitarían toda la superficie del planeta. Esa creación tendría continuidad en el sexto día.

6 Levantando las poderosas manos, el Creador, mirando primeramente hacia las aguas cristalinas, ordenó: Produzcan las aguas abundantemente reptiles de alma viviente. De inmediato, las aguas se tornaron ondulantes por la presencia de incontables especies de reptiles que, felices y agradecidos, festejaban la existencia en un continuo nadar y saltar. Desde los seres microscópicos hasta las grandes ballenas, todos aparecieron en completa armonía, reflejando en su naturaleza el amor del Creador. Poniendo los ojos sobre la atmósfera añil que reposaba sobre los reverdecientes bosques, el Eterno continuó: Vuelen las aves sobre la faz de la expansión de los cielos. Por medio de su orden, los cielos se llenaron de pájaros coloridos que, volando en todas direcciones, tenían en el corazón un cántico de gratitud por la vida. Este cántico llenó el aire, mezclándose con el perfume de los arbustos floridos.

7 Contemplando con placer a sus criaturas terrenales, el Eterno las bendijo diciendo: Fructificad y multiplicaos y henchid las aguas en los mares, y las aves multiplíquense en la tierra. Regocijantes, las huestes fieles presenciaron el amanecer del sexto día. ¿Y qué crearía Dios en ese nuevo día? Esta pregunta reinaba en la mente de todos los seres racionales.

Estaban seguros de que algo muy especial estaba por acontecer. Levantando los poderosos brazos, el Eterno ordenó: Produzca la tierra alma viviente conforme a su especie: ganado, reptiles y bestias salvajes de la tierra, conforme a su especie. Su voz poderosa fue prontamente oída y, en los bosques y en los campos, se podía ver el resultado de su poder creador.

8 Animales de todas las especies despertaron a una existencia feliz, en medio de un paraíso de perfecta paz. La tierra se tornaba extremadamente bella, cual princesa adornada para recibir a su Rey y Señor. ¿Quién sería ese ser especial? Moviéndose con majestad, el Eterno bajo a las glorias del nuevo mundo, dirigiéndose al Jardín del Edén, lugar del trono divino. Los ángeles de la luz lo acompañaron reverentes, deteniéndose cual nubes sobre los cielos del paraíso. Todo el Universo observaba con profundo interés el desenvolvimiento de los actos del Creador, en respuesta a las acusaciones de sus enemigos.

9 El momento era decisivo. Todo indicaba que el Eterno demostraría no ser tirano ni egoísta, coronando a alguien sobre el monte Sión. Satanás y sus seguidores no dudaban de que el reino les fuera entregado y reinarían victoriosos en el seno de aquel antiguo abismo, donde las tinieblas y la luz ahora se entrelazaban. Los súbditos de la luz se estremecieron ante esa perspectiva. Junto a la fuente del Río de la Vida, el Eterno se arrodilló solemnemente y, con los elementos naturales de la Tierra, comenzó a moldear, con mucho cariño, una criatura especial. Después de algunos instantes, estaba extendido delante del Creador el cuerpo, aún sin vida, del primer hombre. El Eterno lo contempló y, después de acariciarle la cara fría y descolorida, le sopló en las vías de la nariz el aliento de vida y el hombre comenzó a vivir.

10 Como despertando de un sueño, el hombre abrió los ojos y contempló la dulce faz de su Creador que, sonriendo, le besó la cara ahora colorida y llena de vida. Se emocionó al oír al Eterno decirle con voz suave y llena de afecto: ¡Mi hijo, mi querido hijo! Por haber nacido de la tierra, el primer hombre recibió el nombre de Adán. Tomándolo por la mano, el Eterno lo levantó. Sin percibir el escenario de fulgor que lo circundaba, Adán, en un gesto de gratitud por la existencia, envolvió al Creador en un tierno abrazo, postrándose en reverente adoración. Las huestes fieles que admiradas atestiguaban la grandiosa realización divina, emocionadas ante el gesto humano, se postraron también en reverente adoración.

11 Unieron entonces las voces en un cántico de júbilo en salutación a aquella criatura especial, que despertaba hacia la vida en un momento tan decisivo para el Universo. Con el corazón lleno de felicidad, Adán se unió a los ángeles en su cántico de loor. Su voz, al repercutir por los alrededores floridos, se mezcló al canto de las aves y al mugir de los animales que se aproximaban festivamente. En un paseo de sorpresas inolvidables, Adán fue concientizado de las bellezas de su hogar. Con admiración, contempló el monte Sión, donde brotaba el Río de la Vida, en una cascada de luz. El glorioso monte yacía coronado por un lindo arco iris. En sus pasos, siguió el curso del río cristalino, que deslizaba sereno en medio de las maravillas del Edén.

12 Se admiraba de los árboles altos que, empapados por la brisa, dejaban colgar de las ramas abundantes flores y frutos. Se inclinaba aquí y allá, atraído por el resplandor de piedras preciosas que por todas partes adornaban el césped. Con intensa alegría, Adán tomaba conocimiento de las infinidades de especies de animales que poblaban el Jardín. Todos eran mansos y sumisos y vivían en perfecta armonía y felicidad. Deteniéndose en sus pasos, Adán se admiró de la blancura y ternura de un animalito que brincaba en el césped. Aproximándose, lo tomó en sus brazos, dedicándole un especial afecto. ¡Pues que agradable era acariciar su blanca lana! Sus dulces ojos reflejaban un brillo de amor y humildad. Había algo de especial en aquel animalito. Afectuosamente, Adán lo llamó cordero.

13 Con el animalito en sus brazos, Adán miró agradecido hacia el Eterno y lo adoró. Contemplando sus blancas vestiduras, sus ojos expresivos de un amor sin par, Adán descubrió que tenía en los brazos un símbolo de su Autor. Feliz, exclamó: ¡Oh, Señor! este corderito revestido de tan blanca lana, con mirada expresiva de tanto amor, se parece a Ti. Yo quiero tenerlo siempre junto a mí. Observando los animales, Adán percibió que ellos disfrutaban de un compañerismo especial. Veía por todas partes parejas felices que vivían el uno para el otro. Sus pensamientos se volvieron hacia su compañero. Miró a su alrededor y estuvo sorprendido de no verlo. El Eterno se había ocultado a propósito, tornándose invisible.

14 Adán se sentía solitario en medio de aquel paraíso. ¿Con quién compartiría su felicidad y su amor? había allí los animales, pero ellos eran irracionales, no pudiendo compartir de sus ideales. Nacía en su corazón, al caminar solitario en aquel atardecer, un deseo ardiente de encontrar a alguien que pudiese estar siempre a su lado. Mientras que Adán miraba hacia las distantes colinas en la esperanza de ver a alguien, el Eterno se presentó a su lado y le dijo: No es bueno que el hombre esté solo; le haré una compañera.

15 Adán estuvo feliz al oír del Creador esa promesa, justamente en el momento en que tanto anhelaba tener a alguien para que estuviera siempre visible a su lado. Tomado por un profundo sueño, Adán se reclinó en el pecho de su amoroso Creador que, con caricias, le hizo adormecer. En su subconsciente surgieron los primeros sueños coloridos: Contemplaba la mirada tierna del Eterno; oyendo el sonido armonioso de la música angelical; descubriendo las maravillas al derredor: el monte Sión con su arco iris; el Río de la Vida; los prados en flor; los animales que lo saludaban en fiesta. Se repetían en su sueño las escenas que lo envolvieron en su anhelo; miraba al derredor en la esperanza de encontrar a su compañero, más no lo veía. Se sentía solitario en su sueño, y eso lo hizo buscar a alguien con quién poder compartir su existencia.

16 Su mirada se extendía por campiñas reverdecientes, divisando a lo lejos colinas floridas. Mientras camina esperanzado, sentía la mansa brisa acariciarle el cabello suavemente. Conversaba con la brisa: ¡Brisa, tú pareces ser a quién tanto busco; tú me acaricias el cabello; besas mi cara; tú tienes el perfume de los verdes arbustos!

¡Si yo pudiera ver tu faz, la besaría; si yo pudiera tocar tu cabello, haría largas trenzas y las adornaría con las flores de nuestro jardín! Después de caminar en el sueño por los prados del paraíso, Adán se detuvo mientras que contemplaba el paisaje alrededor. Se admiró de no ver el efecto de la brisa en las ramas floridas. ¿Pero cómo, si la sentía cálidamente en el rostro?

17 Comenzó entonces a despertar de su sueño. Todavía con los ojos cerrados se acordó del momento en que, somnoliento, se recostó en el pecho del Eterno. ¿Sería la brisa el toque de sus manos? Con esta interrogante abrió los ojos y se emocionó al contemplar una linda mujer que, con las manos perfumadas, le acariciaba con amor la cara. Era la brisa de su sueño; la promesa de un Creador que solo quería hacerlo feliz. Ahora Adán era completo, pues tenía a Eva, que era carne de su carne y huesos de sus huesos. Tomándola por la mano, Adán la invitó a dar un paseo de sorpresas inolvidables. Mostraría a su compañera las bellezas de su hogar.

18 Sensibilizada Eva se detenía a cada paso, atraída por las flores que exhalaban suaves perfumes; por los pájaros que trinaban alegres cantos; por los animales que los seguían sumisos; por la vegetación de ricos matices; por las aguas cristalinas del río de la vida que brotaban en cascada desde el monte Sión. Todo en el paraíso era perfecto y bello, mas nada se igualaba al ser humano, creado a la imagen de Dios. Se volvieron el uno para el otro en admiración y caricias. Empapados por ese amor, permanecieron hasta el atardecer. Con deleite, la joven pareja comenzó a contemplar el sol poniente que, a través de rayos rosados, coloreó el cielo en un lindo arrebol.

19 Era el sexto día que llegaba a su final, dando lugar a las horas de un día especial: El sábado. Ese día, en su significado, sería solemne para todos los súbditos del Eterno, pues su amanecer traería la victoria para el reino de la luz. El sol, que durante el sexto día había alegrado la naturaleza con su brillo y calor, se ocultó, dejándola en frías sombras. Los alegres pájaros, silenciando sus trinos, buscaban sus nidos mientras que los otros animales se recogían. Solamente la pareja permaneció inmóvil, procurando divisar, en el último destello que se apagaba en el horizonte, la esperanza de un nuevo amanecer. Investigaban el sentido de las tinieblas cuando, por entre los arbustos, vieron un lindo lugar, cuyos rayos plateados bañaron la naturaleza en suave luminosidad.

20 Todo el cielo estaba iluminado por el resplandor de las estrellas. Admirados, descubrieron que la noche solamente era tinieblas cuando se miraba hacia abajo. Adán y Eva en su inocencia no sabían que aquella noche simbolizaba el futuro sombrío de la humanidad. Cuando lo comprendiesen, estarían confortados al contemplar el fulgor de los cielos, el lugar hablaría de esperanza y las estrellas centellantes atestiguarían el interés de las huestes de la luz en aclararles las tinieblas morales, dando aliento a los pecadores. Mas serían iluminados apenas aquellos que, desviando los ojos de la Tierra, contemplasen los altos cielos.

21 Después de contemplar por algún tiempo el cielo en su luminosidad, la pareja, se acordó de las bellezas del paraíso, volvió los ojos, buscando divisarlas. Estaban, sin embargo, ocultas en medio de las sombras. ¡Cuánto deseaban el amanecer, pues solamente él traería consigo el paraíso! Ante el anhelo del corazón humano, el Eterno apareció en medio de las tinieblas, devolviendo a la pareja la alegría de encontrarse nuevamente en un jardín colorido. Bañados por suave luz, caminaban ahora por prados reverdecientes y floridos. El brillo del Creador despertaba la naturaleza por donde pasaban, coloreando y alegrando todo en derredor.

22 La pareja, admirada, aprendió que al lado del Eterno podrían tener un paraíso en plena noche. Sintiendo somnolientos, Adán y Eva se recostaron en el regazo del amoroso Padre, que los hizo adormecer dulcemente, esperanzados en un despertar feliz. Dejándolos sobre el suave césped, el Eterno se elevó dirigiéndose al lado de las huestes contemplativas. Volvería a manifestarse al amanecer, haciendo despertar a la pareja para el más solemne acontecimiento, que reduciría al polvo las más viles acusaciones de los enemigos. La noche oscura y fría, a través de sus largas horas, parecía burlarse de la luz. ¿Ofuscaría para siempre las bellezas de la creación? ¡Oh, jamás! El sol no retrocedería ante la imponente de las tinieblas; aparecería en breve como un libertador, arrebatando con sus cálidos rayos la naturaleza de las frías garras, dándole vida y color.

23 En un último desafío, las tinieblas se tornaron densas en las horas que antecedieron el amanecer. La noche arremetía sus fuerzas para luchar por el dominio usurpado. Finalmente, apareció en el este un destello que parecía hablar de esperanza en un nuevo día. El cielo poco a poco se tornó colorido de un rojizo vivo. Las tinieblas impotentes se retiraron ante la fuerza creciente de la luz y fueron consumidas en su fuga. La naturaleza comenzó a despertarse de la larga noche, reflejando en su seno los nostálgicos rayos. Flores se abrían, exhalando perfumes de alegría; animales y aves, silenciados por la noche, unían las voces en un cántico triunfal en salutación al amanecer de aquel día grandioso.

24 La negra noche había llegado al final, dando lugar a la luz del día soñado día que para Dios tenía un sentido especial, pues prefiguraba la victoria final de Su reino sobre el dominio de la rebeldía. El Eterno ahora despertaría a sus hijos humanos que, bañados por la luz de su presencia, habían dormido con la esperanza de un amanecer feliz. En una marcha festiva, todas las huestes santas, con cánticos de victoria, lo acompañaron rumbo al paraíso bañado en luz. Cuando ya estaban próximos, el Creador se detuvo contemplando a la pareja adormecida, y exclamó suavemente: Despierten hijos míos. Su voz penetró en los oídos de Adán y Eva, despertándolos para la más feliz comunión.

25 ¡Cuán deprisa rayó la tan esperada mañana, trayendo en su luz el dulce paraíso, perdido en aquella noche! Con alegría la pareja saludó a su divino Creador, uniéndose a los ángeles en antifonas triunfales. El Universo vivía un momento en verdad solemne. En aquella mañana festiva, el Eterno habría de revelar la grandeza de su carácter, que es justicia y amor.

Las acusaciones de que Su gobierno era de egoísmo y tiranía serían refutadas. A los ojos de todas las criaturas racionales del vasto Universo, Dios condujo a la joven pareja al monte Sión, lugar del trono divino.

26 Allí, ante el estremecimiento de las huestes enmudecidas, el Creador, en un gesto sorprendente, cubrió al hombre con el manto real, colocándole sobre su cabeza la corona que había sido codiciada por Lucifer. Movidos por profunda gratitud por la suprema honra conferida, Adán y Eva se postraron reverentes, colocando a los pies del Creador su corona preciosa, en señal de sumisión. Siguió a ese gesto humano un grito de victoria que sacudió toda la Creación. Los hijos de la luz, que por tanto tiempo habían sufrido afrentas y humillaciones ante las constantes acusaciones de las huestes rebeldes, exaltaron en retumbante alabanza al Dios bendito, que en su obra de justicia desmintió a los enemigos, revelando su carácter de humildad, desprendimiento y amor.

27 Teniendo constituido al hombre como el señor de toda la creación, el Eterno, con voz solemne, comenzó a concientizarlo de la grandiosidad de su misión. Como un mayordomo fiel, debería cuidar del paraíso, manteniendo limpia la fuente del río de la vida. Las leyes de la justicia y del amor, fundamentos del reino de la luz, deberían ser honradas. Como un cetro racional, le correspondería al hombre, en un gesto de reconocimiento y gratitud, aceptar libremente el gobierno de Aquél que lo creó. Las huestes, que maravilladas atestiguaban la revelación del desprendimiento divino, comprendieron que el Señor de la Luz no gobernaría más el Universo, a no ser con el consentimiento humano.

28 El hombre, por la voluntad del Eterno, fue hecho el árbitro de la creación; en su glorioso ser, hecho a imagen del Creador, resplandecía el sello del dominio eterno. Después de revelar a la pareja la infinita honra y responsabilidad de su misión, el Creador los concientizó del conflicto espiritual que se trababa por la conquista del dominio universal: Lucifer, que por incontables eras había servido al divino Rey en Sión, había sido corrompido por el orgullo y por el egoísmo, siendo seguido por un tercio de las huestes racionales; buscaban ahora destronar al Eterno, deshonrándolo con viles acusaciones.

29 Habiendo revelado al ser humano la dolorosa situación en que el Universo se encontraba, el Eterno, en un gesto solemne, les mostró dos árboles altos que, cargados de grandes frutos, se elevaban en ambas orillas del río que nacía del trono. Al que se elevaba a la derecha el Señor reveló ser el árbol de la vida monumento del reino de la luz. Al que se elevaba en la otra orilla reveló ser el árbol de la ciencia del bien y del mal, símbolo de la rebeldía. Comiendo del fruto del árbol de la vida, el hombre manifestaría su sumisión al Creador, que es la Fuente de la vida y de la luz. Comer del otro árbol sería entregar al enemigo el dominio de Sión.

30 El inevitable resultado de ese paso sería la muerte eterna, no solamente para el ser humano, sino para toda la creación, que se reduciría al caos bajo la furia de la rebeldía. Después de contemplar de moradamente los dos árboles altos, que externaban en sus frutos tan infinita responsabilidad, Adán se postró ante el Creador, diciendo:

Digno eres Señor de reinar sobre el Universo, pues por tu sabiduría, amor y poder todas las cosas fueron creadas y subsisten. El sábado, emblema del triunfo divino, se hinchó de alabanzas.

31 Todos los hijos de la luz se unieron al ser humano en el más armonioso cántico de exaltación a Aquél cuya grandeza es sin par. Fue con espanto que Satanás y sus seguidores atestiguaron la grandiosa realización del Eterno. Presenciaron con amargura la alegría de los fieles ante la coronación del hombre, acontecimiento que lanzó por tierra las fuertes acusaciones que ellos habían levantado contra el gobierno divino. Llenos de ira y frustración, consideraban ahora su triste condición. Cuán terrible y humillante les era el pensamiento de ver sus planes de rebeldía desvanecerse delante del Creador, semejantes a las sombras de aquella noche.

32 Si pudiesen, pensaban, llenarían el sábado de tinieblas, borrando de la mente de los súbditos del Eterno cualquier esperanza de victoria. Finalmente, en sus consideraciones, Satanás y sus liderados comprendieron que les quedaba una oportunidad: en medio del Jardín del Edén, en las alturas de Sión, se elevaba, junto al río de la vida, el árbol de la ciencia del bien y del mal. Bastaría un gesto humano, nada más, y tendrían bajo su poder, para siempre, el dominio codiciado. ¿Pero cómo seducirlo? Animado ante la perspectiva de una conquista, Satanás buscó, con ingeniosidad, formular un plan de abordaje. Sabía que, si fallase en su tentativa, todas las esperanzas de triunfo se habrían disuelto, desmoronándose todos sus sueños de aventura. Concluyó que el engaño habría de ser su poderosa arma.

33 ¿Acaso no había sido a través de él que consiguió dominar un tercio de las huestes celestiales? Esperaría, por lo tanto, un momento propicio para armar su emboscada.

Capítulo 4

El Edén, un reino de eterna alegría. Visita e instrucción diaria del Eterno. El trabajo, fuente de desarrollo de facultades. A través de visitas de seres celestiales, Adán y Eva adquirieron conocimiento sobre la rebelión de Lucifer. Dios revela a sus huestes las intenciones malignas de Satanás y envía a dos ángeles para advertir al hombre. Satanás se posesiona de una serpiente para engañar a Eva. Argumentos de Satanás para hacer caer a Eva. Intensa lucha interna de Adán ante la condición caída de su esposa. Adán come del fruto, permanece al lado de su esposa pagando el alto precio de su rebelión. Maravillosa revelación del plan de rescate. La naturaleza de las creaciones y de Adán y Eva cambia. El Padre les promete vestiduras duraderas.

1 En el Edén reinaba la dulce calma de una perfecta paz. Por todos lados los amables pajarillos hacían oír sus alegres trinos en alabanza constante al Creador. Toda la naturaleza al florecer parecía proclamar un reino de eterna alegría. Los animales en unión brincaban por todas partes, siempre sumisos al hombre, el señor de aquél paraíso encantador. Todo era felicidad para la pareja; pero esta se tornaba más intensa en la rotación de aquellos días primaverales.

El arrebol, que con su belleza coloreó el cielo preanunciando las oscuras noches, les anunciaba también el momento de la visita diaria del Eterno. Juntos, bajo la luz de su presencia, pasaban largo tiempo en feliz conversación.

2 Con ánimo, la pareja contaba al Señor las sorprendentes maravillas que iban descubriendo cada día en la naturaleza. Dios, con cariño, les descubría el significado de cada ser. ¡Cuán agradecidos estaban por las lindas lecciones aprendidas a sus pies! Al paso de cada día, mayor eran el amor, el respeto y la admiración por el grandioso Creador. ¡Cuán bueno había sido Él, trayéndolos a la existencia y concediéndoles un hogar tan lleno de delicias! Al despertar ellos hacia las alegrías de cada día, les venía a la memoria las caricias y el dulce canto del Eterno, que los hacía adormecer todas las noches.

3 La vida de Adán y Eva en el Edén no era de ociosidad. A ellos fue recomendado el cuidado del jardín. Su ocupación no era fastidiosa, al contrario, era agradable y revigorizante. El Creador había indicado el trabajo como una fuente de beneficios para el hombre, a fin de ocuparle la mente y fortalecerle el cuerpo, desarrollándole todas las facultades. En la actividad mental y física, el hombre encontraba un elevado placer. Era común a la joven pareja recibir visitas de seres celestiales.

4 A los visitantes siempre tenían novedades que relatar y preguntas que hacer. Pasaban largo tiempo oyendo de ellos hablar sobre las maravillas del Reino de Luz. A través de esos visitantes, Adán y Eva comenzaron a tener amplio conocimiento de la rebelión de Lucifer y de sus eternas consecuencias. A los visitantes, Adán y Eva siempre pedían que les enseñaran los armoniosos cánticos celestiales. ¡Cómo se deleitaban al unir las voces al coro angelical! En su omnisciencia, Dios tenía conocimiento de la terrible intención del enemigo.

5 Convocando a sus huéspedes principales, Les reveló con pesar el inminente peligro que cernía sobre el Universo. Satanás habría de armar una emboscada, a fin de llevar al hombre a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Ante esa revelación, los hijos de la luz estuvieron temerosos, pues conocían la tremenda facilidad de Satanás en enlazar criaturas inocentes y atarlas en sus mallas de muerte. En el solemne concilio, decidieron enviar, con urgencia, mensajeros para advertir al hombre del gran peligro.

6 Dos poderosos ángeles fueron encargados de esa decisiva misión. Inmediatamente, los mensajeros comisionados irrumpieron por las puertas de Jerusalén, alcanzando el seno del espacio infinito. En instantes, traspasaron inmensidades, cruzando galaxias en el recorrido. Penetraron en el túnel de la constelación de Orión, aproximándose al nuevo sistema. Podían ahora divisar a poca distancia el planeta azul, donde el destino del Universo estaba por ser determinado.

7 En el Edén, había relajación. La joven pareja continuaba en sus inocentes actividades, disfrutando el placer de un vivir feliz. Lejos estaban de pensar que en aquel momento todo o todos los hijos de la luz estaban tensos, pensando en su futuro amenazado.

Vieron entonces en el limpio cielo la señal de la aproximación de los visitantes celestiales y a ellos levantaron los brazos en una alegre salutación. Sin embargo, Adán y Eva se admiraron, por no ver en el semblante de ellos la misma alegría.

8 Los visitantes traían en la faz una expresión de ansiedad que ellos no podían entender. Intentaron cambiarles la triste facción, contándoles los nuevos descubrimientos hechos en el paraíso. Los mensajeros, todavía, no teniendo tiempo disponible como en otras ocasiones, los interrumpieron con palabras de advertencia. Satanás habría de armarles una emboscada, a fin de llevarlos a comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Si dieran oído a la tentación, harían sucumbir toda la creación en el abismo de un eterno caos.

9 Los ángeles les recordaron que el reino les había sido confiado como un sagrado depósito, debiendo, en una vida de fidelidad, honrar a Aquél que por amor se despojó, colocándose en una posición de huésped del ser humano. Adán y Eva deberían ser firmes ante las insinuaciones del enemigo, pues así sellarían la eterna victoria del reino de la luz. Hablándoles de la feliz recompensa que le seguiría a su triunfo, los ángeles revelaron que era el plan de Dios la transferencia de la Jerusalén Celestial hacia la Tierra. Allí, nuevamente acoplada al paraíso, permanecería para siempre.

10 Y el hombre, sumiso al Creador, reinaría por los siglos sin fin sobre el monte Sión, en medio de las alabanzas de las huestes universales. Más todo eso dependía enteramente del posicionamiento humano frente a las tentaciones del enemigo, que haría de todo para arrebatarse el reino. Adán y Eva estuvieron temerosos al conocer los planes de Satanás, más fueron consolados al saber que él no podría hacerle ningún mal, forzándolos a comer del fruto prohibido. Si, por ventura, procurase intimidarlos con su poder, todas las huestes del Eterno vendrían en su ayuda.

11 Los mensajeros de la luz concluyeron su misión recomendando a la pareja permanecer vigilantes, teniendo siempre en mente la responsabilidad que sobre ellos reposaba. No deberían separarse uno del otro, ni siquiera por un momento, pues a solas podrían ser seducidos. Adán y Eva, agradecidos por las advertencias de los ángeles, unieron las voces en un cántico de promesa en una eterna victoria. Estaban seguros de que jamás abandonarían al bendito Creador, oyendo la voz del tentador.

12 Animados ante la promesa humana, los dos mensajeros regresaron al seno de la Jerusalén Celestial donde, junto a las huestes santas, aguardarían con ansiedad el anhelado triunfo. Satanás vio aproximarse al paraíso a los mensajeros y oyó el canto del hombre prometiendo una eterna victoria. Ese cántico hizo que su envidia y odio aumentara de tal manera que no los podía contener. Dijo entonces a sus seguidores que en breve haría silenciar aquella voz irritante. Haría todo para transformar las alabanzas humanas en blasfemias al Creador.

13 Las huestes rebeldes estaban curiosas por conocer los planes de su jefe, mas fueron advertidas por él de que deberían esperar hasta que todo estuviese para siempre determinado. Si el hombre oyese su voz, comiendo del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, sería victorioso, poseyendo para siempre el dominio del Universo. En caso de que el hombre resistiese, permaneciendo fiel al Creador, ya no habría ninguna esperanza para ellos. El paraíso parecía estar envuelto por una eterna seguridad, pero en el semblante del hombre se podía ver una expresión de miedo.

14 Desde que los ángeles partieron, Adán y Eva permanecían silenciosos, meditando con reverencia sobre la enorme responsabilidad de su misión. Pensaban en la seriedad de aquella inminente prueba que habría de sellar su futuro y el de toda la Creación. Animados, sin embargo, ante el pensamiento de la victoria, unieron una vez más las voces en un cántico que expresaba la certeza del triunfo anhelado. Esa melodía quitó de sus mentes todo el miedo de derrota y, alegres, corrieron por los prados reverdecientes, acompañados por los fogosos animales que parecían conmemorar la gran conquista.

15 Se sentían seguros en su paraíso, totalmente olvidados del peligro de un posible asalto. Satanás, que observaba atentamente a la pareja, percibió que estaba llegando su oportunidad. Se aproximó de forma invisible al paraíso, y estuvo esperando el mejor momento para armar su emboscada. Inconscientes de la presencia del enemigo, la pareja continuaba en su desprendida alegría, jugando despreocupadamente con los animales. En el semblante trastornado de Satanás se estampó una sonrisa maliciosa, al presenciar un descuido de la pareja: en su exaltación, habían dejado de atender la última recomendación de los mensajeros, apartándose el uno del otro.

16 El astuto enemigo, no perdiendo tiempo, se posesionó de una serpiente, la más bella del paraíso, haciéndola aproximarse graciosamente a Eva. Eva, que sentada en el césped jugaba con los animales, percibió la presencia de la atractiva serpiente, cuyo cuerpo reflejaba los colores del arco iris. Estuvo admirada al verla coger flores y frutos del jardín, depositándolos a sus pies. Agradecida, la tomó en los brazos, dedicándole afecto.

17 Teniendo conquistado el afecto de la mujer, Satanás, en su astucia, comenzó a atraerla para que estuviera junto al árbol de la ciencia del bien y del mal. Sin darse cuenta del peligro, Eva acompañó a la serpiente hasta el árbol de la prueba. Allí, teniendo en los brazos al enemigo oculto, le acarició y le dijo palabras de cariño. Teniendo en los ojos el brillo de la seducción, la serpiente se puso a hablar. Sus palabras eran llenas de sabiduría y ternura y su voz como la de un ángel.

18 Eva apenas podía creer lo que veía. Su alegría se volvió inmensa por tener en los brazos una criatura tan fantástica. Comenzaron a conversar sobre muchas cosas: el amor; las bellezas del Jardín; el poder del Creador. Eva estaba admirada ante el conocimiento tan extenso de la serpiente, que discurría con maestría sobre cualquier tema. Envuelta por esa experiencia, Eva se olvidó totalmente de su compañero. Ni siquiera pasaban por su mente las advertencias de los ángeles.

Adán, enteramente olvidado de los consejos de los mensajeros celestiales, se había apartado en la compañía de algunos animales.

19 Después de cierto tiempo, sobrevino con ímpetu en su mente el recuerdo de las advertencias recibidas. Sonaron en sus oídos con claridad las últimas palabras pronunciadas por los ángeles: No se aparten el uno del otro, no se separen ni por un instante, pues es peligroso. Su corazón latió fuertemente al no ver a Eva a su lado. Levantó entonces la voz en un ansioso grito. Su voz, al repercutir por las bóvedas del paraíso, con todo, no trajo consigo una respuesta. El silencio casi lo sofocó. En su aflicción se puso a correr de un lado para el otro, buscándola, en vano.

20 En esa ansiosa búsqueda, sintió la brisa acariciarle el cabello y recordó su primer sueño. Ese recuerdo, no obstante, se deshizo ante el pensamiento del peligro que los amenazaba. Con la mente tomada por un gran sentido de culpabilidad, Adán apresuró el paso en la angustiada búsqueda. ¿Dónde estaría su amada? ¿La envolvería a tiempo en sus brazos, librándola de caer? Más de una vez elevó la voz en un ansioso grito que repercutió por todo el Jardín: ¿Eva, dónde te encuentras? Esperó una respuesta, pero oyó solamente un eco vacío que lo desesperó. Se acordó del árbol de la ciencia del bien y del mal; allí era el único lugar en donde su compañera podría ser engañada.

21 Esperando obstruir la única oportunidad del enemigo, avanzó en dirección al lugar de la prueba. Su corazón latió fuertemente al contemplar a lo lejos la copa del árbol prohibido. Con la serpiente en sus brazos, Eva la interrogó respecto de muchas cosas. Se maravilló al percibir que la serpiente la sobrepujaba grandemente en conocimiento. Llena de curiosidad, preguntó a la serpiente: ¿Dónde está la fuente de tu tan gran saber? Respóndeme, pues quiero también poseerla. Sin perder tiempo, Satanás, señalando hacia el árbol de la ciencia del bien y del mal, respondió: Allí está la fuente de todo mi saber.

22 Él le contó entonces una mentirosa historia: dijo que era una serpiente como las demás, comiendo de los frutos del paraíso. Probando cierto día de aquel fruto prohibido, recibió, como por encanto, todas las virtudes. Mirando hacia el árbol de la ciencia del bien y del mal, Eva estaba sorprendida y confundida. ¿Privaría el Creador en su amor algo tan bueno a sus criaturas? Viéndola sorprendida, Satanás preguntó: — ¿Es así que Dios dijo: No comerán de todos los árboles del jardín? Eva, inquieta, le respondió: De los frutos de los árboles del Jardín comemos, mas del fruto de ese árbol que tú dices que es fuente de sabiduría, dijo Dios: No comerán de él, para que no mueran. La serpiente en tono de desdén dijo: Eso es falso. Si fuese así, yo habría muerto.

23 Ciertamente el Eterno les prohibió comer de ese árbol para impedir que el hombre llegue a recibir como Él, conocimiento de todas las cosas. Las palabras seductoras de la serpiente causaron confusión en la mente de Eva. ¿En quién confiaría? Tenía en mente el recuerdo de la orden del Creador y de su sentencia, pero al mismo tiempo tenía delante de sí una prueba palpable que lo contradecía. Aturdida, comenzó a dudar del carácter del Eterno. En un desafío, la serpiente cogió frutos del árbol prohibido y comenzó a saborearlos.

24 Colocando un fruto en las manos de la mujer, la estimuló a comer, diciendo: ¿No dijo el Eterno que si alguien tocase ese fruto moriría? Un completo silencio reinaba sobre el Universo. En cada planeta habitado, los hijos de la luz contemplaban impotentes aquella angustiante escena. El futuro de ellos estaba en juego. En Jerusalén había gran conmoción. Poderosos ángeles se presentaron delante del Creador, solicitando permiso para desenmascarar al cobarde enemigo, oculto en aquella serpiente. El Eterno, sin embargo, les impidió tal acción. Si el uso de la fuerza fuese la solución, ya la habría aplicado.

25 Debían respetar el libre albedrío concedido al hombre, pudiendo él manifestar su elección bajo la tentación del enemigo. Los hijos de la luz sufrían inmensamente al ver a la mujer dudando de Aquél que tan bondadosamente les había dado la vida y la oportunidad de reinar en aquel paraíso. ¿Cómo podía dudar de quién les dedicaba tanto amor? Adán, que en una fuerte esperanza de asegurar la acariciada victoria se apresuraba en su corrida, contempló a lo lejos a su amada, sentada junto al árbol de la prueba.

26 ¿Qué hacía Eva en aquel lugar tan peligroso? Un presentimiento horrible le sobrevino, al acordarse una vez más de las advertencias recibidas, mas procuró desterrarlo con el pensamiento de que alcanzaría a su esposa antes de que algún mal le ocurriese. Eva vacilaba en su convicción al contemplar el fruto en sus manos. Por algunos momentos el futuro le pareció sombrío y aterrador, pero venció ese sentimiento, pensando en las glorias que habría de conquistar al comer aquel fruto. Todavía un tanto indecisa, levantó lentamente las manos hasta tocar el fruto con los labios.

27 Los súbditos del reino de la luz, estremecidos, se inclinaron arrebatados de gran espanto. Parecía casi imposible, en ese momento, que la mujer volviera atrás. Mientras que pálidos los fieles indagaban sobre una posible esperanza, presenciaron con horror la terrible decisión de Eva: Había resuelto romper para siempre con el Creador, tornándose cautiva de la muerte. El Eterno, que en silente dolor contemplaba aquella escena de rebelión, inclinó la frente teniendo la faz bañada en lágrimas.

28 No podía soportar el dolor de aquella separación. Los fieles, que en pánico se creían vencidos, fueron concientizados de que no todo estaba perdido. Si Adán resistiese la tentación, permaneciendo fiel al Eterno, él sellaría la gran victoria. Eva, que había sido víctima de un engaño, podría ser concientizada de su error, siendo favorecida con el perdón divino. Cuando Adán en su angustiada corrida alcanzó el lugar de la prueba, ya era demasiado tarde. Sentada junto al río, Eva saboreaba despreocupadamente el fruto prohibido.

29 Adán se estremeció. ¿Sería el mismo fruto de la prueba? En un gesto de esperanza miró hacia el árbol de la ciencia del bien y del mal, mas en llanto reconoció la triste condenación. Lleno de tristeza contempló a su esposa, mas no encontró palabras para despertarla de la tan amarga realidad. En completa desesperación, elevó la voz en una dolorosa exclamación: Eva, Eva, qué es lo que estás haciendo.

Al comer del fruto prohibido, la mujer fue tomada por emociones que la hicieron imaginar haber alcanzado una esfera superior de vida. Al oír la voz de su esposo, todavía tomada por las emociones ilusorias, levantó la frente estampando una sonrisa, pero se sorprendió al verlo llorando.

30 Con profunda amargura, Adán procuró saber la razón que la había llevado a rebelarse contra el Eterno. Eva, prontamente, comenzó a contarle la fantástica historia de la sabia serpiente. Satanás sabía que esa historia de la serpiente jamás convencería al hombre a comer del fruto del árbol prohibido. Precisaba encontrar una manera sutil de llevarlo a sellar su suerte siguiendo los pasos de su esposa. Teniendo a Eva bajo su poder, resolvió hacer de ella el objeto tentador. Aguardaría el momento oportuno para enlazarlo. En el día en que de él comieras, ciertamente morirás. El recuerdo de esta sentencia dejaba a Adán muy afligido.

31 La expectativa de ver a su amada falleciendo en sus brazos, era demasiado para soportar. Esta aflicción, sin embargo, fue disminuyendo, al ver que ella continuaba feliz y cariñosa a su lado, como si ningún mal le hubiese acontecido. Aliviado, Adán volvió a sonreír, correspondiendo a los afectos de su compañera. Se rindió a las más dulces emociones, lejos de saber que era el enemigo quien lo envolvía en aquellos abrazos. En ese momento de embeleso, Eva comenzó a hablarle de su experiencia con la ciencia del bien y del mal.

32 Le habló de los tesoros de la sabiduría que le habían sido abiertos. En su nuevo reino, viviría muy feliz. Sin embargo, esa felicidad sería incompleta sin la participación de su esposo. Le habló de la imposibilidad de retroceder en sus pasos, e insistió para que él la siguiera. Después de hablarle de su decisión, Eva, con una dulce sonrisa, le extendió las manos conteniendo un fruto, pidiéndole que lo comiese en una demostración de su amor por ella. Con la voz tentadora en sus oídos, Adán se sentó en el césped en profunda reflexión.

33 Su faz se tornó nuevamente pálida y sus manos temblorosas. Temía rebelarse contra el Creador, pero al mismo tiempo comprendía que no conseguiría vivir separado de su compañera, a quién amaba con infinito amor. Eva era carne de su carne, la extensión de su ser. Se sentía angustiado al tener que tomar una decisión tan seria. La palidez del rostro de Adán se reflejó en el semblante de todos los fieles al Eterno. Oyeron la insinuación del enemigo y percibieron con horror la vacilación del hombre. La indecisión de Adán los dejaba desesperados.

34 Si obedeciese él aquella propuesta de Satanás, toda felicidad sería eternamente desterrada. En las decisiones del ser humano estaba el destino de todo el Universo. ¿Atendería él a la solicitud de Satanás? Después de intensa lucha interna, Adán miró hacia su compañera; a ella se había unido en promesas de una eterna entrega. No la dejaría sola ahora. Compartiría con ella los resultados de la rebelión. Tomó entonces de las manos de Eva un fruto y, en un gesto precipitado, lo llevó a la boca.

35 Procurando apagar la voz de su conciencia, que le hablaba de una eterna perdición, Adán se lanzó en los brazos de su esposa, disfrutando el alto precio de su rebelión. Satanás, con gritos de triunfo, dejó el paraíso, volando rápidamente junto a sus innumerables huestes, que aguardaban ansiosas el resultado de tan arriesgada tentativa. Al saber de la desgracia humana, se unieron en una estruendosa fiesta. Se sentían seguros. Sión ahora les pertenecía por derecho, pudiendo allí establecer un reino eterno, jamás siendo molestado por las leyes del Eterno.

36 En todo el Universo los hijos de la luz sufrían y lloraban la derrota. Nunca hubo tanta tristeza y horror ante el futuro. Las voces que vivían para entonar alabanzas al Creador proferían ahora lamentaciones. El Eterno, que vencido por el infinito dolor se había postrado en llanto ante la caída del hombre, no estaba, empero, sorprendido. Incluso antes de crear el Universo ya había previsto ese triunfo de la rebeldía y, en su sabiduría y amor, había idealizado un plan de rescate que lo implicaría en un inmenso sacrificio.

37 Secando las lágrimas de su llanto, Se propuso actuar poderosamente en favor de sus fieles afligidos, impidiendo que éstos cayeran en las manos de los enemigos. En esa misteriosa intervención que aparentemente deponía contra la justicia, el Eterno ordenó que sus más poderosos ángeles circundasen inmediatamente el Jardín del Edén, impidiendo que Satanás tomase posesión del monte Sión. Consoladas ante la manifestación divina, las potentes criaturas, en pronta obediencia, rompieron el espacio infinito, rodeando en instantes el paraíso, en el seno del cual el ser humano, trastornado ya por el pecado, vivía el negror de una noche que sería larga y cruel.

38 Siendo la autoridad del Eterno fundamentada en la justicia, ¿de qué manera podría justificar sus acciones delante de los enemigos? ¿No había entregado por su voluntad el reino al hombre, y éste por libre elección no lo había sometido a Satanás? Mientras que sorprendidas las criaturas racionales consideraban las acciones decisivas de Dios, oyeron su potente voz que, repercutiendo por toda la creación, traía la revelación del gran misterio revelación tan maravillosa que a partir de aquel momento, por toda la eternidad, ocuparía la mente de los fieles, siendo tema para las más dulces meditaciones.

39 El Eterno habló primeramente sobre la terrible condenación que pendía sobre el hombre y toda la creación. Dijo que, al desligarse de la Fuente de la Vida, el hombre se había precipitado en tan profundo abismo que no podría ser alcanzado por su brazo de justicia y poder. Humillado y torturado por las garras del enemigo, no le quedaba al hombre otra suerte más allá de la muerte, fruto doloroso de su espontánea rebelión. Considerando la situación humana, las huestes de la luz no veían posibilidades de triunfo. Sabían que solo el hombre podría retomar el dominio del enemigo, devolviéndolo al Creador.

40 Pero el ser humano, eternamente esclavizado en su naturaleza, sería incapaz de tal victoria. Con voz melodiosa y llena de ternura, Dios reveló el plan de la redención, diciendo: En verdad, el hombre cosechará el fruto de su rebelión en una terrible muerte.

No puedo, con mi poder, cambiarle la suerte. Si actuara así, sería injusto delante de mi decreto. Pero haré caer toda la condenación sobre un sustituto que surgirá en la descendencia humana. Ese Hombre no traerá en sus manos las argollas de la muerte, siendo inocente e incontaminado en su naturaleza.

41 Como representante de la raza humana, enfrentará a Satanás y lo vencerá. Después de triunfar en esa batalla, probando que el amor es más fuerte que el egoísmo, que la verdad es más fuerte que la mentira, que la humildad es más poderosa que el orgullo, el fiel sustituto levantará las manos victoriosas no para saludar la gran conquista, sino para tomar de las manos de la humanidad esclavizada la copa de su condenación. Sorberá así, sumiso, el cáliz de la eterna muerte.

42 Ese inmenso sacrificio abrirá a los seres humanos una oportunidad de ser redimidos, volviendo a los brazos del Creador, juntamente con el dominio perdido. Las huestes, sorprendidas ante la revelación del Eterno, indagaron la identidad de ese sustituto. El Creador, con una sonrisa amorosa, les dijo: Yo seré ese Hombre. Mi Espíritu reposará sobre una virgen, y en ella será engendrado un Hijo Santo. Ese joven será divino y humano. En su humanidad, él será sumiso a la divinidad que en Él habitará. Los redimidos verán en Él al Padre de la Eternidad, el Creador y Redentor, el Rey de los reyes. Su nombre será Yeshúa. Asumiendo la naturaleza humana, Dios podría pagar el alto precio del rescate, muriendo en lugar de los pecadores.

43 Las huestes de la luz se quedaron enmudecidas al conocer el plan del Creador. El pensamiento de verlo a Él someterse a tan penoso sacrificio, a fin de redimir el dominio perdido, era demasiado para soportarlo. No había, sin embargo, otra esperanza de victoria, a no ser a través de esa amorosa entrega. Después de disfrutar el alto precio del pecado, la joven pareja se sintió mal. Inicialmente sintieron un gran vacío en el corazón, que luego fue rellenado por el remordimiento y por la tristeza. Percibieron que, inspirados por la codicia, habían sellado su triste suerte y la de toda la creación. Les parecía oír a lo lejos el gemido de un Universo vencido.

44 El sol, que los había llenado de vida y calor en aquel día, se ocultaba en el horizonte, anunciándoles una negra noche. El arrebol, que antes allí les había anunciado el feliz encuentro con el Creador, parecía envolverlos en una sentencia de que jamás despertarían hacia un nuevo día. No osaban siquiera mirar hacia la cima, temiendo ver caer sobre ellos el rayo del juicio que los reduciría a polvo. Con la mirada dirigida hacia el suelo frío, les venía a la memoria la sentencia: En el día en que de él comiesen, ciertamente morirán. Lágrimas desesperadas rodaban en sus rostros al aguardar el trágico final. Al considerar el motivo de su rebelión, Adán comenzó a recriminar a su esposa por haber dado oídos a la serpiente.

45 Eva, a su vez, buscando excusarse, lanzó la culpabilidad sobre el Creador, diciendo: ¿Por qué el Eterno permitió que la serpiente me engañara? El amor que reinaba en el corazón humano desaparecía, dando lugar al orgullo y al egoísmo, que se fundían en resentimientos y odio. Su naturaleza ya no era pura y santa, sino corrompida y llena de rebeldía.

Todo estaba cambiado. Incluso la mansa brisa que antes allí los había bañado en caricias refrescantes, congelaba ahora a la culpable pareja.

46 Los árboles y las canteras floridas, que eran su deleite, consistían ahora en obstáculos al caminar sin rumbo en aquella noche. El propósito de Satanás en llenar el sábado de tinieblas parecía haberse cumplido. En aquella noche, no existía siquiera el reflejo plateado del claro lunar para hablarles de esperanza. Las estrellas centellantes, suspendidas en el oscuro cielo, estaban ofuscadas por el dolor. Bajaban sobre el mundo las tinieblas de una larga noche de pecado, sombras bajo las cuales tantos se arrastrarían sin la esperanza de un amanecer. Era alta noche ya y las tinieblas parecían envolver a la triste pareja en eternas sombras.

47 Ni siquiera meditaban en sus pocas palabras, sofocadas por la agonía, de un amanecer. Cabizbajos, andaban a tientas de aquí para allá, en la expectativa del juicio inminente, que los reduciría al frío polvo, olvidados bajo aquellas tinieblas sin fin. Apareció repentinamente un brillo en el cielo, que iba aumentando a medida que se aproximaba a la tierra. La pareja se estremeció, pues sabían que era el Creador que venía a darles el castigo. Vencidos por el pánico, se pusieron a correr, distanciándose del monte Sión, el lugar de la vergonzosa caída. Justamente hacia allá vieron al Creador dirigirse. Ellos, que siempre corrían al encuentro del amoroso Padre, atraídos por su luz, ahora huían desesperados en busca de lugares oscuros, y de denso bosque.

48 El Eterno, movido por infinito amor, comenzó a seguir los pasos de la pareja fugitiva. Mientras caminaba, lloraba al recordar los momentos felices que había pasado junto a ellos en aquel paraíso. ¡Como se había transformado todo! Sus hijos no conseguían ver más en Él un Padre de amor, sino alguien que, airado, buscaba castigarlos. Movido por un fuerte anhelo de abrazar a sus hijos humanos, Dios hizo repercutir la voz en una indagación: ¿Adán, dónde se encuentran? Su voz, al sonar en medio de las tinieblas, traía consigo solamente un eco vacío que hablaba de ingratitud y rebeldía.

49 ¡Como deseaba envolver a la pareja en un ardiente abrazo, y con palabras de cariño confesarle que su amor era el mismo! Al ver a sus hijos huyendo de su presencia, el Eterno fue embargado de un gran dolor. Ante su mirar turbado de lágrimas, se extendía el futuro de la raza humana. ¡Cuántos, engañados por Satanás, huirían de su presencia en el transcurso de la larga noche de pecado, juzgando en Él un Señor tirano, que vive buscando faltas y flaquezas en los pecadores, a fin de castigarlos! El Creador, aún así, no desistiría de buscarlos por los valles sombríos del reino de la muerte, hasta conquistar un pueblo arrepenitado. Adán y Eva, exhaustos por la presurosa fuga, se escondieron por entre el follaje al pie de una higuera.

50 Reconociendo su desnudez, procuraban hacer delantales cosiendo aquellas hojas. Vestidos así, creyeron poder librarse del sentimiento de vergüenza ante el Creador. El Eterno, aproximándose al lugar donde la pareja se escondía, preguntó: ¿Adán, dónde estás?

No pudiendo ocultarse más de Dios, Adán se levantó juntamente con su compañera y, cabizbajos, se presentaron ante el Creador, postrándose trémulos a sus pies. No consiguieron encararlo más, debido al sentimiento de culpabilidad.

51 El Creador, cariñosamente, los tomó de las manos, levantándolos del suelo, y, con una expresión de tristeza en el semblante, les preguntó: ¿Por qué huyen de mí? ¿Acaso comieron del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal? Adán, todo tembloroso, con voz entrecortada por sollozos de temor, respondió: La mujer que me diste por compañera, ella me dio del fruto y yo comí. Con esta respuesta, Adán buscaba excusarse, lanzando la culpa sobre su esposa.

52 Volteándose hacia Eva, el Eterno le preguntó: ¿Por qué hiciste eso? Eva prontamente le respondió: Aquella serpiente me engañó y yo comí. Ambos no querían reconocer la culpa, lanzándola sobre otros. En pocas palabras, atribuían al Creador la responsabilidad por todo el mal practicado: ¿Por qué les había concedido el libre albedrío? ¿Por qué había creado a la mujer? ¿Por qué había creado a la serpiente? Silente, Dios observaba a sus hijos que, tímidos y desconcertados, permanecían delante de Él.

53 Con profunda tristeza, Él previó que esa sería la experiencia de incontables seres humanos en el transcurso de la historia. ¡Cuántos habrían de perderse por no reconocer la propia culpa! ¡Cuántos procurarían justificarse, lanzando sus errores sobre los demás y hasta sobre el mismo Creador! Con blandas palabras, el Eterno procuró hacerlos reconocer su culpa. Solamente reconociendo su necesidad, podrían ser ayudados. Mirando hacia las frágiles vestiduras tejidas por manos pecadoras, dijo a la pareja: Hijos, esas vestiduras son insuficientes, inmediatamente secándose se desharán. Ustedes precisan de vestiduras duraderas, que puedan cubrir su desnudez, librándoles de la condenación. Si ustedes quisieran, Yo puedo darles esa vestidura.

54 Ante las palabras bondadosas del Creador, que traían esperanza, la pareja se postró arrepentida, desprendiéndose de sus ilusorias vestiduras, símbolos de su fracaso. Añoraban ahora las vestiduras de la salvación, prometidas por el divino Padre.

Capítulo 5

Dios revela los efectos de la caída y el plan de redención. El doloroso sacrificio del cordero, un símbolo del Salvador. Se proveen las vestiduras prometidas. El Creador será el Hombre que los salvará. En la pareja se intensifica el amor y gratitud hacia el Salvador. Estremecimiento de las huestes malignas ante la intervención del Eterno y la revelación del Plan de Rescate. El Eterno acompaña a la pareja fuera del jardín. Satanás intenta de nuevo apoderarse del ser humano enfrentándolos con furia, pero es repelido por Dios, y sus amenazas silenciadas. Malas consecuencias de la ciencia del bien y del mal. La fe del hombre en las verdades reveladas de la redención.

El Eterno, compañero del ser humano en su jornada sobre la tierra. Naturaleza del Creador respecto a la guerra. El trabajo edificante contraataca muchos ataques de Satanás. Revelaciones recibidas al construir el altar. Dos mundos reflejados en la naturaleza caída. Un cordero inmaculado guiado y preparado por Dios. En el sacrificio se muestra una representación del conflicto entre el bien y el mal. La llama encendida, símbolo del perdón divino. La naturaleza, aún en su estado caído, revela el plan de redención.

1. Después de contemplar a sus hijos que, arrepentidos, yacían a sus pies, el Eterno los tomó cariñosamente por las manos y los levantó. Se alegraba en poder revelar al hombre caído el plan de la redención. Con ternura, Dios comenzó a descubrirles primeramente los amargos resultados de su caída, diciendo: Hijos, ustedes sellaron el destino de toda la creación en las garras de la muerte. La desarmonía ya penetra la naturaleza, procurando destruir en ella todas las virtudes.

2 El abismo en el cual ustedes se sumergieron por la desobediencia es por demás profundo para que puedan ser alcanzados por mi poderoso brazo. Así, desligado de la Fuente de la Vida, no resta más al ser humano otra suerte más allá de la muerte. Después de pronunciar estas palabras que revelaban una triste suerte, el Eterno invitó a la pareja a seguirlo. Cabizbajos, Adán y Eva, en llanto, siguieron al Creador en sus pasos de justicia, que los encaminaba al lugar de la vergonzosa caída, donde suponían encontrar el doloroso final.

3 En esa dolorosa caminata, sollozaban al recordar su pasado de gloria deshecho por la ingratitud. ¡Como les dolía en el alma la terrible expectativa de ser reducidos, juntamente con la creación, a frías cenizas bajo la oscuridad de aquella noche de pecado! Mientras caminaban, contemplaban a través de las lágrimas las bellezas adormecidas bañadas por la luz de Dios. Veían a los inocentes animales, que no tenían conciencia del gran dolor. Súbitamente, la pareja se detuvo, vencida por intenso llanto; sus vacilantes pasos los había llevado junto a un cordero, el animalito más querido.

4 ¿Sus ojitos de dulzura también se habrían de apagar? Secándoles las lágrimas, el Eterno les ordenó tomar en los brazos al inocente cordero. Envolviéndolo junto al pecho, acompañaron silenciosos los pasos del Creador, hasta alcanzar la cúspide del monte Sión, lugar de la vergonzosa caída. Contemplando allí los restos de los rubros frutos, con ímpetu les vino a la mente el recuerdo de la sentencia divina: En el día en que de él comieran, ciertamente morirán. El terrible momento había llegado. El hombre culpable debería beber el amargo cáliz de la muerte, sucumbiendo sin esperanza.

5 Consciente de su perdición, la pareja percibió, con horror, que las manos que les habían traído a la vida empuñaban ahora un cuchillo puntiagudo de piedra. Temblorosos, se postraron y esperaron por el cumplimiento de la justa sentencia. Mientras enmudecidos por el miedo, Adán y Eva esperaban el golpe que los reduciría a polvo, sintieron el suave toque de las manos divinas que los levantó hacia una nueva vida. La condenación, sin embargo, habría de recaer sobre un sustituto.

6 Colocando en las manos de Adán el cuchillo, el Creador le dijo: El cordero morirá en lugar de ustedes. Adán debería sacrificarlo. Asustada ante la orden de Dios, la pareja, en llanto, se puso a clamar: ¡Señor, el corderito no, el es inocente! Con expresión de justicia, el Eterno agregó: Si él no muere, ustedes no podrán tener las vestiduras de las cuales hablé. Ante la insistencia del Creador, Adán, todo tembloroso, en un esfuerzo doloroso, clavó en el pecho del corderito aquella aguda piedra. El golpe fue fatal, y el animalito, vertiendo su preciosa sangre, se sumergió en las tinieblas de una noche sin fin.

7 Contemplando al corderito inerte sobre la hierba ensangrentada, la pareja elevó la voz y lloró. Comenzaban a comprender la enormidad de su tragedia. ¡Cuán terrible era la muerte! Ella, en su poder, había apagado toda la luz de los ojos del inocente animal. Inclinandose silente sobre el cuerpo inerte del cordero, el Eterno removió la piel revestida de blanca lana y con ella hizo túnicas para cubrir la desnudez de la pareja. Después de vestirlos les preguntó con cariño: ¿Ustedes entienden el sentido de todo esto? En profunda reflexión, entre sollozos de reconocimiento y gratitud, la pareja exclamó: ¡El murió en nuestro lugar, para darnos sus vestiduras!

8 Adán y Eva, aunque habían comprendido aquella realidad física, estaban lejos de entender el significado de aquel acontecimiento. A ellos el Creador revelaría el misterio del divino amor. Con expresión de infinita misericordia, Dios comenzó a revelar al ser humano el sentido de aquel doloroso sacrificio, diciendo: El inocente corderito, que hoy padeció, simboliza a un Hombre que habrá de nacer. En sus ojos habrá la misma ternura, el mismo amor. Revestido por una vida justa, como la blanca lana que cubría al cordero, ese hombre crecerá como un renuevo sobre la Tierra, no teniendo en las manos las ataduras del pecado. En su apariencia, ese hombre no traerá la pompa de un rey, por eso será despreciado por muchos.

9 Será un hombre de dolores, pues caerá sobre sí el peso de todas las provocaciones. En su fidelidad al reino de la luz, ese hombre luchará contra el enemigo usurpador, venciénolo finalmente. Después de triunfar en sus luchas, tomará sobre sí la carga de la condenación de ustedes que le causará una terrible muerte. Él será traspasado por causa de la rebelión de ustedes y molido por las iniquidades de ustedes. Será oprimido y humillado, más no abrirá su boca, como el corderito que hoy se entregó pacíficamente. Sucumbiendo en la muerte, él les concederá los méritos de su victoria. Envueltos por sus vestiduras de justicia, estarán libres de la condenación.

10 La vida eterna alcanzarán así, mediante el sacrificio de ese hombre justo que habrá de nacer. Adán y Eva, que en una mezcla de gratitud y dolor escucharon la revelación de tan grande salvación, indagaron reverentes al respecto de ese hombre especial que en su descendencia habría de surgir, a fin de cumplir tan inmenso sacrificio. El Creador, mirándolos tiernamente, movido por un amor que supera la misma muerte, los envolvió en un cariñoso abrazo y reveló: ¡Yo seré ese Hombre! Sorprendidos ante la declaración del Eterno, Adán y Eva estuvieron inmóviles, mientras que contemplaban su tierno semblante.

11 Comprendiendo el significado del tremendo sacrificio, se postraron a sus pies y con lágrimas clamaron: ¡Nosotros somos merecedores de la muerte Señor, más tú eres inocente y no debes sufrir en nuestro lugar! Secándoles las lágrimas, el Eterno con ternura les habló: Hijos míos, Yo les amo con un eterno amor. Yo moriré en lugar de ustedes. Ante esta confirmación, la pareja elevó la voz en una lamentación dolorosa. Decían: ¡Nosotros matamos al Creador! ¡Nosotros matamos al Creador! Mas Dios comenzó a consolar a la pareja con palabras de esperanza, diciendo: Después de beber el cáliz de la eterna muerte, Yo retomaré la vida y subiré al cielo.

12 Intercederé allí por el hombre perdido, concediendo a todos aquellos que, arrepentidos, aceptaren mi sacrificio, las vestiduras de mi victoria. Juntos, triunfaremos finalmente sobre el reino del pecado que se deshará en cenizas bajo nuestros pies. Crearé entonces un nuevo Cielo y una nueva Tierra, donde únicamente la justicia y el amor reinarán. Viviremos así para siempre, en un reino de perfecta armonía y paz. El Creador, que acompañado por la pareja permanecía todavía sobre el monte Sión, concluyó sus revelaciones diciendo:

13 El Jardín del Edén estará ahora vacío. El ser humano, durante la larga noche de pecado, vagará en su exilio. No andará, sin embargo, solo: el Eterno, también peregrino, pisará con el hombre todo el camino espinoso, hasta poder juntos subir al monte perdido, triunfando gloriosamente sobre el reino de la muerte. El árbol de la ciencia del bien y del mal monumento de la rebeldía será entonces deshecho, dando lugar a un árbol glorioso que, uniendo su copa al árbol de la vida, se tornará en el arco conmemorativo de la gran victoria. Sobre el santo monte redimido, reposará entonces para siempre el trono universal, que por los fieles triunfantes será llamado: el trono de Dios y del Cordero.

14 Adán y su compañera, después que oyeron palabras tan confortadoras y llenas de esperanza, elevaron la voz en un cántico de gratitud y alabanza. Conocían ahora el infinito amor de su Creador y estaban dispuestos a servirlo. Después de consolar a la pareja, Dios los llevó hacia fuera del Edén. No les fue fácil despedirse de aquel precioso hogar; allí habían despertado a la vida en los brazos del Eterno; allí disfrutaron momentos de felicidad pura, en compañía del Creador, de los ángeles y de los dóciles animales. Una nostalgia infinita parecía envolver a la pareja en sus pasos de abandono. Fue con espanto que Satanás y sus súbditos presenciaron la intervención del Eterno.

15 Fueron sacudidos ante la sorprendente revelación del plan de rescate. Con rabiosa frustración, comprendieron que, si de hecho la promesa divina se concretizase, no restaría ninguna esperanza. Después de considerar sobre todo lo que había acontecido, una gran ira se apoderó de su corazón. No estaba dispuesto a reconocer la redención del ser humano. Haría todos los esfuerzos por retenerlo, juntamente con el reino que le había sido entregado. Cuando la pareja, acompañada por el Creador, alcanzó el valle herido por la muerte, amanecía. Allí Satanás los enfrentó con furia, en un intento de apoderarse nuevamente del ser humano.

16 La pareja estuvo temblorosa en la faz del enemigo, pero las manos protectoras de Dios los calmaron. Expresando en el semblante la firmeza de una justicia que es eterna, el Eterno silenció las amenazas del enemigo con las siguientes palabras: El ser humano me pertenece, pues Yo lo compré con mi sangre. Al caminar en silencio junto al Creador, Adán y Eva observaban con tristeza las señales de la muerte estampadas en aquella naturaleza antes tan llena de vida. Las bellas flores, que habían desbotonado para exhalar aromas eternos, pendían ahora marchitas; los pajarillos, que con alegría los saludaban en cada amanecer con sus trinos, volaban ahora distantes, haciendo sonar tan tristes cantos. Todo estaba cambiado en la naturaleza.

17 La ciencia del bien y del mal no había traído ningún bien al Universo, sino un intenso conflicto espiritual y físico. Ante las consecuencias devastadoras de su caída, la pareja, vencida por una inexpresable tristeza, se postró arrepentida y lloró amargamente. Dios, que también compungido por el dolor contemplaba el escenario desolador, procuró, con palabras de esperanza, confortarlos. Les habló sobre el nuevo Cielo y la nueva Tierra que un día crearía, donde la paz y el amor volverían a reinar en cada corazón. Allí vivirían siempre juntos, no trayendo en la frente las marcas de la tristeza, sino coronas de eterna victoria.

18 Allí secaría las lágrimas de sus rostros y estas jamás volverían a humedecer sus ojos. Amparando a Adán y a Eva en sus pasos, el Creador los condujo a través de un valle herido, hasta alcanzar el pie de una colina. La subieron en lentos pasos, mientras intercambiaban palabras de ánimo y esperanza. Sus pies alcanzaron finalmente el suave césped que cubría la cima espaciosa de aquella colina. Era sobre aquel lugar que la pareja veía a cada día el sol declinar, bañando el cielo y los valles de un rojo vivo, como la sangre que había chorreado del pecho del cordero.

19 Volviéndose hacia el lado oriental, la pareja, en una mezcla de dolor y nostalgia, contempló a lo lejos los paisajes que los envolvieron en aquel pasado tan feliz. Al divisar el monte Sión, que majestuoso se elevaba en medio del Edén, lloraron al acordarse de la caída. ¡Cuán débiles habían sido! El sol declinaba en su jornada, anunciando la llegada de una triste noche más, la primera fuera del paraíso. En un calmado gesto, el Eterno, mostrándoles el valle sobresaliente de la colina, les habló con cariño: Aquí será su provisoria morada. Desde aquí podrán contemplar el paraíso que por algún tiempo permanecerá en la Tierra, hasta ser recogido a su lugar de origen, en el seno de la Jerusalén Celestial.

20 Allí, protegido por la justicia, aguardará el amanecer de la victoria. Cuando ese gran día llegue, regresaremos juntos a Sión, donde seremos coronados en gloria, en un reino de eterna felicidad y paz. Después de decir estas palabras, Dios ordenó a la pareja que construyesen en aquel lugar un altar de piedras, sobre el cual cada semana, en la noche que antecede al sábado, deberían inmolar un cordero, en memoria de su Sacrificio.

21 Como señal de su presencia, y para la certeza de que sus pecados serían perdonados, Él encendería un fuego sobre el altar, el cual duraría toda la noche, hasta consumir por completo la ofrenda del sacrificio.

Para que el ser humano pudiese afirmar su fe sobre las verdades reveladas, y no en la manifestación visible de la persona del Creador, Él habría de permanecer invisible desde aquel momento en adelante. Solamente en ocasiones especiales, cuando se hiciese necesario su aparición o la de ángeles para nuevas revelaciones y advertencias, esto ocurriría. Contemplando a sus hijos entristecidos en aquel momento en que serían dejados aparentemente solos.

22 El Eterno les dijo con amor: Hijos, aunque ustedes tengan que permanecer en este ambiente hostil, no precisan temer, pues Yo permaneceré al lado de ustedes. Seré un compañero amigo en esta jornada; llevaré sobre mis hombros sus dolores, sus anhelos, sus luchas. Cuando, tentados por el enemigo, estuvieren a punto de ceder, podrán encontrar abrigo en mis brazos, que siempre estarán extendidos para salvarlos y, si algún día ustedes no resisten, y por la furia del enemigo fuesen arrastrados hacia las profundidades del abismo, no se desesperen creyendo no tener esperanza, pues Yo estaré allí para acudirlos con mi perdón y fuerza.

23 Tengan siempre en mente el significado de las vestiduras recibidas de mis manos, pues ellas hablan de la redención que al hombre pertenece. Descansen hijos míos, en mis brazos de amor. Después de consolar a la pareja con estas promesas, el Creador, viendo que estaban soñolientos por el cansancio, los hizo reclinar en su regazo y, como de costumbre, los acarició dulcemente hasta adormecerlos. Al verlos olvidados en su sueño, Dios lloró al prever el sufrimiento que experimentarían al despertar. Con el corazón partido por el dolor causado por aquella separación física, el Creador dejó a la pareja dormida sobre la hierba, después de besarles los rostros ya marcados por el sufrimiento.

24 Su luz se disipó al tornarse invisible, dando lugar a las tinieblas de aquella primera noche fuera del paraíso. En el subconsciente de la pareja comenzaron a desfilar sueños coloridos de un pasado feliz. Se encontraban una vez más en medio las bellezas del Edén, saciados por una alegría eterna. Agradecidos por la vida, corrían por los campos floridos, jugando con los animales. Con felicidad unían las voces a los ángeles en los armoniosos cánticos en alabanza al Creador. Tantas escenas lindas desfilaban en su subconsciente, pero esos sueños se tornaron pesadillas, haciéndoles revivir su tragedia.

25 Agonizantes despertaron en medio de la oscuridad de aquella primera noche en el exilio. No consiguiendo conciliar el sueño, la pareja permaneció en llanto hasta ser consolados por el amanecer que les reveló a lo lejos el nostálgico paraíso. Dios, aunque invisible, permanecía al lado de Adán y Eva allí en la colina. El sufrimiento de ellos era su sufrimiento, como también la esperanza de que un día retornarían victoriosos a Sión. Ante la mirada contemplativa del Creador, se revelaba el futuro sombrío de la humanidad. Con pesar, veía incontables criaturas pereciendo sin salvación, por rechazar su amor. Lágrimas mojaron su rostro, al prever al enemigo empleando toda astucia a fin de retener a los seres humanos bajo su dominio.

26 Larga sería la noche del pecado, y reñida la batalla por la reconquista del reino perdido. El triunfo de la luz requeriría de parte de Dios un sacrificio inmenso. En la persona del Mesías, a su tiempo, él nacería entre los hombres, con la misión de pagar el precio del rescate. Por medio de Él muchos serían liberados de las garras del enemigo, todos aquéllos que lo aceptasen como Salvador y Rey. Contra éstos elegidos, el enemigo arremetería todas las fuerzas procurando hacerlos caer. En su visión del futuro, el Creador contempló con alegría el triunfo final de los redimidos.

27 Habían sido extremadamente probados, pero en todo fueron más que vencedores por medio de Aquél que los redimió de las tinieblas hacia el Reino de la Luz. Después de antever los sufrimientos que se derivarían de la gran lucha, el Eterno extendió la mirada por las planicies cautivas, contemplando allí a las huestes rebeldes dispuestas para la lucha. El objetivo de esos ejércitos, era apoderarse nuevamente del ser humano, en el cual estaba sellado el derecho de dominio sobre el Universo. Contrario a la naturaleza del Creador es la guerra, mas para la defensa de sus hijos, estaba dispuesto a utilizar su poder.

28 Su fuerza, sin embargo, solamente sería utilizada con justicia. Si el ser humano rechazase esa protección ofrecida mediante el sacrificio del Mesías, Dios nada podría hacer para impedir que él mismo pereciese en las garras del enemigo. Adán y Eva, sin embargo, se habían arrepentido de su gran pecado, recibiendo por la misericordia de Dios vestiduras de salvación, simbolizadas por las pieles del cordero sacrificado. Justificado por la entrega de la pareja, el Eterno convocó a sus poderosos ejércitos para la pelea. En pronta obediencia las huestes de la luz irrumpieron por el espacio sideral en dirección a la Tierra, circundando cual fuerte muralla la colina, portadora de aquel tesoro redimido por la sangre del divino Rey.

29 Al ser humano le fue conferido en el Edén el deber de cuidar de la naturaleza: preparaban canteras para las flores; cosechaban frutos para manutención; dirigían a los animales en su inocente vivir, adiestrándolos para que les fuesen útiles. Esas ocupaciones habían sido para ellos fuentes de desenvolvimiento y placer. Ahora, a pesar de las adversidades, deberían continuar realizando ese deber. El trabajo en sí, realizado según las órdenes del Creador, ya anularía muchos ataques del enemigo. Las primeras ocupaciones de la pareja en aquella mañana, les trajo revelaciones del gran amor de Dios, hasta entonces desconocidas.

30 Al reunir las piedras para la construcción del altar, experimentaron el dolor de heridas que chorreaban sangre, como también la fatiga que hacia emanar sudor. Sintiendo y contemplando todo en la propia carne, amaron más al Salvador, para quién el altar construido prefiguraba heridas mayores, que verterían toda su sangre, como también fatigas que minarían toda la salvia de su vida. La mirada de nostalgia y de esperanza de la pareja de ahora en adelante, jamás se posaría en el Edén distante, sin discernir primero el altar de los sacrificios.

31 Ese altar, con sus manchas de sudor y sangre, permanecería como una remembranza del dolor y del sufrimiento que, después de humedecer los labios de los seres humanos, transbordaría en la copa del Creador. Después de contemplar por largo tiempo el paraíso de la vida eterna que se extendía mucho más allá de aquel altar oscuro de muerte, la pareja experimentó el dulce alivio del descanso. Deseosos de conocer los paisajes de su nuevo hogar, Adán y Eva, animados por la esperanza, salieron a pasear.

32 Sus pasos los conducían por caminos de sonrisas y de lágrimas; de encantos y desilusiones; de flores que delicadas desabotonaban, bañadas en perfume, y de flores sin pétalos, tumbadas, marchitas y sin olor; de animales todavía dóciles y sumisos y de animales enemigos, feroces y amenazadores. La pareja discernía en su paseo las divisas de dos mundos: el de la luz y el de las tinieblas; del amor y del egoísmo; de la esperanza y del desespero; de la armonía y de la desarmonía; de la vida y de la muerte. Esa visión les llenó de tristeza y lloraron largamente. Esa tristeza aumentaría todavía más en el futuro, cuando descubriesen la profundidad de esas divisas en el seno de su descendencia.

33 Seis arreboles ya habían coloreado los cielos anunciando a la pareja las noches oscuras y frías que con su manto de tinieblas deshacían todas las imágenes vivas, menos la esperanza de volverlas a ver coloridas en el amanecer de luz. Se acercaba ahora la hora del sacrificio, cuando el rudo altar, abrasado en su justicia clamaría por sangre. Si no le ofreciesen la ofrenda, explotaría con certeza, envolviendo todo el mundo con sus llamas; Ya no habría entonces amanecer, ni esperanza de Edén a florecer.

34 ¡Cuán preciosa es la sangre! ¡Sangre es vida; vida es luz! ¡Para un ser aquella noche se tornaría eterna, sin amanecer! Ese ser debería asumir la culpa de todo el mundo, dando su sangre al rudo altar. ¿Quién se ofrecería? ¿Quién vertería la salvia de la vida, hasta ver el último destello apagarse en su cielo? Adán y Eva después de reflexionar por largo tiempo, contemplando la cuna de la muerte construida por sus manos, se miraron inquietos con esa pregunta decisiva: ¿Quién se ofrecerá? Esa indagación nacida de su culpabilidad, hizo vibrar en lo profundo de sus remembranzas la voz del bendito Creador en su revelación de infinita bondad: Yo los amo con un eterno amor; Yo moriré en su lugar.

35 Agradecida, la pareja se postró reverentemente ante el sediento altar, viéndolo por la fe, saciado por el don del eterno amor. En aquella tarde del sexto día, Dios sometía al ser humano a una tremenda prueba de fe. Ellos tenían delante de sí el altar de piedras, construido conforme a la orden divina, mas no había ninguna oveja para el sacrificio. En su anhelo, se acordaban del Edén, donde había muchos rebaños. Al ver el sol caer en el horizonte, Adán y Eva comenzaron a clamar a Dios por socorro, pues sabían que solamente un milagro podría providenciarles, en aquel último momento, un cordero para el sacrificio.

36 A los ojos de los habitantes del Universo, el gran milagro por el cual el ser humano clamaba, ya se procesaba a casi una semana: Guiado por el Creador, un immaculado cordero había dejado el Edén y seguido los rastros de la pareja en su caminata hacia el exilio. En su larga jornada, ese animalito tuvo que enfrentar muchos desafíos y peligros, pero protegido y guiado por el Eterno proseguía en su misión. Cuando las sombras del anochecer comenzaron a envolver la colina, la pareja que vivía tan dura prueba de fe, discernió un puntito blanco que saltaba en el césped viniendo en dirección a ellos. A medida en que se aproximaba, aquel bulto parecía hablar de esperanza, de vida y calor.

37 Al ver que el gran milagro había acontecido, corrieron al encuentro del cordero, envolviéndolo en los brazos. Él estaba fatigado, mas no descansaría: daría descanso. Estaba sediento, mas no bebería: daría de beber al altar que clamaba por sangre. Aquel cordero tenía voluntad de vivir en los brazos del hombre, mas moriría, para que éste pudiese vivir en los brazos de Dios. Era un perfecto simbolismo del Redentor que dejaría su gloria, viniendo en búsqueda del pecador. Las tinieblas de una noche pre figurativa más bajaron lentamente envolviendo toda la naturaleza en su prisión.

38 Su fuerza, sin embargo, sería abatida delante del ser humano, por el brillo de un fuego especial, encendido por las manos del perdón divino sobre el cuerpo sin vida del inocente cordero. Todo estaba preparado para el doloroso golpe: acto que apagaría de aquellos ojitos dulces el último destello de vida, sumergiéndolos en la fría oscuridad de una eterna noche: oscuridad que generaría luz; frío que generaría calor; muerte que generaría vida, dones inmerecidos; frutos del divino amor ofrecidos a las manos pecadoras, prestas a herir. En medio de la silente noche el altar clama; el hombre triste exclama, mientras el cordero, mudo, no reclama al ser extendido para la muerte. Las manos que construyeron el altar se levantan ahora, no para acariciar como antes, sino para herir, sangrando el precio del perdón.

39 Solo un gesto, nada más, y el destello se apagará para siempre de los ojos inocentes, haciendo brillar en la faz culpable la luz de la salvación. Adán, temblando dudó en compasión. En el corderito manso y sumiso, presto a morir en su lugar, vio al Salvador prometido. Con el corazón arrepentido, en un esfuerzo doloroso, clavó el cuchillo de piedra en el pecho del animalito que pereció en sus manos sin siquiera dar un gemido. El poder de la noche inmediatamente fue abatido por el brillo del fuego de la aceptación. Su luz reveló al ser humano su trágica condición: Viendo las manos manchadas por la sangre inocente, la pareja se sintió culpable por aquella muerte.

40 En llanto se arrodillaron ante el altar que ya no les reclamaba sangre, sino ofrecía luz, aceptando el inmerecido perdón. Levantándose, la pareja contempló largo tiempo el cuerpo herido del pobre corderito, sin poder agradecerle por la riqueza concedida a cambio de su tan rudo golpe. Bañados por la suave luz del sacrificio, Adán y su compañera permanecieron silentes a meditar, hasta ser vencidos por un profundo sueño.

Recostándose en el suelo cubierto de hierba suave, se adormecieron dulcemente bajo los cálidos rayos del perdón, seguros de que su brillo y calor perdurarían hasta ser las tinieblas de aquel sábado desvanecidas completamente por el fulgurante sol.

41 La luz del cordero, desde que fue encendida sobre el altar en aquella noche, permanecía en constante guerra con las tinieblas. En varias ocasiones crecía en brillo ahuyentando a lo lejos la fría oscuridad, bañando la naturaleza con sus rayos de vida. En veces, las tinieblas trayendo su viento frío, casi arrancaban por completo la llama. Esta, sin embargo, en un gran esfuerzo se alimentaba de la sangre del cordero, lanzando a lo alto su ardiente llama, inundando de luz y calor todo aquello que había alrededor.

42 El conflicto entre la luz nacida del sacrificio y las tinieblas en aquella noche, descubría a los fieles del Universo muchas lecciones importantes, verdades que ocuparían sus mentes por toda la eternidad. En aquella llama, ya fuere ardiente en su brillo, ya fuere fustigada por los vientos de la noche, los fieles veían una representación del conflicto milenario entre el bien y el mal; conflicto que sin tregua se extendería hasta el amanecer eterno. El Eterno, en prenda de su futuro sacrificio, había encendido en medio de las tinieblas, la luz de la verdad, y esa sería mantenida encendida en el corazón del ser humano, en virtud de su sangre que sería derramada para remisión de la culpa.

43 Contra esa luz, el enemigo arremetería todos los vientos fríos de la maldad, desterrando del corazón de muchos su dulce brillo. ¡Cuántos yacerían perdidos por rechazar la luz del perdón divino, siendo envueltos por las tinieblas de la oscura noche! Después de largas horas de combate, surgió en el cielo las señales del amanecer. La oscuridad que con ira había lanzado sus vientos sobre la llama que no muere procurando desterrarla, se tornaba confusa ante las señales del amanecer. El cielo teñido de un rojo vivo, hacía recordar la sangre que había brotado del pecho del cordero para que la llama del perdón pudiese iluminar la noche humana.

44 En medio del colorido de sangre, surgió en el horizonte el fulgurante sol, trayendo en sus calientes rayos el sabor de la victoria, envolviendo todo con su vida. El amanecer en su nostálgico afecto, acarició el distante paraíso, llevando de su amado seno en su brisa matinal el aroma de la nostalgia, en un mensaje de consuelo y esperanza para las criaturas sufridoras del valle de la muerte. Bañados por los cálidos rayos y por la brisa de la esperanza, la pareja despierta en un sábado más, cuyo simbolismo apunta hacia el descanso en el reino de Dios, al culminar el gran conflicto entre la luz y las tinieblas.

45 Más allá de aquel altar cubierto de cenizas, Adán y Eva contemplaron largo tiempo el nostálgico paraíso. Aunque distantes en su exilio, se alegraron con la certeza de que el sacrificio del Mesías haría rayar para ellos el sábado de sábados: aquél de lágrimas para siempre desterradas; de sol siempre brillante en un límpido cielo; de corderos siempre vivos jugando por el césped; día sin anochecer, cuando no habría más altar cubierto de sangre y cenizas. Suspiraban por ese día de gloria, cuando Dios se haría eternamente visible, llevando en las manos las marcas de su infinito amor por sus hijos.

46 Antes de la caída, el ser humano, así como todas las huestes celestiales, aprendían a los pies del Creador que con paciencia les enseñaba los tesoros de la sabiduría contenidos en el vasto compendio de la naturaleza. Todo en el Universo, desde el diminuto átomo hasta el mayor de los mundos, testificaba en su perfecta existencia el carácter del divino Rey. Muchas enseñanzas, sin embargo, permanecieron ocultas en las páginas de ese gran libro en el período que antecedió a la caída: Eran como las estrellas que, ocultas durante el día, revelaban su brillo al bajar las sombras de la noche.

47 Teniendo la naturaleza cautiva, el enemigo, en el intento de bloquear la revelación de la Eterna sabiduría, introdujo en ella manchas de egoísmo, destrucción, infelicidad y muerte. No sabía que esas manchas harían evidenciar en la faz de la creación la profundidad de la justicia y amor de Dios, llevando a los fieles a amarlo y reverenciarlo aún más. Para la pareja, así como para todos los hijos de la luz, la naturaleza herida rompió su velo, revelando nuevos aspectos de la bondad del Creador ocultos hasta entonces.

48 Adán y Eva que estaban acostumbrados a las flores eternas en el paraíso, aquellas que no las vieron desabotonar, las veían ahora surgir en tiernos botones, en medio de las amenazas de espinos prontos a herirlas. Esas tiernas flores, sin importarse estar con los espinos, exhalaban perfumes suaves de alabanza y gratitud, jamás cansándose de agradar el ambiente. Cuando fustigadas por los fríos vientos de la noche, esas flores no se resentían, sino que ofrecían su aroma, que transformaba la furia de los vientos en brisas perfumadas de un amanecer.

49 Movidos por profunda gratitud, la pareja acompañaba atentamente el ministerio de amor de aquellas flores que, jamás se cansaban de bendecir, ofreciendo su belleza y perfume como alivio para aquellos que eran heridos por los rudos espinos. Aquellas flores singulares y puras, después de mostrar en su corta vida que el perdón y el amor son más fuertes que todos los vientos y espinos, en un último esfuerzo de comunicar alegría, exhalaban su perfume, cayendo marchitas y sin vida sobre el suelo frío. Allí, olvidadas, se transformaban en insignificante polvo que era dispersado por el viento.

50 La muerte de las flores, aunque pareciese fracaso, reveló a la pareja el misterio del renacimiento de la vida: Muriendo, las flores daban vida a los frutos que, a su vez, después de servir de alimento, donaban sus semillas llenas de vida. En la muerte de esas semillas, renacía el milagro de la vida, multiplicando los árboles con sus flores listas a repetir la enseñanza del amor y del sacrificio. La naturaleza, por tanto, incluso manchada por el pecado, revelaba el misterio oculto del plan de la redención. Cada flor al desabotonar en medio de los espinos, en su corta vida de amor, era un símbolo del Salvador que nacería entre los espinos de la maldad, para consolar con su perfume el corazón de los afligidos.

51 Semejante a la flor, el Mesías después de probar que el amor y el perdón son más fuertes que todos los vientos del odio; que la verdad y la justicia del reino de Dios son mayores que todos los engaños e injusticias del reino del enemigo, vertería la salvia de su vida, muriendo para redimir a los culpables.

Capítulo 6

Adán y Eva dedicados al trabajo edificante. La colina llegó a ser una miniatura del Edén. Protección y cuidados divinos. Experiencias al obedecer el mandamiento sobre el sacrificio. La astuta trampa del enemigo, mirar hacia los símbolos del sacrificio como portadores de perdón y vida. Adán y Eva ofrecen sacrificios al Señor, el Eterno se les manifiesta consolándolos y previniéndolos del peligro. Promesa del nacimiento de su primogénito. Responsabilidades hacia su hijo. Nacimiento de Caín. El nacimiento de Caín les recuerda la promesa del futuro nacimiento del Mesías. La niñez rebelde de Caín. El enemigo se burla del sufrimiento de Dios y sus fieles e intenta hacer desistir a Dios de su plan de redención. El Eterno afirma su solemne promesa. Adán y Eva hacen sacrificios y ruegan por su hijo, el Eterno se les manifiesta. El Eterno se revela a Caín y le narra la historia de Lucifer y del Sol. Promesa del nacimiento de Abel. Caín, al igual que Lucifer, es arrastrado por su orgullo a una falsa ilusión. Dios procuraría todas las formas a fin de salvar a Caín.

1 Consolados por las revelaciones de la naturaleza, Adán y su compañera, alumnos en la escuela del sufrimiento, aprendían cada día a amar más al Salvador. Crecían en sabiduría, humildad y santidad. Todas las virtudes destruidas por el pecado, renacían en el corazón. Con ánimo la pareja se dedicaba al trabajo edificante: plantaban jardines que por el poder de Dios se llenaban de perfumadas flores y deliciosos frutos. Su hogar en el exilio se convertía en un refugio para los animales perseguidos de los valles. La colina, bajo la protección de los ángeles de la luz, se convirtió en una miniatura del Edén distante. Entre los animales reunidos y domados con amor, había muchas ovejas.

2 Adán y Eva no conseguían poner los ojos sobre esos dóciles animales destinados al sacrificio, sin probar en lo profundo del alma una mezcla de dolor y gratitud. En la noche que antecedía a cada sábado, Adán tenía, por orden del Creador, que repetir el doloroso acto. ¡Cuánta amargura y arrepentimiento sobrevenían a la pareja al descender las tinieblas de la noche del sacrificio! ¡Cuánto consuelo les traía la llama del perdón que jamás había dejado de brillar sobre el altar, en aquellas noches pre figurativas! El decisivo valor del sacrificio, para que la vida pudiese florecer bajo la protección divina, llevó a la pareja a valorizar inmensamente a su pequeño rebaño.

3 Cada sexto día, no obstante, comenzó a traer consigo, más allá del dolor, una inquietud: ¿Quién donará su sangre al altar cuando la última oveja perezca? A los ojos de la pareja maravillada, aconteció al fin el milagro del amor, renovándoles la esperanza de vivir otras semanas bajo el brillo de la llama del perdón: una oveja, la más gorda de ellas, comenzó a sangrar como en sacrificio; De su dolor, les nacieron cuatro corderitos. Llenos de alegría y gratitud, Adán y Eva se postraron ante el Salvador invisible, teniendo en las manos aquellas nuevas criaturitas que traían en sus ojos la misma ternura y disposición para el sacrificio.

4 Seguros de que nuevos milagros multiplicarían sus días, la pareja unió su voz como antes, en un cántico de gratitud y adoración al Creador que, como los corderitos nacería también del dolor para cumplir en su vida el mayor de todos los sacrificios, para la salvación de la humanidad. El Eterno, aunque invisible a los ojos de sus hijos humanos, permanecía muy cerca, acompañado por un ejército de ángeles, en incansable ministerio de cuidado y protección. La pareja estaba inconsciente de que la dulce calma y paz reinantes en aquella colina, así como toda su prosperidad, eran frutos de tan intensa lucha.

5 Si sus ojos fuesen abiertos hacia las escenas que ocurrían invisibles, serían arrebatados de espanto; ¡Cuán terrible era el enemigo y sus huestes en sus constantes investidas con el propósito de arruinar al ser humano, arrebatándolo de las manos del Creador! Viendo que el empleo de la fuerza no le redundaría en victoria, el enemigo en su astucia idealizó una trampa con la cual pudiera enlazar a la pareja. Reuniendo a sus ejércitos, les reveló sus planes diciendo: Al ser humano le fue ordenado sacrificar corderos, como símbolos del Salvador venidero.

6 Los tentaremos a mirar hacia esos símbolos como portadores de perdón y vida, haciéndolos poco a poco olvidar la realidad del sacrificio prometido por Dios. Será un proceso lento, pero de una victoria segura. El Creador conociendo el peligro de esa trampa, se entristeció, pues al mirar hacia el futuro, pudo ver a tantos hijos suyos siendo desviados del camino de la salvación. ¡Cuántos se apegarían a los símbolos juzgando encontrar en ellos virtud! Dios en su amor y cuidado, no los dejaría inconscientes del peligro que los amenazaba.

7 Sabía Él cuánto Adán y su compañera amaban a aquellos corderos que, al morir sobre el altar, les ofrecían luz y calor. Fácilmente podrían ser inducidos a verlos como fuentes de vida y luz, comenzándolos a reverenciar. Muchas semanas ya habían pasado, trayendo consigo las noches de dolor y sacrificio, seguidas por los días de esperanza y nostalgia de Aquél Padre cariñoso, el cual después de hacerles promesas y secar sus lágrimas, Se había tornado invisible delante de sus ojos. Cada día que pasaba, traía a la pareja una nueva carga de nostalgia, haciéndolos indagar en cada atardecer: ¿Cuándo besaremos nuevamente su faz? ¿Cuándo seremos envueltos por sus brazos, caminando bajo la luz de su amor? ¡Cuánta nostalgia sentían de aquellas noches edénicas, cuando adormecían en el suave regazo de su divino Padre!

8 Una semana más de trabajo y lecciones aprendidas estaba finalizando. El sol en su declinar anunciaba otra noche de arrepentimiento y de sangre inocente a bañar el altar. La silente pareja estaba lejos de imaginar que en esa noche, el doloroso golpe que siempre era seguido por el fuego, les revelaría la faz bendita del Padre. Con las manos estremecidas, Adán levantó al cordero que, mudo, no hizo ninguna resistencia al ser colocado sobre el altar. Lágrimas rodaron en su rostro al pensar que un inocente animal más se zambulliría en las odiadas tinieblas de la muerte, para generar la luz con su sangre.

9 Es doloroso sacrificar, mas no hay otro camino de salvación. Únicamente a través de la sangre derramada del cordero, podrán vivir para contemplar en el futuro la faz del Padre. En un penoso esfuerzo Adán hizo caer aquella piedra puntiaguda sobre el corderito que, en un gemido de dolor derrama su sangre. Una Luz gloriosa pronto disipó las tinieblas inundando toda la colina con sus rayos de vida. A través de las lágrimas la pareja entonces contempla en medio del fuego del altar, al Creador. En un gesto de amor, Dios abrió sus brazos como antes, y con una sonrisa camina hacia el tan anhelado abrazo.

10 Sin encontrar palabras que expresaran su inmensa nostalgia, la pareja se lanzó a su pecho y lloró amargamente. El divino Padre, conmovido, también lloró, mas procuró consolar a sus hijos, con su dulce sonrisa. Con emoción la pareja contempló la faz del Padre, envolviéndola con besos y cariños. El amor de ellos por Él había sido intensificado por el sufrimiento. Agradecidos y felices, caminan al lado del Creador, mostrándole los jardines cargados de flores y frutos. Le contaron de las lecciones aprendidas junto a la naturaleza; le mostraron el rebaño domado por el afecto.

11 Iluminados por la suave luz del Eterno Padre, la pareja se sentó a sus pies como antes, para oír sus enseñanzas. El Creador, mirándolos con ternura, pasó a advertirlos del peligro. Orientándolos acerca de los sacrificios de corderos, que eran importantes en el sentido de mantener siempre en la mente la certeza de un Salvador venidero que, como los corderos, sería sacrificado para redención de los pecadores. Los corderos, sin embargo, no poseían en sí poder para perdonar las culpas, pues consistían apenas en símbolos del Mesías Rey.

12 Después de ser ellos concientizados del peligro de apegarse a los símbolos buscando encontrar en ellos la salvación, la pareja recibió la incumbencia de transmitir esas orientaciones a sus descendientes. Después de advertir al ser humano, el Creador colocó la mirada sobre las ovejas que yacían dormidas junto a su cría, y exclamó: ¡Cuán bellos son los corderitos! La pareja, en una mezcla de felicidad y dolor agregó: ¡Ellos cuando están despiertos saltan de placer, olvidados de que al nacer y al morir causan tanto dolor!

13 Después de contemplar a los corderitos, Dios miró a la pareja con ternura, revelándoles algo que los sorprendió y alegró: Cuando de éstos corderos treinta y seis hayan subido al altar, sus brazos envolverán al primer hijo que, como ellos surgirá también del dolor. Ese hijo en su infancia les traerá alegría saltando como los corderitos en su hogar. Deberán instruirlo con dedicación en las leyes de la armonía, mostrándole el camino de la redención. Como ustedes, él será libre para escoger el rumbo a seguir. Aceptando la enseñanza, su vida será victoriosa; rechazándola, caminará hacia la derrota.

14 Adán y Eva oyeron con alegría la promesa divina, pero al mismo tiempo experimentaron en lo profundo del ser un temor al concientizarse de la responsabilidad que tendrían. Sabían que Satanás haría todos los esfuerzos para llevar al niño prometido a la perdición. Era alta noche cuando el Creador, después de acariciar a sus hijos, los dejó dormidos sobre el suave césped.

Después de la promesa, cada corderito llevado al altar hacía latir más fuerte en el vientre materno la esperanza de la alegría que en breve alcanzarían.

15 Treinta y seis finalmente descendieron a las tinieblas cumpliendo el tiempo determinado por el Creador en que el primer niño recibiría la luz. Con las manos todavía manchadas por la sangre del sacrificio, Adán amparó a su esposa que, a los pies del altar se postró vencida por el dolor que le trajo el primer hijo. El pequeño niño no traía en la cara la alegría de la libertad, sino el llanto de su prisión; Ese llanto duraría la noche entera, si no fuese por el brillo de aquella llama ardiente de esperanza que, pronto atrajo la atención de sus ojitos atentos. Envolviéndolo con alegría, Eva consolada de su sufrimiento, dijo: "Alcancé del Señor la promesa". Le dio entonces el nombre de Caín.

16 Después de envolver al bebé con las pieles suaves de un cordero, la pareja permaneció despierta para meditar. Muchos eran los pensamientos que ocupaban sus mentes: pensamientos de alegría, de gratitud, de esperanza y de anhelo por el sentido de la responsabilidad que ahora pesaba sobre sus hombros. Acariciando con ternura al pequeño niño, la pareja maduró en su experiencia, comprendiendo mejor el misterioso amor de Dios que, para salvar a sus hijos, se dispuso a morir en lugar de ellos.

17 Adán y Eva no estaban solos en sus reflexiones: todos los seres inteligentes del Universo consideraban con interés el futuro de aquél indefenso bebé que en el interior poseía un reino de dimensiones infinitas, al ser disputado por los dos poderes en lucha. ¿Quién sería el Señor de su vida? ¿Caminarían sus pies por el camino ascendente que lleva a la vida, o la ruta descendente que termina en el abismo de una muerte eterna? Viendo al niño esbozar su primera sonrisa, la pareja súbitamente se acordó de la promesa del Creador que era confirmada en cada sacrificio: Él nacería de la mujer como niño, con la misión de redimir a la humanidad.

18 ¿No sería Caín ya el cumplimiento de la promesa? El infante con sus ojitos brillantes de alegría se parecía tanto a los corderitos que nacían y crecían con la misión de ser sacrificados. Considerando así, la pareja apretando al hijo junto al pecho comenzó a llorar sin consuelo. ¡Cuán terrible, sería ofrecer a su hijo inocente al rudo altar! Para la pareja compungida por el dolor, apareció al fin el sol brillante haciendo revivir con sus cálidos rayos las promesas que señalaban hacia un Salvador que, todavía en el futuro, nacería también del dolor para cumplir el eterno plan de redención.

19 Bendecido por el Creador y envuelto por el amor y cuidado de los padres, el niño se desarrollaba en su naturaleza física y mental, tornándose cada día en el objetivo mayor de una incansable batalla entre las huestes espirituales. Adán y Eva, ansiosos por hacerlo comprender las verdades de la salvación, lo tomaban en los brazos en cada amanecer y, al borde del altar le señalaban el Edén distante, contando aquellas historias de emoción las cuales el pequeño Caín todavía no conseguía comprender.

20 Cuál fue la alegría de aquellos padres, al verlo en una mañana de sol, señalar con su manita hacia el hogar de la nostalgia, pronunciando el nombre sagrado del Creador. Emocionados lo tomaron en los brazos, pidiéndole que repitiera ese sublime nombre que, cual llave de felicidad, siempre les descubría un paraíso de eterno amor. Todas las huestes de la luz se inclinaron con alegría al oír al pequeño niño pronunciar el nombre del divino Rey.

21 Las semanas se iban pasando trayendo consigo nuevas víctimas hacia el altar, y el pequeño Caín, blanco de la atención y cuidado de Dios, de las huestes de la luz y de aquellos amorosos padres incansables en la misión de instruirlo, agrupando sus pocas palabras, siempre curiosas con todo comenzó a interrogar. El día declinaba cuando el muchacho, que yacía en el regazo de su madre, le preguntó: Madre, ¿Por qué el sol siempre se va así, dejando a la gente en el frío de la oscuridad? Eva, sorprendida contempló a su hijo, sin encontrar palabras para contestarle la pregunta que le trajo el recuerdo del pasado de felicidad destruido por su culpa.

22 Después de un momento de silencio, besando la cara del pequeño Caín, le dijo: Hijo, un día el sol vendrá para quedarse, trayendo en sus rayos un mundo solamente de armonía; ya no habrán animalitos para combatir, ni corderitos para morir sobre el altar. El pequeño Caín deseando ver rayar pronto ese día, dijo a su madre: Madre, mañana el sol nacerá en el paraíso; ¡Pide para que él se quede! Así podré jugar, jugar, y nunca más dormir. Ansioso en ver rayar el día que no tendría fin, el pequeñito Caín solamente se durmió hasta después de hacer a su madre prometer que pediría al sol permanecer.

23 Un nuevo día de sol radiante a caminar por el cielo surgió para Caín, trayendo en sus rayos alegría y calor. Mientras jugaba en el jardín, sus ojitos curiosos se volteaban muchas veces hacia el sol que parecía acariciarlo con una sonrisa de esperanza. Viéndolo, sin embargo, caminar en dirección del occidente, el pequeño corrió hacia su madre, preguntándole: Madre, ¿Él prometió quedarse? Eva, tomándolo en los brazos, le sonrió procurando hacerlo comprender con palabras simples, mientras le señalaba el distante paraíso, la historia de la redención.

24 El sol vendría un día para quedarse. Caín, insatisfecho con las palabras de la madre, demostró no tener paciencia para esperar ese día que yacía en un futuro distante. Repetía en llanto: ¡Yo quiero el sol ahora, mañana no! Eva, pacientemente, procuró calmar a su hijo, hablando sobre la luz de Dios, que puede convertir la noche en día. Él lo amaba y podría henchir su corazoncito de brillo, de alegría y paciencia. Podría así, esperar feliz el día de sus sueños. Balanceando la cabecita en rechazo al consuelo de la madre, Caín pronunció entre sollozos: Yo quiero al sol porque yo puedo verlo, al Eterno no.

25 Como una flecha dolorosa las palabras de rebeldía de Caín penetraron en el corazón de Eva, haciéndola llorar amargamente. Los fieles en todo el Universo se unieron a ese llanto. Una tristeza infinita se cernía sobre el corazón del Creador rechazado. Se esbozaba en los gestos de Caín los primeros pasos por el camino descendente de la rebeldía.

¡Cuántos lo seguirían rumbo a la muerte! Inconsciente de la tristeza que se había abatido sobre el reino de la luz, Adán, al ver el sol declinar en el horizonte, dejó su trabajo en el campo dirigiéndose hacia la casa.

26 Tenía un cántico en el corazón al caminar hacia un encuentro más con los suyos. Al acercarse al altar, vio junto a él a su compañera postrada en llanto. El pequeño Caín yacía allí también llorando. Tomándolo en los brazos, Adán le preguntó con ansiedad: ¿Qué sucedió hijo mío? Caín tristemente respondió: Mamá dejó ir al sol todavía. Amparando al hijo con su brazo izquierdo, Adán puso su mano derecha sobre el hombro de Eva, más no encontró palabras para consolarla. La frase dicha por su hijito, pareció rasgarle el corazón, haciéndolo revivir la caída. Después de reflexionar, Adán sintiéndose culpable respondió a Caín: Fue papá quien dejó ir al sol todavía hijo mío.

27 Con sollozos de gran tristeza, Adán se unió a ellos en llanto. El recuerdo del Salvador, sin embargo, lo consoló. Secando sus lágrimas y las de su hijito, le dijo con ternura: Podemos alegrarnos hijito, pues Dios prometió hacer el sol para siempre brillar en el cielo; él será como el fuego que aparece en el altar, expulsando a las tinieblas de la noche. Con los ojitos vueltos hacia el último claro del arbol, Caín permaneció sin consuelo. En aquél atardecer, no hubo como de costumbre una alegre cena. La pequeña familia, entristecida, permaneció silente a meditar por largas horas, hasta que soñolientos durmieron bajo la luz de las estrellas.

28 El enemigo y sus huestes, en sarcasmo de maldad se burlaban en aquella noche del sufrimiento de Dios y sus fieles. Repitiendo las palabras de rebeldía del pequeño Caín, se jactaba como vencedor. En un desafío al Creador pronunció: ¡Mira como este mi pequeño esclavo te rechaza! Lo mismo se dará con todos aquellos que han de nacer. Estoy seguro que el derecho del dominio jamás saldrá de mis manos. Todas las huestes rebeldes repitieron en eco las afrentas del engañador, humillando a los súbditos de la luz que sufrían del lado del Eterno. Con sus afrentas, el enemigo procuraba hacer a Dios desistir de su plan de redención. Si eso sucediese, su reino de tinieblas se extendería por toda la eternidad, suplantando el dominio de la luz.

29 En respuesta al desafío del enemigo, el Eterno solemnemente afirmó: Aunque todos me rechazaren, Yo cumpliré la promesa. El Creador no soportaba el pensamiento de ver al pequeño Caín caminar hacia la perdición. Por él intercedía cada día, ofreciendo ante la justicia su sangre que vertería. Ángeles poderosos lo guardaban en cada momento, espantando las tinieblas espirituales que lo acechaban procurando volverlo insensible a los beneficios de la salvación, que eran ilustrados por los símbolos. Adán y Eva en su incansable ministerio de amor, todos los días enseñaban a Caín las lecciones espirituales ilustradas en la naturaleza.

30 En cada sábado procuraban afirmar en su mente juvenil la esperanza de una vida eterna, que sería fruto del sacrificio del Salvador. Él después de vivir una vida sin pecado, moriría como un cordero, para poder expulsar para siempre las tinieblas.

Caín se conmovía a veces con las enseñanzas, mas casi siempre cuestionaba vacilante. Rebellamente preguntaba: ¿Por qué Samael se fue a rebelar? Cierta noche, rehusando oír los consejos de sus padres, los acusó de todo el mal diciendo: Si ahora no tenemos un sol para brillar, es por culpa de ustedes.

31 La contemplación del Edén distante bañado en sol hizo nacer en el corazón juvenil de Caín pensamientos de aventura. Él comenzó a pensar: Este paraíso no está tan lejos como afirman papá y mamá. ¿Por qué esperar y sufrir tanto tiempo? ¡Él es tan bello! ¡Es de él que surge todos los días el sol! Si lo conquistáramos, será fácil detener la luz en su fuente; Así viviremos en un paraíso de eterno sol. Las ideas de aventura de Caín, llenaron el corazón de Adán y Eva de tristeza. Vieron que su interés era solamente por el tiempo presente; él soñaba con un paraíso de felicidad y luz conquistado por su fuerza.

32 En sus planes, no sentía la necesidad de un Salvador; ¿Para qué, si era tan joven, inteligente, lleno de vida y de ideales? Así decía. Los días de luchas, intercesiones y sacrificios por el destino de Caín se fueron pasando. Oportunidades preciosas para apegarse al Salvador surgían cada día delante de él, mas todas las rechazaba, una por una. En su incredulidad llegó a dudar de la existencia de ese Dios, el cuál jamás había visto. A los padres que, afligidos pero siempre con paciencia, procuraban librarlo de la perdición hacia la cual estaba caminando, prometió un día, después de sonreír con aire de incredulidad, creer en el Creador y en su plan de salvación, si se diera el caso de que Él se volviese visible en la hora del sacrificio.

33 Con ardiente fe, aquellos padres comenzaron a clamar al Eterno. Su presencia visible podría, quién sabe, salvar a aquél hijo amado que cada día se volvía más rebelde. El Creador oyó el clamor de los padres afligidos. Aunque sabía que su aparición difícilmente quebraría en el corazón del joven Caín su espíritu rebelde, estaba dispuesto a satisfacer la petición. Extendería los brazos amigos a Caín, procurando con amor conquistarle el corazón.

34 Como conocía sus anhelos y sueños de aventura, fácilmente Él podría identificarse con él, cautivándolo, pues Él también era alguien que siempre había cargado en el pecho sueños de aventura; ¿No había sido la creación del Universo una gran aventura? ¿No había sido su sueño verlo incrustado de soles fulgurantes, iluminando billones de mundos con su brillo? ¿No era también el mayor de los suyos atravesar el valle de la muerte, en la búsqueda de la conquista del Edén distante, uniendo para siempre el sol en su cielo? ¡Tenían muchas cosas en común! Caín estaba curioso en aquel día sexto.

35 En la faz de los padres, veía el ánimo y la alegría, frutos de una fe grandiosa. Estimulado por esa expresión de confianza, el joven comenzó a ayudarles en los preparativos para el santo sábado. El Sol finalmente se escabulló rodando hacia el poniente, dejando como de costumbre su rastro de nostalgia que anunciaba miedo. En medio de las tinieblas, Caín discernió la figura blanca del cordero siendo levantado hacia el altar por las manos del padre, ese incansable sacerdote que siempre estaba implorando al Creador por la salvación de su amado hijo.

36 Con la mano levantada, Adán se preparaba para el golpe que podría, quién sabe, romper en el corazón de Caín su incredulidad, haciendo nacer en un solo momento la creencia en la salvación. De sus labios se escapa entonces la plegaria de la fe: Padre Eterno, oye mi petición; ¡Mi hijo precisa de ti! Solamente una mirada tuya podrá conquistarlo. ¡Ven Señor! Esta oración sincera cayó en los oídos de aquél hijo conmoviéndolo. Solamente la plegaria ya sería suficiente para convencerlo de la existencia real de un Salvador.

37 Mientras secó las lágrimas de la emoción, Caín se estremeció al oír el ruido del golpe de la muerte. Todo era solemne en aquel momento; ¿Vendría el Creador del mundo en respuesta a la oración de amor? ¿Cómo lo encararía en su incredulidad? Un fuerte brillo envolvió pronto toda la colina bañando también el valle oriental. Los ojos bien abiertos de Caín se posaron entonces en los ojos amables del Creador, que traía en la faz un brillo superior al del sol, mas no ofuscante.

38 Contemplándolo con admiración, Caín exclamó: ¡Él es joven como yo, y se parece al Sol! Adán y Eva, conmovidos por la gran nostalgia tenían deseos de saltar al pecho del Salvador y besarlo, pero dejaron que Él se encontrase primero con Caín. Con alegría, vieron al precioso hijo envuelto en los brazos del gran amigo, que era parecido a su astro. Después del largo abrazo, Dios abrazó y besó también a la querida pareja, compañeros en el sufrimiento. Con alegría, salieron a pasear por los jardines de la colina.

39 Al centro iba el Creador y Caín, y a los lados Adán y su compañera. ¡Cuánta felicidad experimentaban en esos pasos! Estaban completos. Caín, conquistado por el afecto del Padre Eterno, le mostró sus animales de estimación y su pequeño jardín cargado de lindas flores. ¡Como estaba encantado de verlos coloridos en aquella noche deshecha por el brillo del Creador, como bajo la luz del día! Parecía hasta como si el mismo Sol hubiese bajado a ellos. Al pensar en el Sol, Caín como lo amaba mucho, comenzó a hablar sobre él diciendo: ¡Como él es bello y bueno! Cuando él se va no obstante, deja en sus lágrimas de sangre un sentimiento de tristeza y temor.

40 Todo desaparece en su ausencia: los animales, el jardín; ¡hasta los pajarillos silencian sus cantos! Pero basta a él decir que va a aparecer y, todo se llena de encanto; La naturaleza se despierta de su mansedumbre, pareciendo todavía temer a las tinieblas, mas cuando las ve huir, permanece alerta y canta; Los animales, los pajarillos, el jardín, todo vuelve a un feliz vivir; ¡Mas, esta felicidad siempre acaba!

41 Después de hablar estas palabras, Caín mirando al Creador indagó curioso: Papá siempre dice que fuiste tú quien creó al Sol. ¿Es verdad? Con una sonrisa de sinceridad Dios le contestó que sí. ¿Cuando tú le hiciste en el principio, continuó Caín, él ya huía hacia el poniente? Él nunca huye, respondió el Eterno, es el mundo quien huye de él. ¡Él esta triste con esa ingratitud! ¿Pero cómo? Preguntó Caín, contemplando curioso su faz de luz. Con palabras cariñosas, Dios comenzó a contarle la historia de Lucifer que, en su ingratitud desterró de sus ojos y de los ojos de una multiplicidad de criaturas, el brillo de su faz el Sol Verdadero.

42 Después de actuar así, engañó a muchos diciendo que el Sol era quien huía de ellos. Con su astucia, continuó el Creador, el ángel rebelde procuró arrastrar al ser humano hacia las tinieblas, y lo consiguió. El Sol en aquel día, lloró tantas lágrimas de sangre, que bañó todo el cielo. En su último suspiro de luz, sin embargo, él le prometió al mundo ya arrebatado por las tinieblas, volver un día a brillar para siempre, llenando todo su seno de vida.

43 Después de decirle estas palabras, el Eterno mirando a aquel joven, con expresión de tristeza en los ojos concluyó diciendo: Hoy, el ángel rebelde promete a sus seguidores que irá con su fuerza a detener el sol, pero él jamás conseguirá realizar ese plan, pues no posee el lazo que podría detenerlo: el amor. Cabizbajo, Caín oyó de los labios del Creador esa historia de promesas, la cual ya se había cansado de oír de sus padres. Esa historia no le daba placer, pues mostraba una noche larga de sacrificios sobre el altar, y de un Salvador a perecer en dolor.

44 En realidad, Caín no veía razones para todo eso. ¿Porqué no desterrar lejos el sufrimiento coloreando las tinieblas de luz? En un esfuerzo de conquistarlo, el Eterno con mucho amor miró a aquél joven insatisfecho, y le dijo que, solamente la sangre de su sacrificio podría hacer al Sol brillar para siempre, en un reino de eterna felicidad y paz. No había otro camino para esa conquista. Por ello, debería ser paciente, descansando bajo su cuidado.

45 Después de conversar por largo tiempo con Caín, en la tentativa de hacerlo reconocer su necesidad de salvación, Yahwéh volteándose hacia la pareja, comenzó a consolarlos con la promesa del nacimiento de otro hijo. Treinta y seis sacrificios más serían contados, y sus brazos envolverían al segundo hijo. Nacería también del dolor, mas traería en los ojos el brillo y el consuelo de la salvación. Su testimonio de fidelidad sería perpetuado por todas las generaciones, en el símbolo de un altar cubierto de sangre. Las semanas se iban pasando, trayendo a la pareja nuevas de alegrías y tristezas: de un corazón lleno de vida a latir en el vientre de Eva, y de un vacío con olor de muerte a crecer en el corazón del joven Caín.

46 Aunque él se había deslumbrado ante la manifestación de Dios, esa aparición en nada le cambió su manera arrogante de pensar sobre el sentido de la vida. Él no veía sentido en los sacrificios ofrecidos en el altar. En los días que siguieron a su encuentro con el Creador, él argumentaba con sus padres diciendo: Si yo fuese poderoso como el Eterno, yo jamás me sometería al sacrificio para reconquistar el reino perdido. Él es fuerte, y brilla como el sol. Él podría con una sola palabra expulsar todas las tinieblas, devolviéndonos el paraíso.

47 ¿Para qué tanto sufrimiento? Con ese argumento, Caín se suponía más sabio que el Creador. Quién sabe si, en un próximo encuentro tendría oportunidad de aconsejarlo. De esa forma, el joven Caín se sumergía cada vez más en el abismo del orgullo y del egoísmo, lugar de ilusiones hacia donde se dirigía, pensando estar caminando hacia la victoria. ¿No había sido Lucifer junto con un tercio de las huestes celestiales atraídas por esa misma ilusión? El Dios bondadoso, todavía, no sellaría el destino de Caín sin antes procurar de todas las formas salvarlo de la ruina eterna.

48 Esa gracia inmerecida, fruto del divino amor, sería concedida a todo el ser humano que viniese a nacer en éste mundo.